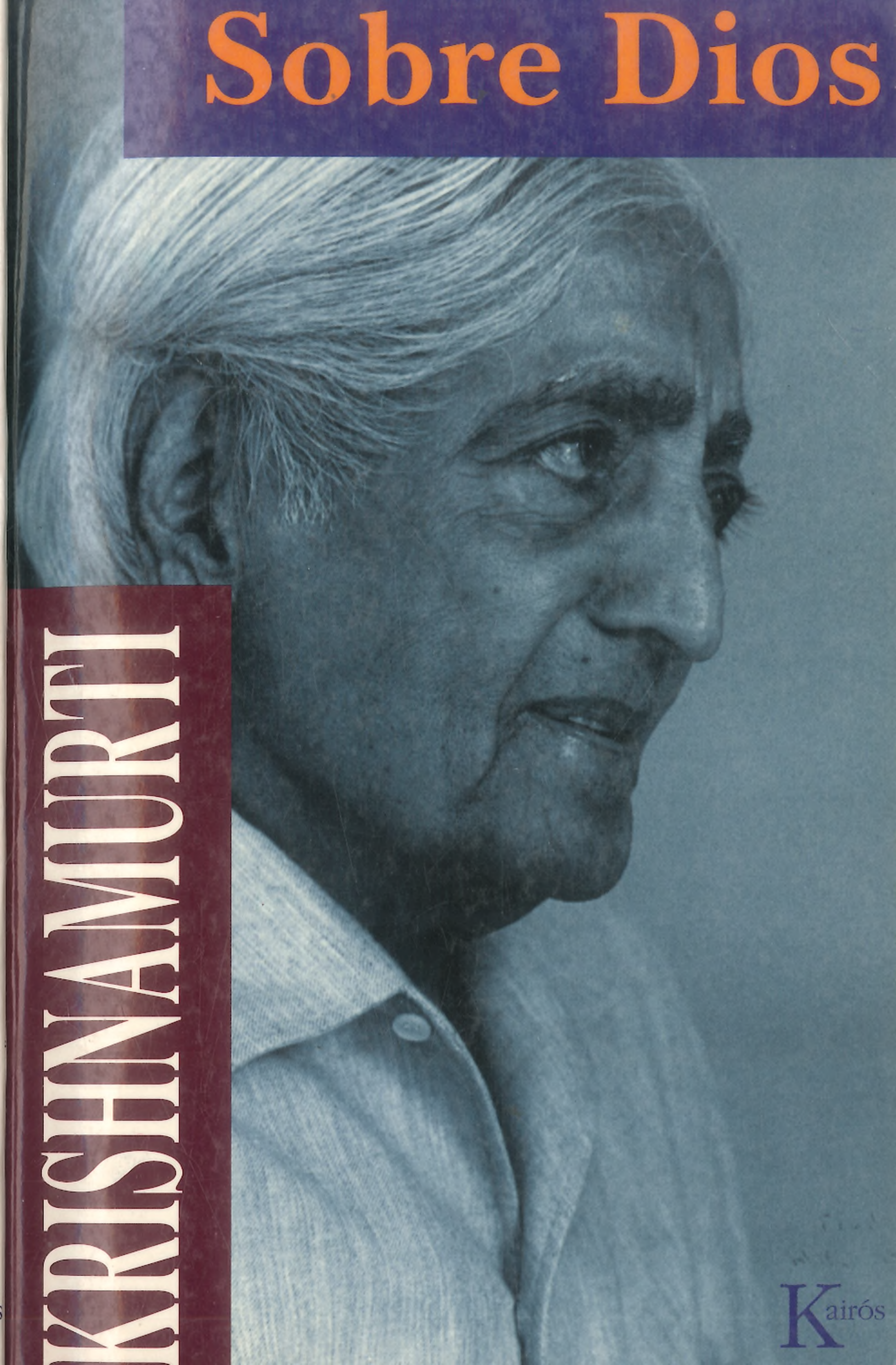
Sobre Dios

KRISHNAMURTI



Kairós

Jiddu Krishnamurti

SOBRE DIOS



Numancia, 117-121
08029 Barcelona

Pero existe algo sagrado que no es del pensamiento ni pertenece a un sentimiento revivido por éste. El pensamiento no puede reconocerlo ni utilizarlo. No puede formularlo. Pero hay algo sagrado que ningún símbolo, ninguna palabra puede tocar. No es comunicable. Es un hecho.

«Diario de Krishnamurti», *28 de junio de 1961*

PRÓLOGO

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895 y a la edad de trece años le tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo» cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus charlas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Durante el resto de su vida, rechazó insistentemente la condición de gurú que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas.

Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio del cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado a partir de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

BOMBAY, 6 DE ENERO DE 1960

La mente es lo conocido, siendo lo conocido aquello que ha sido experimentado. Con esa medida tratamos de conocer lo desconocido. Pero es obvio que lo conocido jamás puede conocer lo desconocido; sólo puede conocer lo que ya ha experimentado, lo que le han enseñado, lo que ha acumulado. ¿Puede la mente ver la verdad acerca de su propia incapacidad para conocer lo desconocido?

Por cierto, si veo con mucha claridad que mi mente no puede conocer lo desconocido, hay una quietud absoluta. Si siento que puedo captar lo desconocido con las capacidades de lo conocido, hago muchísimo ruido: hablo rechazo, escojo, trato de hallar un camino hacia lo desconocido. Pero si la mente se da cuenta de su absoluta incapacidad para conocer lo desconocido, si percibe que no puede dar un solo paso hacia lo desconocido, ¿qué ocurre, entonces? Entonces la mente se queda por completo silenciosa. No se desespera, ya no está *buscando* nada.

El movimiento de búsqueda sólo puede darse de lo conocido a lo conocido, y todo cuando la mente puede hacer es percatarse de que este movimiento jamás revelará lo desconocido. Cualquier movimiento por parte de lo conocido sigue estando en el campo de lo conocido. Eso es lo único que tengo que percibir, es lo único que la mente debe comprender. Entonces, sin ninguna clase de estímulo, sin ningún propósito deliberado, la mente queda en silencio.

¿No han advertido que el amor es silencio? Puede manifestarse mientras estrechamos la mano de otro, o mientras contemplamos cariñosamente a un niño, o cuando paseamos en la belleza de un atardecer. El amor no tiene pasado ni futuro, y así acompaña a este extraordinario estado de silencio. Sin este silencio, sin este completo vacío, no existe la creación. Uno puede ser muy hábil en su capacidad, pero donde no hay creación, hay destrucción, deterioro, y la mente se marchita.

Cuando la mente está vacía, silenciosa, cuando se halla en un estado de negación completa –que no es un blanqueo mental ni es lo opuesto de lo positivo, sino un estado por completo diferente en el que ha cesado todo pensamiento–, sólo entonces es posible que lo innominable se manifieste.

EDDINGTON, PENNSYLVANIA, 12 DE JUNIO DE 1936

El enfoque mecanicista de la vida sostiene que, como el hombre es meramente el producto del medio y de diversas reacciones, perceptibles sólo a los sentidos, el medio y las reacciones han de controlarse mediante un sistema racionalizado que permita al individuo funcionar sólo dentro de la estructura de ese sistema. Por favor, comprendan el pleno significado de este enfoque mecanicista de la vida. Éste no concibe ninguna entidad suprema, trascendental, nada que tenga continuidad; este enfoque de la vida no admite ninguna clase de supervivencia después de la muerte: la vida no es sino un breve trayecto que conduce a la aniquilación. Como el hombre no es nada más que el resultado de las reacciones ambientales y se interesa en la persecución de su propia seguridad egotista, ha contribuido a crear un sistema de explotación, crueldad y guerra. Por lo tanto, sus actividades deben ser moldeadas y guiadas cambiando y controlando el medio.

Luego están los que aceptan el enfoque de que el hombre es esencialmente divino, de que su destino está controlado y guiado por alguna inteligencia suprema. Éstos afirman que están buscando a Dios, la perfección, la liberación, la felicidad, un estado del ser en el que haya cesado todo conflicto subjetivo. La creencia de ellos en una entidad suprema que guía el destino del hombre se basa en la fe. Dirán que esta

entidad trascendental o inteligencia suprema ha creado el mundo y que el «yo», el ego, el individuo, es algo permanente en sí mismo y tiene una cualidad eterna.

A veces piensan ustedes que la vida es mecánica, y otras veces, cuando hay dolor y confusión, se vuelven a la fe acudiendo a un ser supremo en procura de guía y ayuda. Vacilan entre los opuestos, mientras que sólo comprendiendo la ilusión de los opuestos pueden liberarse de sus limitaciones e impedimentos. A menudo imaginan que están libres de esas cosas, pero sólo podrán estar radicalmente libres cuando comprendan plenamente el proceso por el que se forman estas limitaciones y por el que se les puede poner fin. Uno no puede alcanzar la comprensión de lo real, de *lo que es*, en tanto se perpetúe este proceso sin principio de la ignorancia. Cuando este proceso, que se nutre a sí mismo mediante sus propias actividades volitivas del anhelo, toca a su fin, existe aquello que puede ser llamado realidad, verdad, bienaventuranza.

DE: «*PLÁTICAS EN EUROPA 1967*», LONDRES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1967

Quizá valdría la pena emplear un poco de tiempo en tratar de descubrir si la vida tiene en absoluto alguna significación. No la vida que uno lleva, porque la existencia moderna tiene muy poco sentido. Uno da un significado intelectual a la vida, un significado teórico, teológico o (si puedo usar esa palabra) místico; trata de encontrarle una significación profunda –como muchos escritores han hecho en medio de la desesperación de esta dolorosa existencia–, inventarle alguna honda razón vital, intelectual. Y a mí me parece que valdría mucho más la pena si pudiésemos descubrir por nosotros mismos, no emocional ni intelectualmente, sino realmente, de hecho, si en la vida existe algo verdaderamente sagrado. No las invenciones de la mente que han asignado un sentido de santidad a la vida, sino si realmente existe tal cosa. Porque en esta búsqueda uno observa, tanto históricamente como de hecho en la vida que llevamos –los negocios, la competencia, la desesperación, la soledad, la ansiedad, la destrucción de la guerra, el odio–, que una vida así tiene muy poco sentido. Vivir setenta años, gastando cuarenta o cincuenta años en una oficina, con la rutina, el hastío y la soledad que ello implica, tiene muy poco sentido. Dándonos

cuenta de esto, tanto en Oriente como aquí, asignamos entonces significación y mérito a un símbolo, a una idea, a un Dios; es obvio que éstas son invenciones de la mente. En Oriente han dicho: «La vida es una unidad, no mates, Dios existe en cada ser humano, no destruyas». Pero al minuto siguiente están destruyéndose los unos a los otros, de hecho, verbalmente, en los negocios; por lo tanto, esta idea de que la vida es una unidad, de que es sagrada, tiene muy poco sentido.

También en Occidente, al darnos cuenta de lo que la vida es en realidad –la agresión, la brutalidad, la despiadada competencia de cada día–, asignamos significación a un símbolo. Esos símbolos sobre los que se basan todas las religiones se consideran muy sagrados. Es decir, los teólogos, los sacerdotes, los santos que han tenido sus experiencias peculiares han asignado significados a la vida y nosotros nos apegamos a esos significados a causa de nuestra desesperación, de nuestra soledad, de nuestra rutina cotidina que tiene tan poco sentido.

Si pudiésemos desechar todos los símbolos, todas las imágenes, las ideas y las creencias que hemos elaborado en el curso de los siglos y que hemos considerado sagradas, si de veras pudiéramos librarnos de todas estas extrañas invenciones, entonces quizá podríamos preguntarnos si existe de hecho algo verdadero, algo realmente santo y sagrado. Porque eso es lo que el hombre ha estado buscando en medio de todo este alboroto, en medio de la desesperación, del sentido de culpa, de la muerte. El hombre siempre ha buscado de distintas formas algo que, en su sentir, debe estar más allá de lo transitorio, más allá de la corriente del tiempo. ¿Podemos emplear un poco de tiempo en investigar esto y tratar de descubrir por nosotros mismos si existe tal cosa? Pero no lo que ustedes desean, no Dios, no una idea, no un símbolo. ¿Puede uno descartar realmente todo eso y entonces descubrir?

De: «Pláticas en Europa 1967», *Londres, 30 de septiembre de 1967*

Las palabras son sólo un instrumento de comunicación, pero la palabra no es la cosa. La palabra, el símbolo, no es lo real, y cuando uno está atrapado en las palabras, se vuelve muy difícil desenredarse de los símbolos, de las palabras y las ideas que impiden realmente la percepción. Si bien uno tiene que usar las palabras, las palabras no son el hecho. Por consiguiente, si podemos también estar alerta, en guardia, sabiendo que la palabra no es el hecho, entonces podemos empezar a investigar esta cuestión a gran profundidad. O sea, el hombre, a causa de su soledad y desesperación, ha concedido carácter sagrado a una idea, a una imagen hecha por la mano o por la mente. La imagen se ha vuelto extraordinariamente importante para el cristiano, para el hindú, para el budista, etc., y ellos han investido esa imagen con el sentido de lo sagrado. ¿Podemos descartar eso –no verbalmente, no teóricamente, sino descartarlo de hecho–, ver lo inútil de una actividad semejante? Entonces podemos comenzar a inquirir. Pero no hay ninguno que pueda responder, porque cualquier pregunta fundamental que nos formulamos no puede ser contestada por nadie y menos, en modo alguno, por nosotros mismos. Pero lo que podemos hacer es formular la pregunta y dejar que la pregunta hierva, que bulla, que se mueva. Y uno debe tener la capacidad de seguir el movimiento de esa pregunta hasta el final. Eso es lo que estamos preguntando: si más allá del símbolo, de la palabra, hay algo real, verdadero, algo completamente sagrado en sí mismo.

SEATTLE, 16 DE JULIO DE 1950

Interlocutor: En el mundo de hoy existen muchos conceptos de Dios. ¿Cuál es su pensamiento concerniente a Dios?

Krishnamurti: En primer lugar, debemos averiguar qué entendemos por concepto. ¿Qué es, para nosotros, el proceso del pensar? Porque, después de todo, cuando formulamos un concepto, digamos de Dios, nuestra fórmula, nuestro concepto tiene que ser el resultado de nuestro condicionamiento, ¿no es así? Si creemos en Dios, seguramente nuestra creencia es el producto del medio en que vivimos. Están los que desde la infancia han sido educados para negar a Dios, y están los que son educados para creer en Dios, como ocurre con la mayoría de ustedes. Así, formulamos un concepto de Dios conforme a nuestra educación, a nuestro trasfondo, a nuestras idiosincrasias, a nuestros agrados y desagrados, a nuestras esperanzas y temores. Es obvio, entonces, que mientras no comprendamos el proceso de nuestro propio pensar, los meros conceptos de Dios no tienen en absoluto ningún, valor, ¿verdad? Porque el pensamiento puede proyectar cualquier cosa que quiera. Puede crear y negar a Dios. Cada persona puede inventar o destruir a Dios de acuerdo con sus inclinaciones, placeres y dolores. Por lo tanto, mientras el pensamiento esté activo, formulando, inventando, jamás podrá ser descubierto aquello que está más allá del tiempo.

Dios o la realidad puede revelarse sólo cuando el pensamiento toca a su fin.

Ahora bien, cuando usted pregunta: «¿Cuál es su pensamiento concerniente a Dios?», ya ha formulado su propio pensamiento, ¿no es así? El pensamiento puede crear a Dios y experimentar aquello que ha creado. Pero eso no es, por cierto, una genuina experiencia. El pensamiento sólo experimenta su propia proyección; por lo tanto, eso no es real. Pero si ustedes y yo podemos ver la verdad de esto, entonces tal vez experimentemos algo mucho más grande que una mera proyección del pensamiento.

En la actualidad, cuando la inseguridad externa es cada vez mayor, hay obviamente un deseo vivo de seguridad interna. Dado que no podemos encontrar la seguridad afuera, la buscamos en una idea, en el pensamiento, y así creamos lo que llamamos Dios; y ese concepto se convierte en nuestra seguridad. Ahora bien, una mente que busca seguridad no puede, por cierto, encontrar lo real, lo verdadero. Para que podamos comprender aquello que está más allá del tiempo, tienen que llegar a su fin las creaciones del pensamiento. El pensamiento no puede existir sin palabras, símbolos e imágenes. Y sólo cuando la mente está quieta, libre de sus propias creaciones, hay posibilidad de descubrir lo real. Por consiguiente, preguntar meramente si Dios existe o no, es una respuesta inmadura al problema, ¿no es así? Formular opiniones acerca de Dios es realmente infantil.

Para experimentar, realizar aquello que está más allá del tiempo, es obvio que debemos comprender el proceso del tiempo. La mente es el resultado del tiempo, se basa en los recuerdos del ayer. ¿Podemos estar libres de la multiplicación de ayeres que constituye el proceso del tiempo? Éste es, por cierto, un problema muy serio; no es una cuestión de creencia o de descreimiento. Creer y descreer es un proceso de la ignorancia, mientras que comprender la cualidad inevitablemente temporal del pensamiento, trae libertad; sólo en

esa libertad puede haber descubrimiento. Pero la mayoría de nosotros desea creer porque es mucho más conveniente; nos da una sensación de seguridad, de que pertenecemos al grupo. Obviamente, esta creencia misma nos separa: usted cree en una cosa y yo creo en otra. Así, la creencia actúa como una barrera, es un proceso de desintegración.

Lo importante, entonces, no es el cultivo de la creencia o del descreimiento, sino comprender el proceso de la mente. Es la mente, es el pensamiento el que crea el tiempo. El pensamiento es tiempo, y cualquier cosa que el pensamiento proyecta tiene que pertenecer al tiempo; por lo tanto, el pensamiento no puede ir más allá de sí mismo. Para que uno pueda descubrir qué hay más allá del tiempo, el pensamiento tiene que terminar, y eso es algo sumamente difícil porque la terminación del pensamiento no llega mediante la disciplina, el control, la negación o la represión. El pensamiento cesa sólo cuando comprendemos todo el proceso del pensar, y para comprender el pensar tiene que haber conocimiento propio. El pensamiento es el «sí mismo», es la palabra que se identifica como el «yo» y, cualquiera que sea el nivel en que ese «yo» esté situado, alto o bajo, sigue estando dentro del campo del pensamiento.

Para encontrar a Dios, aquello que está más allá del tiempo, tenemos que comprender el proceso del pensamiento, o sea, el proceso de uno mismo. El «yo» es muy complejo; no está en un solo nivel, sino que está compuesto de muchos pensamientos, muchas entidades, cada una en contradicción con las otras. Tiene que haber una constante percepción alerta de todas ellas, una percepción sin opciones, sin condena ni comparación; o sea, tiene que existir la capacidad de ver las cosas como son, sin distorsionarlas ni interpretarlas. Tan pronto juzgamos o traducimos lo que vemos, lo distorsionamos conforme a nuestro trasfondo. Para descubrir a Dios o la realidad, no puede haber creencia alguna, porque la aceptación o el rechazo son una barrera para el descubrimiento.

Seattle, 16 de julio de 1950

Todos queremos estar seguros tanto en lo externo como en lo interno, y la mente tiene que comprender que la búsqueda de seguridad es una ilusión. Es sólo la mente insegura, por completo libre de cualquier forma de posesión, la que puede descubrir, y ésta es una tarea ardua. No implica retirarse al bosque o a un monasterio, o aislarse en alguna creencia peculiar; por el contrario, nada puede existir en el aislamiento. Ser es estar relacionado; sólo en medio de la relación podemos descubrirnos espontáneamente tal como somos. Este descubrimiento de nosotros mismos tal como somos, sin ningún sentido de condena o justificación, es el que produce una transformación fundamental en lo que somos. Y ése es el principio de la sabiduría.

DE: «*PLÁTICAS EN EUROPA 1967*», PARÍS, 30 DE ABRIL DE 1967

La mente religiosa es por completo distinta de la mente que cree en la religión. La mente religiosa está psicológicamente libre de la cultura de la sociedad; también está libre de toda forma de creencia y no exige ningún tipo de experiencia o de expresión personal. Y en todo el mundo el hombre ha creado, en el curso de los siglos y a causa de la creencia, un concepto llamado Dios. Este concepto llamado Dios ha sido necesario para el hombre porque él encuentra que la vida es un acontecimiento doloroso, un asunto de constantes batallas, conflictos y desdichas, con alguna chispa ocasional de luz, belleza y felicidad.

La creencia en un concepto, una fórmula, una idea se ha vuelto indispensable, porque la vida tiene muy escasa significación. La rutina cotidiana, el ir a la oficina, la familia, el sexo, la soledad, el agobio, el conflicto de la expresión personal, todas estas cosas significan muy poco; y al final de todo eso está siempre la muerte. Por consiguiente, la creencia se ha vuelto para el hombre una necesidad imperativa.

Conforme al clima, a la capacidad intelectual de los inventores de estas ideas y fórmulas, ha tomado forma el concepto de Dios, el Salvador, el Maestro, y de tal modo el hombre siempre ha estado tratando de alcanzar un estado de bienaventuranza, de verdad, la realidad de un estado mental que

jamás pudiera ser perturbado. Así es como ha postulado un objetivo final y se ha esforzado en pos de él. Los autores de estas ideas y de estos conceptos han establecido ya sea un sistema o un sendero que debe ser seguido a fin de llegar a esa realidad suprema. Y el hombre ha torturado su mente –mediante la disciplina, el control, la renuncia, la abstinencia, la austeridad– inventando diferentes maneras de aproximarse a la realidad. En Asia, hay muchos caminos que conducen a ella (al menos así dicen) y que dependen del temperamento y las circunstancias; tales caminos son seguidos para llegar a esa realidad que no puede ser medida por el hombre, por el pensamiento. En Occidente hay un solo Salvador, únicamente por intermedio de Él puede encontrarse ese algo supremo. Todos los sistemas de Oriente y Occidente implican un control constante, una constante deformación de la mente para que se amolde a un patrón establecido por el sacerdote, por los libros sagrados, por todas esas cosas desdichadas que son la esencia misma de la violencia. Esa violencia no está sólo en el rechazo de la carne, sino en el rechazo de toda forma de deseo, de belleza, en el control y el amoldamiento según un patrón establecido.

Ellos han tenido cierta clase de milagros, pero los milagros son las cosas más fáciles de lograr, tanto en Occidente como en Oriente. Y los que logran estos milagros son ungidos como santos: habiendo superado la marca de eso, se han amoldado por completo al patrón que se expresa en sus vidas cotidianas. Tienen muy poca humildad, porque la humildad no puede exhibirse exteriormente –vestirse con un taparrabo o una tosca túnica no es en absoluto una indicación de humildad–. Como cualquier virtud, la humildad es de instante en instante; no piede ser calculada, establecida y prescrita como una norma que ha de seguirse. Pero el hombre ha hecho esto durante siglos; el iniciador, la persona que originalmente ha experimentado algo llamado realidad, ha formulado un sistema, un método, un camino, y el resto del mundo

no ha hecho otra cosa que seguirlo. Entonces los discípulos, mediante una hábil propaganda, mediante métodos astutos de captar la mente del hombre, establecen una iglesia y dogmas, rituales. Y el hombre queda atrapado en eso, en que cualquiera que anhele encontrar aquello que la mente está siempre buscando, debe pasar por cierta clase de distorsión, de represión, de tortura, a fin de dar con esa belleza suprema.

Por lo tanto, intelectualmete, verbalmente, uno ve lo absurdo de todo esto; ve lo absurdo de tener cualquier tipo de creencia, la necedad de cualquier ideología. Desde el punto de vista intelectual, la mente puede descartar eso diciendo que es un disparate, pero internamente, muy en lo profundo, está siempre la búsqueda más allá de los rituales, de los dogmas y las creencias, más allá de los Salvadores, más allá de los sistemas que tan obviamente son invención del hombre. Uno ve que sus Salvadores, sus Dioses, son invenciones, y puede descartar estas cosas con relativa facilidad, como lo está haciendo el hombre moderno. (No sé por qué usa uno la palabra *moderno*, puesto que el hombre ha existido poco más o menos como es ahora, por generaciones y gerneraciones. Pero el clima que reina actualmente es tal, que el hombre niega totalmente, en su raíz misma, la autoridad del sacerdote, de la creencia y el dogma; para él, Dios está muerto, y murió muy joven.) Y como no hay Dios ni creencia, como no hay otra noción que la del disfrute físico, la satisfacción física y el desarrollo de la sociedad, el hombre vive para el presente temporal, negando por completo toda concepción religiosa.

Uno comienza por negar a los dioses externos con sus sacerdotes –de cualquier religión organizada–, y debe negarlos porque carecen en absoluto de cualquier valor. Han engendrado guerras, han separado a los hombres; ya sea en la religión judía, en la religión cristiana, en la religión hindú o en la islámica, han destruido al hombre, lo han separado y han sido una de las principales causas de guerra, de violencia.

Viendo todo esto, uno lo niega, lo desecha como algo infantil e inmaduro. Intelectualmente, puede hacerlo con mucha facilidad. Viviendo en este mundo, observando los métodos explotadores de las iglesias, de los templos, ¿quién puede hacer otra cosa que negar? Pero mucho más difícil es estar libre de la creencia y de la búsqueda en el nivel psicológico. Todos queremos encontrar algo no contaminado por el hombre, por su astuto pensamiento, algo no contaminado por ninguna sociedad intelectual o cultural y que no pueda ser destruido por la razón. En el fondo todos buscamos eso, porque esta vida es un tormento, una batalla, una rutina, una desdicha. Uno puede tener la capacidad de expresarse verbalmente, o en la pintura, la escultura, la música, pero aun eso llega a ser algo más bien vano. La vida tal como es ahora está muy vacía, y nosotros tratamos de llenarla con música y literatura, con diversiones, entretenimientos, conocimientos, ideas; pero cuando investigamos esto con un poquito más de profundidad y amplitud, descubrimos lo vacíos que estamos, lo superficial que es toda nuestra existencia, aunque podamos tener títulos, posesiones, capacidades.

Al darnos cuenta de lo vacía que es nuestra vida, tratamos de llenarla. Buscamos métodos y recursos, no sólo para llenar esta vacuidad, sino también para encontrar algo que no pueda ser medido por el hombre. Es posible que algunos tomen drogas –LSD u otra de las diversas formas de drogas psicodélicas que producen «expansión de la conciencia»–, y en ese estado uno adquiere o experimenta algunos resultados, porque la droga ha generado cierta sensibilidad en el cerebro. Pero éstos son resultados químicos, producto de agentes externos. Uno toma las drogas esperanzadamente, por lo cual experimenta estas cosas en lo interno; cuando tiene creencias, experimenta conforme a esas creencias. Los procesos son similares, ambos producen una experiencia. Sin embargo, el hombre se pierde nuevamente en la creencia –en la droga de la creencia misma, o en la creencia en la droga

química–. Queda inevitablemente atrapado en sus pensamientos.

Cuando uno ve a través de todo eso, lo descarta; o sea, que está libre de toda creencia. Eso no significa que se vuelva agnóstico o que se convierta en un cínico, en un amargado. Por el contrario, uno ve la naturaleza de la creencia y por qué la creencia llega a ser tan extraordinariamente importante: es porque estamos atemorizados; básicamente la razón es ésa. No sólo está el temor que experimentamos en la molienda de la vida cotidiana; temor de no llegar, de no realizarnos psíquicamente, de no tener poder, posición, prestigio, fama (todo esto ocasiona muchísimo temor, pero ese temor lo toleramos), sino que también tenemos este temor interno que es la causa de que la creencia se haya vuelto tan importante. Enfrentados a la completa vacuidad de la vida, seguimos aferrándonos a la creencia; aunque uno pueda descartar la autoridad externa de la creencia –la creencia inventada por los sacerdotes de todo el mundo–, elabora para sí mismo su propia creencia a fin de encontrar, de dar con esa cosa extraordinaria que el hombre ha estado buscando, buscando y buscando.

De modo que uno busca. La naturaleza, la estructura de la búsqueda es muy clara. ¿Por qué buscamos? Se trata, esencialmente, del interés propio –interés propio esclarecido, pero que sigue siendo interés propio–. Porque uno dice: «La vida es tan vulgar, vacua, torpe, estúpida, que tiene que haber algo más; iré a ese templo, a esa iglesia, a esa...» Y entonces uno descarta todo eso y comienza a buscar profundamente. Pero la búsqueda, en cualquiera de sus formas, se vuelve un impedimento psicológico. Creo que esto debe comprenderse de manera muy simple y clara. Uno puede descartar objetivamente –y así lo hace– la autoridad de cualquier agente externo que alega conducirnos hacia la verdad. Pero es indispensable hacer eso con todas las búsquedas: descartarlas, porque se comprende la naturaleza de la búsqueda.

Uno pregunta, pues: «¿Qué es lo que buscamos?». Si examinan ustedes lo que buscan a tientas, lo que anhelan, ¿acaso no implica eso la búsqueda de algo que ya conocen, algo que han perdido y están tratando de alcanzar? Ésa es una de las implicaciones. En la búsqueda está contenido el proceso de reconocimiento; es decir, cuando uno encuentra lo que busca, sea lo que fuere, tiene que ser capaz de reconocerlo, de lo contrario no tiene sentido el buscar. Por favor, sigan esto. Uno busca algo esperando encontrarlo y, al encontrarlo, reconocerlo; pero el reconocimiento es la acción de la memoria, lo cual implica que uno ya conoce eso, que ya ha tenido una vislumbre. O, como uno está tan densamente condicionado por la intensa propaganda de todas las religiones organizadas, induce en sí mismo cierto estado mediante la autohipnosis. Por consiguiente, cuando ustedes están buscando, ya tienen un concepto, una idea de lo que buscan, y cuando lo encuentran, ello significa que ya lo conocen, de otro modo no podrían reconocerlo. Por esta razón, lo que encuentran no es verdadero, no lo es en absoluto.

En consecuencia, uno necesita dar con ese estado mental que se halla verdaderamente libre de toda búsqueda, de toda creencia, pero debe hacerlo sin volverse cínico, sin estancarse. Porque tendemos a pensar que si no buscamos interminablemente, si no nos esforzamos y luchamos, si no tentamos el camino en la oscuridad, nos marchitaremos. No sé por qué no deberíamos marchitarnos, ¡como si no nos estuviéramos marchitando ahora! De hecho, uno se marchita; cuando envejece y muere, el organismo físico llega a su fin. Nuestra vida es el proceso de marchitamiento, porque en ella, en la vida cotidiana, imitamos, obedecemos, nos amoldamos, todo lo cual son formas de marchitarse. Por lo tanto, una mente que ya no está atrapada en ninguna forma de creencia, en ninguna creencia autoimpuesta, que no busca nada –aunque eso puede que sea un poco más difícil–, está tremendamente activa. La verdad es algo que existe sólo de instante

en instante. Como la virtud, como la belleza, es algo que no tiene continuidad. Lo que tiene continuidad es un producto del tiempo, y el tiempo es pensamiento.

Viendo lo que el hombre se ha hecho a sí mismo, cómo se ha torturado, cómo se ha embrutecido –volviéndose nacionalista, perdiéndose en alguna forma de entretenimiento, ya sea en la literatura, en esto o en aquello–, viendo todo el patrón de la vida humana, uno se pregunta: ¿Es necesario pasar por todo esto? ¿Comprenden la pregunta? ¿Debe un ser humano pasar por todo este proceso, paso a paso, descartando la creencia (si uno está de algún modo alerta), descartando toda forma de búsqueda, descartando las torturas de la mente, descartando la indulgencia? Viendo lo que el hombre se ha hecho a sí mismo a fin de encontrar lo que llama realidad, uno se pregunta –por favor, pregúntenselo a sí mismos, no a mí– si hay un modo, o si hay un estado explosivo que de un solo soplo descarte todo eso. Porque el tiempo no es el modo.

La búsqueda implica tiempo, implica emplear diez años o más, o a la larga encontrar por medio de la reencarnación lo que buscamos, como cree toda el Asia. Todo esto implica tiempo: desechar gradualmente estos conflictos, estos problemas, volverse más sabio, más hábil, ir conociendo poco a poco, liberar poco a poco a la mente de su condicionamiento. Eso es lo que implica el tiempo. Obviamente, el tiempo no es el camino, ni lo es la creencia, ni las disciplinas artificiales impuestas por un sistema, un gurú, un maestro, un filósofo, un sacerdote... ¡todo eso es tan infantil! ¿Es posible, pues, no pasar en absoluto por todo esto y, no obstante, dar con esa cosa extraordinaria? Porque esa cosa no puede ser invitada. Por favor, comprendan este hecho muy simple: eso no puede ser invitado, no puede ser buscado, porque la mente es demasiado estúpida, demasiado pequeña, porque nuestras emociones son demasiado vulgares, nuestros modos de vida demasiado confusos para que esa grandiosidad, esa cosa

inmensa pueda ser invitada a una casa tan pequeña, a un sitio que es muy insignificante, aunque pueda estar limpio y ordenado. Uno no puede invitarla. Para invitarla tiene que conocerla, y uno no puede conocerla, porque en el momento en que dice: «Yo la conozco» (sin importar quién lo diga), ello indica que no la conoce. Si dice que la ha encontrado, no la ha encontrado. Si dice que la ha experimentado, jamás la ha experimentado. Esas son todas maneras astutas de explotar a otra persona –la otra persona puede ser nuestro amigo o nuestro enemigo.

Viendo todo esto, no formalmente sino en la vida diaria, en nuestras actividades cotidianas, cuando escribimos, cuando hablamos, cuando vamos manejando el automóvil o cuando paseamos solos por el bosque, viendo todo esto de un vistazo –no es necesario leer volúmenes para descubrirlo–, viéndolo de un soplo, de una sola mirada, podemos comprender la cosa total. Y esto es posible comprenderlo verdaderamente como una totalidad cuando uno se conoce a sí mismo, cuando se conoce tal como es, muy simplemente, como el resultado de toda la humanidad, ya sea uno hindú, musulmán, cristiano o lo que fuere. Ése es el quid de la cuestión. Cuando uno se conoce a sí mismo tal como es, comprende toda la estructura del empeño humano, los engaños, las hipocresías, la brutalidad, la búsqueda del hombre.

Y uno se pregunta si es posible dar con esta cosa sin invitarla, sin esperarla, sin buscarla ni explorarla, para que ella simplemente sea, simplemente ocurra, como una fresca brisa que llega cuando dejamos la ventana abierta; no podemos invitarla, sino que debemos dejar la ventana abierta. Esto no significa que nos encontramos en un estado de espera, ésa es otra forma de engaño; no quiere decir que uno deba abrirse para recibir, lo cual es nuevamente un recurso del pensamiento.

Pero si nos lo hemos preguntado sin buscar, sin creer, en-

tonces en esa pregunta misma está el descubrimiento. Pero nosotros no nos lo preguntamos. Queremos que nos lo digan, queremos tenerlo todo corroborado, afirmado; fundamentalmente, en el fondo, jamás estamos libres de todas las formas de autoridad externa o interna. Ésa es una de las características más curiosas en la estructura de nuestra psique: todos queremos que nos digan las cosas, somos el resultado de lo que nos han dicho. Lo que nos han dicho es la propaganda de miles de años. Está la autoridad del libro antiguo, del líder actual, o la autoridad de quien les habla. Pero si realmente, muy en lo profundo, uno niega toda autoridad, ello significa que está exento de temores. No sentir temor es mirar el temor; pero, igual que con el placer, jamás entramos en contacto directo con el temor. Jamás entramos verdaderamente en contacto con el temor como entramos en contacto con una puerta cuando la tocamos, o con una mano, un rostro, un árbol; sólo entramos en contacto con el temor a través de la imagen del temor, imagen que nosotros mismos hemos creado. Sólo conocemos el placer a través de los placeres a medias. Nunca entramos directamente en contacto con nada. No sé si han observado cuando tocan un árbol –como lo hacen cuando pasean por el bosque–, si realmente están tocando el árbol. ¿O hay una pantalla entre ustedes y el árbol, aunque lo estén tocando? Del mismo modo, para entrar directamente en contacto con el temor, no debe haber imagen alguna, lo cual implica, de hecho, no tener recuerdo alguno del temor de ayer. Sólo entonces entra uno en contacto verdadero con el temor real de hoy. Entonces, si no hay memoria del temor de ayer, uno dispone de la energía para enfrentarse al temor inmediato –y es necesario tener una energía tremenda para enfrentarse al presente–. Nosotros disipamos esta energía vital –que todos tenemos– a causa de la imagen, de la fórmula, de la autoridad; y lo mismo ocurre con la persecución del placer. La persecución del placer es muy importante para nosotros. El placer mayor de todos es Dios –si suponemos que

existe–, y ésa tal vez sea la cosa más aterradora que jamás podría uno conocer, pero hemos imaginado que es lo supremo, así que jamás damos con ello. Nuevamente, es igual que cuando uno ya ha reconocido un placer como un placer de ayer; jamás está realmente en contacto con la experiencia actual, con un estado actual. Es siempre la experiencia de ayer la que tapa y oculta la presente.

Viendo, pues, todo esto, ¿es posible no hacer nada, no luchar, no buscar, ser totalmente negativo, permanecer totalmente vacío, sin ninguna acción? Porque toda acción es el resultado de la ideación. Si se han observado actuando, habrán visto que la acción tiene lugar a partir de una idea previa, de un concepto previo, de un recuerdo anterior. Hay una división entre la idea y el acto; existe un intervalo, por pequeño, por mínimo que sea, y a causa de esta división hay conflicto. ¿Puede la mente estar por completo quieta, sin pensar ni temer nada y, por lo tanto, en un estado extraordinariamente despierto, intenso?

Ustedes conocen la palabra *pasión*. Esa palabra significa muy a menudo sufrimiento; los cristianos la han utilizado para simbolizar ciertas formas de sufrimiento. En modo alguno estamos usando la palabra *pasión* en ese sentido. En este estado de negación completa, existe la forma más elevada de pasión. Esa pasión implica olvido de sí mismo. Para ese completo olvido de uno mismo, tiene que haber una tremenda austeridad, austeridad que no es la aspereza angustiosa de los monjes, de los santos que se han infligido torturas, que se han vuelto austeros porque han embrutecido sus mentes. La austeridad es realmente una sencillez extraordinaria, no en las ropas, no en la comida, sino en lo interno. Esta austeridad, esta pasión, es la forma más elevada de la negación total. Y entonces tal vez, si son afortunados –no hay fortuna aquí, la cosa llega sin que se la invite–, la mente ya ha dejado de esforzarse, de luchar. Entonces hagan lo que quieran, porque entonces habrá amor.

Sin esta mente religiosa no es posible crear una verdadera sociedad humana. Tenemos que crear una nueva sociedad en la que tenga muy poca cabida esta terrible actividad del interés propio. Sólo con una mente religiosa semejante puede haber paz, tanto externa como internamente.

DE: «*LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA*», CAPÍTULO 28

Interlocutor: Nuestra mente sólo conoce lo conocido. ¿Qué hay en nosotros que nos impulsa a encontrar lo desconocido, la realidad, Dios?

Krishnamurti: ¿Nos impulsa nuestra mente hacia lo desconocido? ¿Hay en nosotros un impulso por lo desconocido, por la realidad, por Dios? Por favor, considérelo seriamente. Ésta no es una pregunta retórica; descubrámoslo realmente. ¿Existe en cada uno de nosotros un impulso interno por encontrar lo desconocido? ¿Existe? ¿Cómo puede uno encontrar lo desconocido? Si no lo conoce, ¿cómo puede encontrarlo? ¿Existe un deseo vivo por la realidad, o es meramente un deseo de expandir lo conocido? ¿Entiende lo que quiero decir? He conocido muchas cosas que no me han dado felicidad, satisfacción, alegría. Por eso quiero ahora otra cosa que me dé mayor alegría, mayor felicidad, mayor vitalidad, lo que fuere. ¿Puede lo conocido, que es mi mente –porque mi mente es lo conocido, la consecuencia del pasado–, puede esa mente buscar lo desconocido? Si no conozco la realidad, lo desconocido, ¿cómo puedo buscarlo? Debe, por cierto, venir, yo no puedo ir tras ello. Si voy tras ello, estoy persiguiendo algo que es lo conocido, algo que ha sido proyectado por mí.

Nuestro problema no es el de saber qué es lo que en nosotros nos impulsa a encontrar lo desconocido. Eso está bastante claro: es nuestro propio deseo de estar más seguros, de ser más permanentes, más estables, más felices, de escapar del tumulto, del dolor, de la confusión. Ése es nuestro impulso obvio. Cuando existe ese impulso, ese apremio, ustedes encontrarán un escape maravilloso, un refugio extraordinario en el Buda, en Cristo, en los lemas políticos y en todas esas cosas. Eso no es la realidad, no es lo desconocido, lo incognoscible. De modo que el impulso por lo desconocido debe llegar a su fin, la búsqueda de lo desconocido debe terminar, lo cual implica que debe haber comprensión de lo conocido acumulativo, que es la mente. La mente tiene que comprenderse a sí misma como lo conocido, porque eso es todo lo que conoce. Uno no puede pensar en algo que no conoce; sólo puede pensar en algo que conoce.

Nuestra dificultad está en que la mente no prosiga avanzando en lo desconocido; eso puede ocurrir tan sólo cuando la mente se comprende a sí misma y comprende cómo todo su movimiento proviene del pasado y se proyecta a través del presente hacia el futuro. Es un solo movimiento continuo de lo conocido. ¿Puede ese movimiento llegar a su fin? Puede hacerlo sólo cuando la mente comprende su propio mecanismo, cuando se comprende a sí misma en su funcionamiento, en sus modalidades, sus propósitos, sus búsquedas, sus exigencias –no sólo las exisgencias superficiales, sino los profundos impulsos y motivos internos–. Ésta es una tarea sumamente ardua. Simplemente en una reunión o en una conferencia o leyendo un libro, no van ustedes a descubrir. Por el contrario, ello requiere una vigilancia constante, una constante percepción de cada movimiento del pensar, no sólo cuando están despiertos, sino también cuando duermen. Tiene que ser un proceso total, no un proceso parcial, esporádico.

Además, la intención debe ser la correcta. O sea, tiene

que cesar la superstición de que interiormente todos deseamos lo desconocido. Es una ilusión pensar que todos buscamos a Dios; no es así. Nosotros no tenemos que ir en busca de la luz. habrá luz cuando no haya oscuridad, y no podemos encontrar la luz por medio de la oscuridad. Todo lo que podemos hacer es eliminar esas barreras que crean la oscuridad, y el eliminarlas depende de la intención. Si las eliminan a fin de ver la luz, entonces no están eliminando nada, sólo están sustituyendo la oscuridad por la palabra *luz*. Aun el mirar más allá de la oscuridad implica huir de la oscuridad.

Tenemos que considerar no qué es lo que nos impulsa, sino por qué hay en nosotros tal confusión, tal agitación, tal lucha y antagonismo, todas las cosas estúpidas de nuestra existencia. Cuando estas cosas no existen, cuando hay luz, no tenemos que buscarla. Cuando la estupidez ha desaparecido, hay inteligencia. Pero el hombre que es estúpido y trata de volverse inteligente, sigue siendo estúpido. La estupidez nunca puede ser transformada en sabiduría; sólo cuando cesa la estupidez hay sabiduría, inteligencia. El hombre que es estúpido y trata de volverse inteligente, sabio, nunca podrá serlo, es obvio. Para saber lo que es la estupidez, uno debe investigarla, no superficialmente, sino de manera plena, completa, profunda; debe investigar todas las diferentes capas de la estupidez, y cuando la estupidez llega a su fin, hay sabiduría.

Por lo tanto, es importante averiguar, no si existe algo más, algo más grande que lo conocido y que nos impulsa hacia lo desconocido, sino ver qué es lo que en nosotros está causando confusión, guerras, diferencias de clase, esnobismo, búsqueda de renombre, acumulación de conocimientos, escape por medio de la música, del arte, de tantas maneras. Es importante, por cierto, ver estas cosas como son y volvernos a nosotros mismos tal como somos. A partir de ahí podemos proseguir. Entonces resulta relativamente fácil desprenderse de lo conocido. Cuando la mente se halla en silencio,

cuando ya no se proyecta hacia el futuro deseando alguna cosa, cuando está realmente quieta, profundamente en paz, lo desconocido se manifiesta. No tenemos que buscarlo. No podemos invitarlo. Sólo podemos invitar aquello que conocemos. Ustedes no pueden invitar a un huésped desconocido; sólo pueden hacerlo con alguien a quien conocen. Pero no conocen lo desconocido, la realidad, Dios, o como quieran llamarlo. Ello debe venir. Puede venir sólo cuando el campo es el apropiado, cuando la tierra ha sido labrada; pero si uno la labra a fin de que aquello venga, jamás lo tendrá.

Nuestro problema no es cómo buscar lo incognoscible, sino comprender los procesos acumulativos de la mente, la cual es siempre lo conocido. Ésa es una tarea ardua, exige atención constante, una constante percepción alerta en la que no haya sentido alguno de distracción, de identificación, de condena; consiste en estar con *lo que es*. Sólo entonces la mente puede hallarse en silencio. Ninguna cantidad de meditación, de disciplina, puede aquietar la mente en el verdadero sentido de la palabra. Sólo cuando la brisa cesa, el lago se aquieta. Uno no puede aquietar el lago. Nuestra tarea no es la de perseguir lo incognoscible, sino la de comprender la confusión, el alboroto, la desdicha que hay dentro de nosotros. Entonces «aquello» surge misteriosamente a la existencia, y en eso hay alegría, felicidad.

DE: «*EL ARTE DE VIVIR*», CAPÍTULO 4

Interlocutor: ¿Qué es Dios?

Krishnamurti: ¿Cómo vas a descubrirlo? ¿Aceptando la información de alguna otra persona? ¿o tratarás de descubrir por tí mismo qué es Dios? Es fácil formular preguntas, pero experimentar la verdad requiere muchísima inteligencia, muchísima búsqueda e investigación.

Por lo tanto, la primera pregunta es: ¿Vas a aceptar lo que otro dice acerca de Dios? No importa quién lo diga, Krishna, Buda o Cristo, porque todos pueden estar equivocados; del mismo modo, puede estar equivocado tu propio gurú particular. Ciertamente, para descubrir qué es verdadero, tu mente tiene que estar libre para investigar, lo cual significa que no puede meramente aceptar o creer. Yo puedo darte una descripción de la verdad, pero no será igual que si experimentas la verdad por tí mismo. Todos los libros sagrados describen lo que es Dios, pero esa descripción no es Dios. La palabra *Dios* no es Dios, ¿verdad?

A fin de descubrir qué es lo verdadero, jamás debes aceptar, jamás debes ser influido por lo que puedan decir los libros, los maestros o cualquier otra persona. Si eres influido por ellos, sólo encontrarás lo que ellos quieren que encuentres. Y debes saber que tu propia mente puede crear la ima-

gen de lo que ella desea: puede imaginar a Dios con barba o con un solo ojo, puede hacer que sea azul o púrpura. De modo que has de estar atento a tus propios deseos, sin dejarte engañar por las proyecciones de tus propias necesidades y anhelos. Si anhelas ver a Dios de cierta manera, la imagen que verás estará de acuerdo con tus deseos; y esa imagen no será Dios, ¿verdad? Si estás sufriendo y deseas ser consolado, o si te sientes romántico y sentimental en tus aspiraciones religiosas, a la larga crearás un Dios que proveerá lo que necesitas, pero eso tampoco será Dios.

Así que tu mente debe estar por completo libre; sólo entonces podrás descubrir lo verdadero, no mediante la aceptación de superstición alguna, no mediante la lectura de los así llamados libros sagrados ni siguiendo a algún gurú. Sólo cuando tienes esta libertad, esta verdadera libertad respecto de las influencias externas, y también estás libre de tus propios deseos y anhelos, de modo que tu mente es muy clara, sólo entonces resulta posible descubrir lo que Dios es. Pero si meramente te sientas y especulas, entonces tu suposición es tan buena como la de tu gurú y es igualmente ilusoria.

I: ¿Podemos darnos cuenta de nuestros deseos inconscientes?

K: En primer lugar, ¿te das cuenta de tus deseos conscientes? ¿Sabes lo que es el deseo? ¿Te das cuenta de que habitualmente no escuchas a nadie que esté diciendo algo contrario a lo que crees? Tu deseo te impide escuchar. Si deseas a Dios y alguien te señala que el Dios que deseas es el resultado de tus frustraciones y temores, ¿le escucharás? Por supuesto que no. Tú deseas una cosa y la verdad es algo por completo diferente. Dentro de tus propios deseos te limitas a tí mismo. Sólo te percatas a medias de tus deseos conscientes, ¿no es así? Y mucho más difícil es darse cuenta de los deseos que están profundamente ocultos. Para descubrir lo que está oculto, para descubrir cuáles son sus propias motivaciones,

la mente que investiga tiene que ser absolutamente clara y estar completamente libre. Por lo tanto, primero tienes que darte cuenta plenamente de tus propios deseos conscientes; entonces, a medida que te vuelves cada vez más alerta a lo que está en la superficie, puedes ir penetrando más y más en lo profundo.

DE: «*EL ARTE DE VIVIR*», CAPÍTULO 7, CON LOS JÓVENES

Interlocutor: ¿Cuál es la manera más fácil de encontrar a Dios?

Krishnamurti: Me temo que no hay una manera fácil, porque encontrar a Dios es una cosa de lo más difícil y ardua. Lo que llamamos Dios, ¿no es acaso algo creado por la mente? Ustedes saben lo que es la mente. La mente es el resultado del tiempo y puede crear cualquier cosa, cualquier ilusión. Tiene el poder de crear ideas, de proyectarse en fantasías, en imaginación; está constantemente acumulando, descartando, exigiendo. Siendo estrecha, limitada, estando llena de prejuicios, la mente puede representarse a Dios, puede imaginar, de acuerdo con sus propias limitaciones, lo que Dios es. A causa de que ciertos instructores, sacerdotes y los así llamados salvadores han dicho que Dios existe y lo han descrito, la mente puede imaginar a Dios en esos términos, pero esa imagen no es Dios. Dios es algo que no puede ser encontrado por la mente.

Para comprender a Dios, tenemos que comprender primero nuestra propia mente, lo cual es muy difícil. La mente es muy compleja y no es fácil comprenderla. Pero es bastante fácil sentarse y entrar en alguna clase de ensoñación, tener distintas visiones, ilusiones y pensar que estamos muy cerca

de Dios. La mente puede engañarse enormemente a sí misma. Así, para experimentar de verdad aquello que puede ser llamado Dios, tenemos que estar completamente quietos. ¿No han descubierto lo extremadamente difícil que es eso? ¿No han notado cómo aun las personas mayores jamás se sientan quietamente, cómo se agitan, cómo menean los dedos de los pies y mueven las manos? Es físicamente difícil permanecer quietos, ¡y mucho más difícil le es a la mente quedarse quieta! Ustedes pueden seguir las instrucciones de algún gurú y obligar a la mente a que permanezca quieta; pero no está realmente quieta. Sigue inquieta, como un niño al que se la manda permanecer en el rincón. Es un gran arte para la mente estar por completo silenciosa sin coacción alguna; sólo entonces es posible experimentar aquello que puede ser llamado Dios.

I: ¿Está Dios en todas partes?

K: ¿Te interesa realmente descubrirlo? Ustedes formulan preguntas y después se dejan caer, no escuchan. ¿Han advertido cómo los mayores casi nunca les escuchan? Raramente les escuchan porque están encerrados en sus propios pensamientos, en sus propias emociones y satisfacciones, en sus propios pesares. Espero que hayan advertido esto. Si saben cómo observar y cómo escuchar, escuchar de verdad, descubrirán muchísimas cosas, no sólo con respecto a la gente sino con respecto al mundo.

Aquí está este niño preguntando si Dios se encuentra en todas partes. Es más bien joven para formular esa pregunta. Él no sabe lo que eso significa en realidad. Probablemente tiene un vago indicio de algo: el sentimiento de la belleza, una percepción de los pájaros en el cielo, de las aguas que fluyen, de un rostro hermoso, sonriente, de una hoja bailando en el viento, de una mujer llevando una pesada carga. Y ve ira, ruido, dolor... todo eso está en el aire.

De modo que se halla naturalmente interesado y ansioso por descubrir qué es la vida en todas partes. Oye hablar de Dios a las personas mayores y se siente perplejo. Es muy importante para él formular semejante pregunta, ¿verdad? Y es igualmente importante para todos ustedes buscar la respuesta porque, como dije el otro día, comenzarán a captar el significado de todo esto internamente, inconscientemente, muy en lo profundo; y entonces, a medida que crezcan, tendrán insinuaciones de otras cosas, además de este horrible mundo con sus luchas. El mundo es bello, la tierra es generosa, pero nosotros somos sus expoliadores.

I: ¿Cuál es el verdadero propósito de la vida?

K: Es, ante todo, lo que tú haces de ella. Es lo que tú haces de la vida.

I: Por lo que toca a la realidad, tiene que haber alguna otra cosa. Yo no estoy particularmente interesado en tener algún propósito personal, pero quiero saber cuál es el propósito para todos.

K: ¿Cómo lo descubrirás? ¿Quién te lo mostrará? ¿Puedes descubrirlo leyendo? Si lees, un autor puede darte un método particular, mientras que otro autor puede ofrecerte un método completamente distinto. Si acudes a un hombre que está sufriendo te dirá que el propósito de la vida es ser feliz. Si acudes a un hombre que se está muriendo de hambre, que durante años no ha tenido comida suficiente, su propósito será tener un estómago lleno. Si acudes a un político, su propósito será llegar a ser uno de los que dirigen, de los que gobiernan el mundo. Si le preguntas a una mujer joven, te dirá: «Mi propósito es tener un bebé». Si acudes a un sanyasi, su propósito es encontrar a Dios. El propósito,

el deseo implícito de la gente es, por lo general, encontrar algo gratificante, confortador; todos quieren alguna forma de seguridad, de garantía, de modo tal que no tengan dudas ni cuestionamientos ni ansiedad ni temor. La mayoría de nosotros quiere algo permanente a lo cual poder aferrarse, ¿no es así?

Por lo tanto, el propósito general para el hombre es alguna clase de esperanza, de seguridad, de permanencia. No digas: «¿Eso es todo?». Ése es el hecho inmediato, y primero tienes que estar familiarizado plenamente con eso. Tienes que cuestionarlo todo, lo cual implica que tienes que cuestionarte a ti mismo. El próposito general de la vida está incrustado en tí, porque eres parte de la totalidad. Tú mismo deseas seguridad, permanencia, felicidad; deseas algo a lo cual poder aferrarte.

Ahora bien, para descubrir si hay alguna otra cosa más allá, alguna verdad que no es de la mente, es preciso terminar con todas las ilusiones que la mente crea; es decir, que tienes que comprenderlas y desecharlas. Sólo entonces podrás descubrir lo verdadero, si hay un propósito o si no lo hay. Estipular que debe haber un propósito o creer que hay un propósito, es meramente otra ilusión. Pero si puedes cuestionar todos tus conflictos, tus luchas, tus pesares, tus vanidades, tus ambiciones, esperanzas y temores, si puedes examinar todo eso e ir mucho más allá, entonces descubrirás.

I: Si desarrollo influencias superiores, ¿veré finalmente lo supremo?

K: ¿Cómo puedes ver lo supremo en tanto haya muchas barreras entre tú y eso? Primero tienes que eliminar las barreras. No puedes sentarte en una habitación cerrada y saber cómo es el aire fresco. Para tener aire fresco tienes que abrir las ventanas. De igual modo, tienes que ver, comprender y

descartar todas las barreras, todas las limitaciones y los condicionamientos que hay dentro de tí. Entonces descubrirás. Pero no tiene sentido que te sientes de este lado y trates de descubrir qué hay en el otro.

DE: «*COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR - PRIMERA SERIE*», CAPÍTULO 18

Las largas sombras del atardecer se extendían sobre las aguas tranquilas, y al final del día el río entraba en calma. Los peces saltaban fuera del agua y las pesadas aves llegaban para descansar entre los grandes árboles. No se veía una nube en el cielo azul plateado. Río abajo navegaba un barco lleno de personas que cantaban y aplaudían, y una vaca mugía a la distancia. Se percibía el perfume del atardecer. Una guirnalda de caléndulas flotaba en el agua que centelleaba con el sol poniente. ¡Qué hermoso y vital era todo: el río, los pájaros, los árboles y los aldeanos!

Estábamos sentados debajo de un árbol que dominaba el río. Cerca del árbol había un pequeño templo, y unas cuantas vacas flacas vagaban por los alrededores. El templo estaba limpio y bien barrido, y los arbustos en flor bien regados y cuidados. Un hombre cumplía con sus rituales vespertinos y su voz sonaba paciente y dolorida. Bajo los últimos rayos del Sol, el agua era del color de las flores recién abiertas. Pronto alguien se unió a nosotros y empezó a hablar de sus experiencias. Dijo que había consagrado muchos años de su vida a la búsqueda de Dios, que había practicado numerosas austeridades y renunciado a muchas cosas que le eran queri-

das. También había ayudado considerablemente en el trabajo social, en la construcción de una escuela, etc. Estaba interesado en muchas cosas, pero el interés que le consumía era el de encontrar a Dios. Y ahora, al cabo de muchos años, oía Su voz y ésta le guiaba tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Él no tenía voluntad propia, sino que seguía la voz interna de Dios. Ésta jamás le fallaba, aunque él corrompiera a menudo su claridad; su súplica era siempre por la purificación del vaso, porque éste fuera siempre digno a fin de recibir.

¿Puede aquello que es inmensurable ser hallado por ustedes y por mí? Lo que no es del tiempo, ¿puede ser descubierto por esa cosa hecha de tiempo? ¿Puede una disciplina diligentemente practicada conducirnos a lo desconocido? ¿Hay un medio para dar con aquello que no tiene principio ni fin? ¿Puede esa realidad ser atrapada en la red de nuestros deseos? Lo que podemos capturar es la proyección de lo conocido, pero lo desconocido no puede ser capturado por lo conocido. Lo que puede nombrarse no es lo innominable, y al nombrar sólo despertamos respuestas condicionadas. Estas respuestas, por nobles y gratas que sean, no pertenecen a lo real. Respondemos a los estímulos, pero la realidad no ofrece estímulos: *es*.

La mente se mueve de lo conocido a lo conocido, y no puede penetrar en lo desconocido. Uno no puede pensar en algo que no conoce, es imposible. Aquello en que pensamos surge de lo conocido, del pasado, ya sea del pasado remoto o del segundo que acaba de pasar. Este pasado, que es el pensamiento moldeado y condicionado por muchas influencias, se modifica de acuerdo con las circunstancias y las presiones, pero siempre sigue siendo un proceso de tiempo. El pensamiento sólo puede negar o afirmar, no puede descubrir o explorar lo nuevo –que el pensamiento transforma inmediatamente en lo viejo, en lo experimentado–. El pensamiento está siempre moldeando, modificando, coloreando con-

forme a un patrón previo de experiencia. La función del pensamiento es comunicar, pero no hallarse en un estado de vivencia. Cuando la vivencia cesa, el pensamiento asume la dirección y califica la vivencia dentro de la categoría de lo conocido. El pensamiento no puede penetrar en lo desconocido, y así jamás puede descubrir o experimentar la realidad.

Las disciplinas, los renunciamientos, el desapego, los rituales, la práctica de la virtud, todas estas cosas, por nobles que sean, son el proceso del pensamiento; y el pensamiento sólo puede funcionar dirigido a un propósito, a un logro, el cual es siempre lo conocido. El logro es seguridad, la certeza autoprotectora de lo conocido. Buscar la seguridad en lo inexpresable es negarlo. La seguridad que podemos encontrar está sólo en la proyección del pasado, de lo conocido. Por esta razón, la mente debe hallarse en completo y profundo silencio; pero este silencio no puede conseguirse por medio del sacrificio, de la sublimación o la represión. Este silencio adviene cuando la mente ya no busca, cuando ya no está atrapada en el proceso del devenir. Este silencio no es acumulativo, no puede ser elaborado mediante práctica alguna. Este silencio debe ser tan desconocido para la mente como lo es lo intemporal; porque si la mente experimenta el silencio, entonces está ahí el experimentador que es el resultado de las experiencias pasadas, que es el conocedor de un silencio pasado; y lo que el experimentador experimenta es tan sólo una repetición autoproyectada. La mente jamás puede experimentar lo nuevo; por eso la mente debe permanecer absolutamente silenciosa.

La mente puede permanecer en silencio sólo cuando no está experimentando, cuando no está calificando o nombrando, registrando o acumulando en la memoria. Este nombrar y registrar es un proceso constante de las diferentes capas de la conciencia, no sólo de la mente superficial. Pero cuando la mente superficial está quieta, la mente más profunda puede enviar sus insinuaciones. Cuando toda la conciencia está si-

lenciosa y tranquila, libre de todo devenir, lo cual implica espontaneidad, sólo entonces se manifiesta realmente lo inmensurable. El deseo de mantener esta libertad da continuidad a la memoria del que deviene, la cual es un obstáculo para la realidad. La realidad no tiene continuidad, es de instante en instante, siempre nueva, siempre fresca. Lo que tiene continuidad jamás puede ser creativo.

La mente superficial es sólo un instrumento de comunicación, no puede medir aquello que es inmensurable. La realidad no es cosa de la que pueda hablarse; cuando se habla de ella, deja de ser la realidad.

Esto es meditación.

BOMBAY, 3 DE MARZO DE 1965

A mí me parece que a lo largo de muchos siglos el hombre siempre ha buscado la paz, la libertad y un estado de bienaventuranza que él llama Dios. Lo ha buscado bajo nombres diferentes y en diferentes períodos de la historia y, al parecer, son muy pocos los que han encontrado ese sentido interno de gran paz, de libertad, y ese estado que el hombre llama Dios. En los tiempos modernos eso se ha vuelto muy poco importante; nuestro uso de la palabra *Dios* tiene muy poco sentido. Estamos siempre buscando un estado de felicidad, de paz y libertad lejos de este mundo, y de diversas formas escapamos de este mundo para encontrar algo que sea duradero, un santuario que nos confiera santidad y cierto sentido de profunda calma interna. Que uno crea o no crea en Dios depende de la influencia mental, de la tradición, del clima. Para encontrar ese estado de bienaventuranza, esa libertad, esa paz extraordinaria –ello tiene que ser una cosa viviente–, uno debe comprender, creo, por qué no es capaz de enfrentarse al hecho, transformarlo y, de tal modo, ir más allá del hecho.

Me gustaría, si puedo, considerar –o, más bien, que nos comuniquemos juntos al respecto– por qué concedemos una importancia tan grande a la idea y no a la acción. Aunque hemos hablado de eso en diferentes ocasiones y de diferentes maneras, quisiera examinarlo de un modo distinto, porque me parece que somos total y plenamente responsables de la

sociedad en que vivimos. Cada uno de nosotros es absolutamente responsable por la desdicha, la confusión, la completa brutalidad de la existencia moderna. No podemos escapar de ello, tenemos que transformarlo. El ser humano, que forma parte de la sociedad y ha creado esta sociedad –de la que es total y completamente responsable–, tiene que transformarla; y sólo podrá producir una mutación, una transformación dentro de sí mismo y, de tal modo, dentro del patrón de la sociedad, cuando cede completamente de escapar por medio de las ideas.

«Dios» es una idea que depende del clima, del medio y de la tradición en la que han sido educados. En el mundo comunista, donde todos dependen de esa circunstancia, la gente no cree en Dios. Aquí, ustedes dependen de sus circunstancias particulares, de su vida, de su tradición, y han desarrollado su idea acerca de Dios. Uno debe liberarse de estas circunstancias, de la sociedad; sólo entonces es posible para un ser humano, en esta libertad, encontrar aquello que es verdadero. Pero escapar meramente hacia una idea llamada *Dios* no resuelve el problema en absoluto.

«Dios» –o cualquier otro nombre que prefieran usar– es la ingeniosa invención del hombre, y a esa invención, a esa ingeniosidad, la revestimos de incienso, de rituales, de distintas formas de creencia, de dogmas que separan a los hombres en católicos, hindúes, musulmanes, parsis, budistas –toda la hábil e ingeniosa estructura inventada por el hombre–. Éste, habiendo inventado la estructura, queda atrapado en ella. Si no comprende el mundo presente, el mundo en que vive –el mundo de su desdicha, de su confusión y su dolor, de su ansiedad y desesperación, la angustia de la existencia, la completa soledad, el sentimiento de la absoluta inutilidad de la vida–, si no comprende todo eso, la mera multiplicación de ideas, por satisfactorias que sean, no tiene valor alguno.

Es muy importante comprender por qué creamos o for-

mulamos una idea. ¿Por qué formula la mente una idea? Entiendo por *formular* construir una estructura de ideas filosóficas o racionales o humanistas o materialistas. La idea es pensamiento organizado; en ese pensamiento organizado, en esa creencia o idea, vive el hombre. Es lo que todos hacemos, tanto si somos religiosos como si no lo somos. Pienso que es indispensable descubrir por qué los seres humanos, durante siglos y siglos, han dado una importancia tan grande a las ideas. ¿Por qué formulamos ideas en absoluto?... Si lo observamos, vemos que las ideas se forman cuando hay inatención. Cuando estamos plenamente activos, lo cual exige atención total –que es acción–, en eso no hay ideas; estamos actuando.

Por favor, si se me permite sugerirlo, simplemente escuchen. No acepten ni rechacen; no erijan defensas que, mediante sus propios pensamientos, sus creencias, contradicciones y todo eso, impidan el escuchar. Sólo escuchen. No estamos tratando de convencerles de nada; no les estamos obligando, de ningún modo, a que se ajusten a una determinada idea, norma o acción. Simplemente establecemos hechos –les gusten o no–, y lo que importa es aprender acerca del hecho. El «aprender» implica un escuchar total, una observación completa. Cuando ustedes escuchan el sonido de esos cuervos, no lo escuchen con sus propios ruidos internos, sus temores, sus pensamientos, conceptos, opiniones. Entonces verán que no hay idea en absoluto, sino que realmente escuchan.

De igual manera, si puedo sugerirlo, simplemente escuchen. Escuchen no sólo conscientemente sino también inconscientemente –lo cual es quizá mucho más importante–. Casi todos nosotros estamos condicionados por influencias. Puede que rechacemos las influencias conscientes, pero mucho más difícil es desechar las influencias inconscientes. Cuando ustedes escuchan de esta manera, el escuchar no es consciente ni inconsciente. Entonces están completamente atentos. Y

la atención no es personal, no es de ustedes ni mía; no es nacionalista, no es religiosa, no es divisible. Cuando están atentos de ese modo, no hay ideas, sólo existe el estado de escuchar. Casi todos hacemos eso cuando escuchamos algo bello, una música hermosa, o cuando contemplamos una montaña, la luz del atardecer, o la luz sobre el agua, o una nube. Entonces, en ese estado de atención, en ese estado de escuchar, de ver, no hay idea alguna.

Del mismo modo, si pudieran ustedes escuchar con esa facilidad, con esa atención exenta de todo esfuerzo, entonces tal vez verían el verdadero significado que tienen tanto la idea como la acción. La mayoría de nosotros formula ideas cuando hay inatención. Creamos o concebimos las ideas cuando éstas nos ofrecen seguridad, un sentimiento de certidumbre. Ese sentimiento de certidumbre, esa sensación de estar a salvo, es lo que engendra las ideas, y mediante esas ideas escapamos; por lo tanto, no hay acción. Creamos o formulamos ideas cuando no comprendemos completamente *lo que es*. De este modo, las ideas se vuelven mucho más importantes que el hecho.

Para descubrir –para descubrirlo realmente, como un hecho– si Dios existe o si Dios no existe, las ideas no tienen significado alguno. No tiene sentido que crean o que no crean, que sean teístas o ateos. Para descubrir, necesitamos toda nuestra energía, nuestra energía completa, total, energía sin una sola mancha, sin un rasguño, energía que no ha sido deformada ni corrompida.

De modo que para comprender, para descubrir si hay tal cosa como esa realidad que el hombre ha buscado durante tantos millones de años, uno debe tener energía, energía completa y total, incontaminada. Y para generar esa energía, tenemos que comprender el esfuerzo.

La mayoría de nosotros consume su vida en el esfuerzo, en la lucha; y el esfuerzo, la lucha, la competencia, son una disipación de esa energía. El hombre, a lo largo del período

histórico, ha dicho siempre que para encontrar esa realidad o Dios –cualquiera sea el nombre que puedan darle– uno debe mantenerse célibe; o sea, que uno hace voto de castidad y reprime, controla, combate interminablemente consigo mismo, a fin de respetar su voto. ¡Vean el desperdicio de energía! También es un desperdicio de energía complacerse en ello. Y muchísimo más significativo es cuando reprimimos. El esfuerzo dedicado a la represión, al control, a la negación de nuestros deseos, distorsiona la mente y, a causa de esa distorsión, se genera cierto sentido de austeridad, la cual se convierte en aspereza. Por favor, escuchen. Obsérvenlo en sí mismo y en las personas que les rodean. Y observen este desperdicio de energía, esta batalla; no las implicaciones del sexo, no el acto real, sino los ideales, las imágenes que engendra el placer... el constante pensar acerca de ello es un desperdicio de energía. Y la mayoría de las personas desperdicia su energía debido a la negación, o a un voto de castidad, o pensando interminablemente en ello.

El hombre es responsable –ustedes y yo somos responsables– del estado de la sociedad en que vivimos. Ustedes son los responsables, no sus políticos, porque ustedes han hecho de los políticos lo que son: deshonestos, siempre ensalzándose a sí mismos, buscando posición y prestigio –que es lo mismo que nosotros hacemos en nuestra vida cotidiana–. Somos responsables de la sociedad. La estructura psicológica de la sociedad es mucho más importante que el aspecto organizativo de la sociedad. La estructura psicológica de la sociedad se basa en la codicia, la envidia, el afán adquisitivo, la competencia, la ambición, el miedo, esta incesante exigencia del ser humano por sentirse seguro en todas sus relaciones, seguro en la propiedad, seguro en su relación con la gente, con las ideas. Ésa es la estructura social que uno ha creado, y entonces la sociedad impone psicológicamente la estructura sobre cada uno de nosotros. La codicia, la envidia, la ambición, la competencia, todo eso es un desperdicio

de energía, porque en eso siempre hay conflicto –conflicto interminable, como ocurre con una persona que es celosa–.

Los celos son una idea. La idea y el hecho son dos cosas diferentes. Escuchen, por favor. Ustedes abordan el sentimiento llamado «celos», por intermedio de una idea. No entran directamente en contacto con el sentimiento llamado «celos». Lo abordan a través de esa palabra que han establecido en su mente: celos. Eso se vuelve una idea, y la idea impide que entren directamente en contacto con ese sentimiento al que llaman «celos». Nuevamente, eso es un hecho. Por consiguiente, la fórmula, la idea, les impide entrar directamente en contacto con ese sentimiento; en consecuencia, la idea disipa esta energía.

Como *nosotros* somos los responsables de esta desdicha, de esta pobreza, de las guerras, de la falta total de paz, un hombre religioso no busca a Dios. El hombre religioso se interesa en la transformación de la sociedad que es él mismo. El hombre religioso no es el que practica innumerables rituales, el que sigue tradiciones, el que vive en una cultura muerta del pasado, explicando interminablemente la Gita, o la Biblia; no es el que recita sin cesar o el que hace votos. Ése no es un hombre religioso, porque un hombre así escapa de los hechos. El hombre religioso se interesa total y completamente por comprender la sociedad que es él mismo. No está separado de la sociedad. Sabe que producir en sí mismo una mutación total, implica la completa cesación de la codicia, de la envidia, de la ambición; porlo tanto, él no depende de las circunstancias, aunque sea el resultado de las circunstancias: la comida que come, los libros que lee, los cines a los que concurre, los dogmas religiosos, las creencias, los rituales y todo lo demás. Él es el responsable; por lo tanto, el hombre religioso sabe que debe comprenderse a sí mismo, puesto que es un producto de la sociedad que él mismo ha creado. Por eso, para encontrar la realidad tiene que comenzar aquí, no en un templo, no en una imagen –ya sea una imagen esculpida por

la mano o por la mente–. De lo contrario, ¿cómo puede descubrir algo totalmente nuevo, un nuevo estado?

La paz no es meramente la expansión de la ley o de la soberanía. Es algo por completo diferente; es un estado interno que no puede darse mediante la alteración de las circunstancias externas, si bien el cambio de las circunstancias externas es necesario. Pero este cambio, para que pueda dar origen a un mundo diferente, debe comenzar en lo interno. Y para producir un mundo diferente, necesitan ustedes una energía tremenda, energía que ahora está siendo disipada en el conflicto constante. Por lo tanto, uno tiene que comprender este conflicto.

La causa principal del conflicto es el escape, el escape por medio de la idea. Por favor, obsérvense a sí mismos. En vez de afrontar, digamos, los celos, la envidia, en vez de entrar directamente en contacto con ello, dicen: «¿Cómo lo superaré? ¿Qué debo hacer? ¿Cuáles son los métodos por los que puedo librarme de los celos?». Todo eso son ideas y, en consecuencia, maneras de escapar, de alejarse del hecho de que son celosos. Al alejarse del hecho mediante las ideas, no sólo desperdician su energía, sino que eso les impide entrar en contacto directo con el hecho. Tienen que concederle atención completa, no mediante una idea. La idea, como lo he señalado, impide la atención. De modo que, cuando observen, cuando se den cuenta de este sentimiento de los celos y le presten atención completa sin ideas, verán que no sólo están directamente en contacto con ese sentimiento, sino que, gracias a que le han dedicado su atención total, no mediante ideas, el sentimiento deja de existir. Entonces disponen de una energía mayor para enfrentarse al siguiente acontecimiento, o a la siguiente emoción, o al siguiente sentimiento.

Para descubrir, para producir una mutación completa, debemos tener energía, no la energía que se genera mediante la represión, sino esa energía que llega a nosotros cuando no estamos escapando a través de las ideas o de la represión.

Realmente, si piensan en ello, ven que sólo conocemos dos modos de enfrentarnos a la vida: o escapamos de ella por completo, lo cual es una forma de insensatez que conduce a la neurosis, o reprimimos todo por falta de comprensión. Eso es todo lo que conocemos.

La represión no implica sólo acabar definitivamente con todo sentimiento o toda sensación, sino que también es una forma de racionalización, de explicación intelectual. Por favor, obsérvense y verán qué factual es lo que se está diciendo. Es indispensable, pues, que no escapen. Y es una de las cosas más importantes descubrir cómo no escapar jamás. Es sumamente difícil descubrirlo, porque escapamos por medio de las palabras. Escapamos del hecho no sólo corriendo al templo y todo ese tipo de cosas, sino también mediante las palabras, los argumentos intelectuales, las opiniones, los juicios. Tenemos muchísimos modos de escapar del hecho. Por ejemplo, tomemos el hecho de que uno es torpe. Si uno es torpe, eso es un hecho. Y cuando uno toma conciencia de que es torpe, el escape consiste en tratar de volverse ingenioso. Pero, para despertar la sensibilidad, se requiere que toda la atención esté dirigida a ese estado de la mente que es la torpeza.

Por eso necesitamos energía, la cual no es el resultado de ninguna contradicción, de ninguna tensión, sino que surge cuando no hay esfuerzo en absoluto. Por favor, comprendan este único hecho simple, real: que desperdiciamos nuestra energía a causa del esfuerzo, y que ese desperdicio de energía causado por el esfuerzo nos impide entrar directamente en contacto con el hecho. Cuando estoy haciendo un esfuerzo tremendo para escuchar a alguien, toda mi energía se ha ido en hacer el esfuerzo y, en realidad, no escucho. Cuando estoy enojado o impaciente, toda mi energía se ha ido en tratar de decir: «No debo estar enojado». Pero cuando presto atención completa al enojo –a ese estado de la mente– sin escapar mediante las palabras, la condena, el juicio, entonces,

en ese estado de atención, estoy libre de la cosa llamada enojo. Así pues, esa atención que es la suma de la energía, no es un esfuerzo. Sólo la mente exenta de esfuerzo es una mente religiosa. Por lo tanto, sólo una mente así puede descubrir si existe o no existe Dios.

Luego hay otro factor: Somos seres humanos imitativos. No hay nada original en nosotros. Somos el resultado del tiempo, de muchos, muchos miles de ayeres. Desde la infancia nos han educado para imitar, obedecer, copiar la tradición, seguir las Escrituras, seguir a la autoridad. No hablamos aquí de la autoridad de la ley, que debe ser obedecida, sino que hablamos de la autoridad de las Escrituras, la autoridad espiritual, el patrón de conducta, la fórmula. Obedecemos e imitamos.

Cuando uno imita, o sea, cuando se ajusta internamente a un patrón, ya sea impuesto por la sociedad o por uno mismo conforme a la propia experiencia, tal ajuste, tal imitación u obediencia destruye la claridad de la energía. Uno imita, se ajusta, obedece porque está atemorizado. Un hombre que comprende, que ve claramente, que está muy atento, no tiene miedo; por lo tanto, no tiene razón alguna para imitar. Es él mismo –cualquier cosa que él mismo pueda ser– en todo momento.

Por consiguiente, la imitación, el amoldamiento a un patrón religioso, o no amoldamiento a un patrón religioso sino amoldamiento a la propia experiencia, siguen siendo el resultado del temor. Y un hombre temeroso –ya sea de Dios, de la sociedad o de sí mismo– no es una persona religiosa. Un hombre es libre sólo cuando no hay temor. Por lo tanto, tiene que establecer contacto con el temor directamente, no a través de la idea del temor.

Uno puede llegar a reunirse con esa energía inmaculada, incorrupta, vital, sólo cuando rechaza algo. No sé si han notado que cuando rechazan algo no como una reacción, ese rechazo mismo crea energía. Cuando rechazan, digamos, la

ambición –no porque desean ser espirituales, no porque desean vivir una vida pacífica, no porque anhelan a Dios o alguna otra cosa, sino por lo que eso es en sí–, cuando ven la naturaleza completamente destructiva del conflicto que implica la ambición y la rechazan, ese rechazo mismo es energía. No sé si alguna vez han rechazado así alguna cosa. Cuando rechazan un placer particular, por ejemplo, el placer de fumar –no porque es malo para los pulmones, no porque no tienen dinero para fumar innumerables cigarrillos por día, no porque están presos en un hábito que les esclaviza, sino porque ven que no tiene sentido–, cuando lo rechazan sin reacción alguna, ese rechazo mismo genera una energía. De igual modo, cuando rechazan a la sociedad –sin escapar de ella como lo hacen el sanyasi, el monje y las personas así llamadas religiosas–, cuando rechazan totalmente la estructura psicológica de la sociedad, a causa de ese rechazo tienen una energía tremenda. El acto mismo del rechazo es energía.

Ahora ustedes han visto por el mismo, o han comprendido, habiendo escuchado acerca de la naturaleza del conflicto, del esfuerzo, que éste disipa energía. Y han realizado, no verbalmente sino de hecho, este sentido de energía que no es el resultado del conflicto, sino que adviene cuando la mente ha comprendido toda la estructura de los escapes, de la represión, del conflicto, la imitación y el miedo. Entonces pueden proseguir, pueden empezar a descubrir por sí mismos qué es lo real, a descubrirlo no como un escape, no como un modo de eludir la propia responsabilidad en este mundo. Sólo pueden descubrir qué es lo real, qué es el bien –si el bien existe–, no mediante la creencia, sino transformándose a sí mismos en la relación que establecen con la propiedad, con la gente y con las ideas, y, por consiguiente, estando libres de la sociedad. Sólo entonces –no mediante el escape o la represión– tienen esa energía indispensable para descubrir.

Si han llegado hasta allí, entonces deben empezar a descubrir la naturaleza de la disciplina, de la austeridad que uno

tiene, ya sea tradicionalmente o porque ha comprendido. Existe un proceso natural de austeridad, un proceso natural de disciplina que no contiene aspereza, que no se amolda, que no consiste en imitar meramente un determinado hábito placentero. Y cuando hayan hecho esto, encontrarán que hay una inteligencia que pertenece a la forma más elevada de sensibilidad. Sin esta sensibilidad, carecen ustedes de belleza.

Una mente religiosa debe estar despierta a este sentido extraordinario de sensibilidad y belleza. La mente religiosa de la que estamos hablando es por completo diferente de la mente religiosa ortodoxa, tradicional. Porque para la mente religiosa ortodoxa no hay belleza; es totalmente ajena al mundo en que vivimos –a la belleza del mundo, la belleza de la tierra, la belleza del cerro, la belleza de un árbol, la belleza de un rostro hermoso y sonriente–. Para el religioso ortodoxo, convencional, la belleza es tentación; para él la belleza es la mujer, a quien tiene que evitar a toda costa para encontrar a Dios. Una mente semejante no es una mente religiosa, porque no es sensible al mundo, al mundo de la belleza, el mundo de la escualidez. Uno no puede ser sensible sólo a la belleza; también tiene que ser sensible a la escualidez, a la suciedad, a la desorganizada mente humana. La sensibilidad significa sensibilidad a todo cuanto nos rodea, no sólo en una dirección particular. Por lo tanto, una mente que en sí misma no es sensible a esta belleza, no puede proseguir más lejos. Tiene que existir esta clase de sensibilidad.

Entonces una mente así, que es una mente religiosa, comprende la naturaleza de la muerte. Porque si no comprende la muerte, no comprende el amor. La muerte no es el final de la vida. La muerte no es un acontecimiento ocasionado por la enfermedad, la senilidad, la vejez, o por algún accidente. La muerte es algo con lo que uno vive todos los días, porque cada día está muriendo a todo lo conocido. Si uno no conoce la muerte, jamás sabrá lo que es el amor.

El amor no es memoria, el amor no es un símbolo, una imagen, una idea; el amor no es una virtud. Si hay amor, uno es virtuoso, no tiene que luchar para ser virtuoso. Pero no hay amor, y no lo hay porque ustedes jamás comprendieron qué es morir: morir a sus experiencias, a sus placeres, a su forma particular de memoria oculta, de la cual no son conscientes. Cuando saquen a la superficie todo eso y mueran a ello de instante en instante –mueran a la casa que poseen, a sus recuerdos, a sus placeres–, mueran espontánea y fácilmente, sin esfuerzo alguno, sabrán qué es el amor.

Sin belleza, sin el sentido de la muerte, sin amor, jamás darán con la realidad; hagan lo que hagan, aunque acudan a todos los templos, aunque sigan a todos los gurúes inventados por todos los hombres poco inteligentes, jamás darán con la realidad de ese modo. La realidad es creación.

La creación no significa engendrar bebés o pintar un cuadro o escribir un poema o preparar un buen plato de comida. Eso no es creación, es meramente el resultado de un talento particular, de un don o del aprendizaje de una determinada técnica. Una invención no es creación. La creación ocurre sólo cuando hemos muerto para el tiempo; o sea, cuando no hay un mañana. La creación sólo puede tener lugar cuando hay una completa concentración de energía que no tiene movimiento alguno ni hacia adentro ni hacia afuera.

Por favor, sigan esto. No importa si lo comprenden o no. Nuestra vida es tan vulgar, tan desdichada, hay tanta desesperación, tanta infelicidad... Hemos vivido dos millones de años y no existe nada nuevo. Sólo conocemos la repetición, el aburrimiento y la completa inutilidad de cada acto que realizamos. Para producir una mente nueva, un sentido de inocencia, de frescura, tienen que existir esta sensibilidad, esta muerte y este amor, esa creación. Esa creación puede tener lugar cuando existe esta energía completa que no tiene movimiento en ninguna dirección.

¡Miren! Cuando la mente se enfrenta a un problema, está

siempre buscando una salida, al tratar de resolverlo, de superarlo, de rodearlo, de ir mucho más allá, al tratar de hacer algo con el problema, moviéndose hacia afuera o hacia adentro. Si no se movieran en ninguna dirección, si no hubiera movimiento alguno hacia afuera o hacia adentro, sino sólo el problema, entonces habría una explosión en ese problema. Háganlo alguna vez y verán la realidad de lo que se dice; no tienen que creer en ello, argumentar en favor o en contra. Aquí no hay ninguna autoridad.

Por lo tanto, cuando existe esta concentración de energía que no es el resultado del esfuerzo, y cuando esa energía no se mueve en ninguna dirección, en ese instante hay creación. Y esa creación es la verdad, Dios, o el nombre que quieran darle –entonces la palabra no significa nada–. Esa explosión, esa creación, es paz; ustedes no tienen que buscar la paz. Esa creación es belleza. Esa creación es amor.

Sólo una mente religiosa semejante puede traer orden a este mundo confuso y doloroso. Y es responsabilidad de ustedes –de ustedes y de nadie más–, mientras viven en este mundo, producir una vida creativa como ésa. Y sólo una mente así, la mente religiosa, bienaventurada, puede hacerlo.

BANGALORE, 4 DE JULIO DE 1948

Interlocutor: El hombre, antes de que pueda conocer a Dios, tiene que saber qué es Dios. ¿Cómo vamos a introducir la idea de Dios en el hombre sin traer a Dios al nivel humano?

Krishnamurti: Usted no puede hacerlo, señor. Ahora bien, ¿cuál es el impulso que hay detrás de la búsqueda de Dios? Y, ¿es real esa búsqueda? Para la mayoría es una manera de escapar de la realidad. Debemos, pues, tener muy claro dentro de nosotros si esta búsqueda de Dios es un escape o si es una búsqueda de la verdad en todo: la verdad en nuestras relaciones, la verdad en el valor de las cosas, la verdad en las ideas. Si estamos buscando a Dios sólo porque nos hemos cansado de este mundo y de sus infortunios, entonces eso es un escape; entonces creamos a Dios y, por lo tanto, eso no es Dios. El Dios de los templos, de los libros, no es Dios; obviamente, es un escape maravilloso. Pero si tratamos de encontrar la verdad no en una serie exclusiva de acciones, sino en todos nuestros actos, en nuestras ideas y relaciones, si buscamos la correcta evaluación del alimento, la ropa y el albergue que necesitamos, entonces, debido a que nuestras mentes son capaces de tener claridad y comprensión, cuando busquemos la realidad la encontraremos. Entonces ésta no será un escape. Pero si estamos confundidos con respecto a las cosas del mundo –comida, ropa, vivienda, relaciones e ideas–, ¿cómo podemos dar con la realidad? Sólo podemos

inventar una «realidad». Por lo tanto, una mente confundida, condicionada, limitada, no puede conocer a Dios, la verdad, la realidad. ¿Cómo puede una mente semejante pensar en la realidad, en Dios? Primero tiene que liberarse de sus condicionamientos. Tiene que liberarse de sus propias limitaciones, y sólo entonces podrá saber qué es Dios; no antes, obviamente. La realidad es lo desconocido, y lo que conocemos no es lo real.

Así pues, una mente que desea conocer la realidad tiene que liberarse de su propio condicionamiento, y ese condicionamiento es impuesto tanto desde lo externo como desde lo interno; y mientras la mente esté creando disputas y conflictos en las relaciones, no puede conocer la realidad. Si uno ha de conocer la realidad, la mente debe estar tranquila; pero si es obligada, disciplinada para que esté tranquila, esa tranquilidad es en sí misma una limitación, es meramente autohipnosis. La mente se libera y aquieta sólo cuando comprende los valores que la rodean. Por lo tanto, a fin de comprender aquello que es lo más elevado, lo supremo, lo real, tenemos que empezar muy abajo, muy cerca; o sea, tenemos que descubrir el valor de las cosas, de la relación y de las ideas que nos mantienen ocupados todos los días. Sin comprenderlas, ¿cómo puede la mente buscar la realidad? Puede inventar una «realidad», puede copiarla, imitarla; a causa de que ha leído tantos libros, puede repetir la experiencia de otros. Pero eso no es, por cierto, lo real. Para experimentar lo real, la mente debe dejar de crear desde sí misma, porque cualquier cosa que crea sigue estando esclavizada al tiempo.

El problema no es si Dios existe o no, sino cómo puede el hombre descubrir a Dios. Si en su búsqueda se desembaraza de todo, inevitablemente dará con esa realidad. Pero debe empezar con lo cercano y no con lo lejano. Obviamente, para llegar lejos, tenemos que empezar cerca. Pero casi todos nosotros queremos especular, lo cual constituye un escape muy

conveniente. Por eso las religiones ofrecen una droga tan maravillosa para la mayoría de las personas.

Así pues, la tarea de desembarazar la mente de todos los valores que ella ha creado es en extremo ardua, y debido a que nuestra mentes están cansadas o porque somos perezosos, preferimos leer libros religiosos y especular acerca de Dios; pero eso no es, por cierto, el descubrimiento de la realidad. Realizar es experimentar, no imitar.

I: La mente, ¿es distinta del pensador?

K: El pensador, ¿es distinto de sus pensamientos? Sin pensamientos, ¿existe el pensador? ¿Hay un pensador aparte del pensamiento? Deje de pensar y, ¿dónde está el pensador? ¿Es el pensador de un pensamiento diferente del pensador de otro pensamiento? ¿Está el pensador separado de su pensamientos, o el pensamiento crea al pensador, el cual entonces se identifica con el pensamiento cuando lo encuentra conveniente y se separa cuando no resulta conveniente? O sea, ¿qué es el «yo», el pensador? Obviamente, el pensador está compuesto de diversos pensamientos que se han identificado como el «yo». Por lo tanto, los pensamientos producen al pensador, no a la inversa. Si no tengo pensamientos, entonces no hay pensador; no es que el pensador sea diferente cada vez, sino que si no hay pensamientos no hay pensador. De modo que los pensamientos producen el pensador, tal como las acciones producen al actor. El actor no produce las acciones.

I: Mi experiencia es que sin la cooperación del «yo» no hay percepción.

K: No podemos hablar de percepción pura. La percepción está siempre mezclada con el perceptor –es un fenómeno mancomunado–. Si hablamos de percepción, es forzoso que

se introduzca inmediatamente el perceptor. Está más allá de nuestra experiencia hablar del percibir; jamás tenemos una experiencia como la del percibir. Uno puede caer en un sueño profundo, cuando el perceptor no se percibe a sí mismo; pero en el sueño profundo no hay ni percepción ni perceptor. Si usted conoce un estado en el cual el perceptor se percibe a sí mismo sin introducir otros objetos de percepción, sólo entonces puede hablar válidamente del perceptor. Mientras desconocemos ese estado, no tenemos el derecho de hablar del perceptor como de algo aparte de la percepción. Así pues, el perceptor y la percepción son un fenómeno mancomunado, son dos caras de la misma moneda. No están separados. Pero nosotros insistimos en separar al perceptor de la percepción, sin que haya una base válida para ello. No conocemos un perceptor sin percepción, y no conocemos una percepción sin perceptor. Por lo tanto, la única conclusión válida es que la percepción y el perceptor, el «yo» y la voluntad, son dos caras de la misma moneda; son dos aspectos del mismo fenómeno, el cual no es la percepción ni el perceptor. Pero un examen exacto de ello, requiere una atención muy profunda.

I: ¿Adónde nos conduce eso?

K: Señor, esta pregunta surge de la investigación acerca de la búsqueda de Dios. Obviamente, la mayoría de nosotros quiere conocer la experiencia de la realidad. Por cierto, ésta puede ser conocida sólo cuando el experimentador deja de experimentar, porque el experimentador está creando la experiencia. Si el experimentador está creando la experiencia, entonces creará a Dios; por lo tanto, eso no será Dios. ¿Puede cesar el experimentador? Ése es el nudo en esta pregunta. Ahora bien, si el experimentador y la experiencia son un fenómeno mancomunado, lo cual es muy obvio, entonces el experimentador, el actor, el pensador, tiene que dejar de pen-

sar. ¿No es evidente? Así pues, ¿puede el pensador dejar de pensar? Porque cuando piensa crea, y lo que crea no es lo real. Por lo tanto, para descubrir si existe o no existe Dios, la realidad o como quieran llamarlo, el proceso del pensamiento debe terminar, lo cual implica que debe cesar el pensador. No viene al caso por ahora que el pensador sea producido por los pensamientos; todo el proceso del pensamiento, que incluye al pensador, tiene que llegar a su fin. Sólo entonces podremos dar con la realidad. Ahora bien, en primer lugar, ¿cómo ha de ponerse fin a ese proceso y quién lo hará? Si lo hace el pensador, éste sigue siendo el producto del pensamiento. El pensador poniendo fin al pensamiento es aún la continuidad del pensamiento. Por lo tanto, ¿qué ha de hacer el pensador? Cualquier esfuerzo de su parte sigue siendo el proceso del pensar. Espero estar expresándome con claridad.

* * *

I: ¿Por qué insistimos en separar al perceptor de la percepción, al que recuerda del recuerdo? ¿No es ésa la raíz de nuestra dificultad?

K: Separamos porque el que recuerda, el que experimenta, el que piensa, adquiere permanencia mediante la separación. Los recuerdos son, obviamente, fugaces; por eso, el que recuerda, el experimentador, la mente, se separa porque desea permanencia. La mente que se esfuerza, que lucha, que opta, que se disciplina, es obvio que no puede encontrar lo real porque, como dijimos, a causa de ese esfuerzo mismo proyecta y mantiene al pensador. Ahora bien, ¿cómo liberar al pensador de sus pensamientos? Esto es lo que estamos discutiendo. Porque cualquier cosa que él piensa tiene que ser el producto del pasado; por lo tanto, crea a Dios, la verdad, desde la memoria, y eso, obviamente, no es lo real. En otras palabras, la mente se mueve todo el tiempo de lo conocido a

lo conocido. Cuando funciona la memoria, la mente sólo puede moverse en el campo de la conocido, y cuando se mueve en el campo de lo conocido jamás puede conocer lo desconocido. Nuestro problema es, entonces, cómo liberar a la mente de lo conocido. Para liberarnos de lo conocido, cualquier esfuerzo es perjudicial, porque el esfuerzo sigue perteneciendo a lo conocido. Por lo tanto, todo esfuerzo tiene que cesar. ¿Han tratado alguna vez de actuar sin esfuerzo alguno?

Si comprendo que todo esfuerzo es inútil, que todo esfuerzo es una proyección ulterior de la mente, del «yo», del pensador, si me doy cuenta de la verdad de eso, ¿qué ocurre? Si veo muy claramente el rótulo «veneno» en un frasco, no lo toco. No hay esfuerzo alguno en no ser atraído por él. De igual modo –y en esto radica la mayor de las dificultades–, si me doy cuenta de que cualquier esfuerzo de mi parte es nocivo, si veo la verdad de eso, entonces estoy libre del esfuerzo. Cualquier esfuerzo de nuestra parte es nocivo, pero no estamos seguros, porque deseamos un resultado, deseamos lograr alguna cosa... y ésa es nuestra dificultad. Por consiguiente, seguimos luchando, luchando, luchando. Pero Dios, la verdad, no es un resultado, una recompensa, una meta. Ello, por cierto, debe llegar a nosotros, no podemos ir hacia ello. Si hacemos un esfuerzo para ir hacia ello, estamos buscando un resultado, un logro. Pero para que la verdad llegue a un hombre, éste debe hallarse pasivamente alerta. La percepción alerta pasiva es un estado en el que no hay esfuerzo alguno; implica estar alerta sin juzgar, sin optar, no en algún sentido fundamental, sino en todos los órdenes; implica estar alerta en nuestras acciones, en nuestros pensamientos, en nuestras repuestas relativas, sin escoger, sin condenar, sin identificarnos ni negar, de modo que la mente empiece a comprender cada pensamiento y cada acción sin que haya juicio alguno al respecto. Esto evoca el interrogante de si puede haber comprensión sin pensamiento.

I: Por cierto, si uno es indiferente a algo...

K: Señor, la indiferencia es una forma de juicio. Una mente torpe, indiferente, no está alerta. La percepción alerta consiste en ver sin juzgar, en conocer exactamente lo que sucede. Es inútil, pues, buscar a Dios o la verdad sin estar alerta ahora, en el presente inmediato. Resulta mucho más fácil acudir a un templo, pero ése es un escape hacia el reino de la especulación. Para comprender la realidad debemos conocerla directamente, y resulta obvio que la realidad no es del tiempo y el espacio; se encuentra en el presente, y el presente es nuestro propio pensamiento, nuestra propia acción.

BOMBAY, 8 DE FEBRERO DE 1948

Interlocutor: ¿Puede uno amar la verdad sin amar al hombre? ¿Puede uno amar al hombre sin amar la verdad? ¿Qué viene primero?

Krishnamurti: Por cierto, señor, el amor viene primero. Porque para amar la verdad usted tiene que conocer la verdad, y conocer la verdad es negarla. Lo que se conoce no es la verdad, porque lo conocido ya está encajado en el tiempo; por lo tanto, deja de ser la verdad. La verdad está en movimiento constante y, por lo tanto, no puede ser medida en términos de tiempo o de palabras, no podemos retenerla en nuestro puño. De modo que amar la verdad es conocer la verdad; usted no puede amar algo que no conoce. Pero la verdad no puede encontrarse en los libros, en la idolatría, en los templos. Se la encuentra en la acción, en el vivir, en el pensar. Así pues, primero viene el amor –lo cual es obvio, la propia búsqueda de lo desconocido es, en sí misma, amor, y usted no puede buscar lo desconocido sin estar en relación con los demás–. No puede buscar a Dios, la realidad, o como quiera llamarlo, apartándose en el aislamiento. Puede dar con lo desconocido sólo en la relación, sólo cuando el ser humano está relacionado con el ser humano. Por consiguiente, el amor al hombre es la búsqueda de la realidad.

Sin amar al hombre, sin amar a la humanidad no puede haber búsqueda de lo real; porque cuando yo le conozco a

usted, al menos cuando trato de conocerle en la relación, en esa relación estoy comenzando a conocerme a mí mismo. La relación es un espejo en el que me descubro a mí mismo, no mi «yo superior», sino lo total de mí, el proceso total de mí mismo. El yo «superior» y el yo «inferior» siguen estando dentro del campo de la mente; y sin comprender la mente, sin comprender al pensador, ¿cómo puedo ir más allá del pensamiento y descubrir? La relación misma es la búsqueda de lo real, porque ése es el único contacto que tengo conmigo mismo; por lo tanto, la comprensión de mí mismo en la relación es, por cierto, el principio de la vida. Si no sé qué es amarle a usted, a usted con quien estoy relacionado, ¿cómo puedo ir en busca de lo real y, por ende, amar lo real? Sin usted yo no existo, ¿no es así? No puedo existir aparte de usted, no puedo existir en el aislamiento. Por lo tanto, en nuestra relación, en la relación entre usted y yo, comienzo a comprenderme a mí mismo, y la comprensión de mí mismo es el principio de la sabiduría, ¿verdad? Por consiguiente, la búsqueda de lo real es el principio del amor en la relación. Para amar algo uno debe conocerlo, comprenderlo, ¿no es así? Para amarle a usted tengo que conocerle, tengo que inquirir, descubrir, tengo que ser receptivo a todos sus estados de ánimo, a sus cambios, y no encerrarme meramente en mis ambiciones, en mis búsquedas y deseos. Y, al conocerle a usted, comienzo a descubrirme a mí mismo. Sin usted, no puedo existir; y si no comprendo esa relación entre usted y yo, ¿cómo puede haber amor? Y, obviamente, sin amor no hay búsqueda, ¿verdad? Usted no puede decir que uno debe amar la verdad, porque para amar la verdad tiene que conocer la verdad. ¿Conoce usted la verdad? ¿Sabe qué es la realidad? Apenas la conoce un poco, ya ha pasado, ¿no es así? Ya está en el campo del tiempo; por lo tanto, deja de ser la verdad.

Nuestro problema es: ¿Cómo puede un corazón seco, un corazón vacío, conocer la verdad? No puede. La verdad no es algo distante. Está muy cerca, pero no sabemos cómo dar

con ella. Para dar con ella tenemos que comprender la relación, no sólo con el hombre sino con la naturaleza, con las ideas. Debo comprender mi relación con la tierra y mi relación con las ideas, así como mi relación con usted; y, a fin de comprender, tiene que haber un estado de apertura. Si quiero comprenderlo, tengo que estar abierto a usted, debo ser receptivo, no tengo que retener nada, no puede haber un proceso de aislamiento. En la comprensión está la verdad, y para comprender tiene que haber amor; porque sin amor no puede haber comprensión.

Por lo tanto, no es el hombre o la verdad lo que viene primero, sino el amor; y el amor adviene sólo comprendiendo la relación, lo cual implica que uno está abierto a la relación y, en consecuencia, está abierto a la realidad. La verdad no puede ser invitada, tiene que llegar a uno. Buscar la verdad es negar la verdad. La verdad llega a nosotros cuando estamos abiertos, sin una sola barrera, cuando el pensador ya no está pensando, produciendo, fabricando, cuando la mente está muy quieta –no forzada, no drogada, no hipnotizada por las palabras, por la repetición–. La verdad tiene que llegar a nosotros. Cuando el pensador va tras la verdad, está persiguiendo meramente su propio provecho. Por eso la verdad le elude. El pensador puede ser observado sólo en la relación; y para comprender, tiene que haber amor. Sin amor, no hay búsqueda.

* * *

I: Usted nunca menciona a Dios. ¿No tiene cabida en sus enseñanzas?

K: Ustedes hablan muchísimo acerca de Dios, ¿no es así? Sus libros están llenos de eso. Construyen iglesias, templos, hacen sacrificios, practican rituales, ceremonias, están repletos de ideas acerca de Dios. Repiten la palabra, pero sus ac-

tos no son divinos, ¿verdad? Aunque adoren lo que llaman Dios, sus comportamientos, sus pensamientos, sus existencias no tienen nada de divino. Ustedes tienen sus dioses: hindú, musulmán, cristiano y demás. Construyen templos, y cuanto más ricos llegan a ser, más templos construyen. (*Risas*). No se rían, ustedes harían lo mismo, sólo que todavía están tratando de hacerse ricos, eso es todo.

De modo que están muy familiarizados con Dios, al menos con la palabra: pero la palabra no es Dios, la palabra no es la cosa. Seamos muy claros en ese punto: La palabra no es Dios. Pueden usar la palabra «Dios» o cualquier otra palabra, pero Dios no es la palabra que usan. El hecho de que la usen, no significa que conozcan a Dios; conocen meramente la palabra. Yo no uso esa palabra por la muy sencilla razón de que ustedes la conocen. Lo que conocen no es lo real. Además, para poder dar con la realidad, tienen que cesar todos los murmullos verbales, ¿no es así? Ustedes tienen imágenes de Dios, pero la imagen no es Dios, por cierto. ¿Cómo pueden conocer a Dios? Obviamente, no por medio de una imagen, no por medio de un templo. Para recibir a Dios, lo desconocido, la mente tiene que ser lo desconocido. Si usted persigue a Dios, entonces ya conoce a Dios, conoce la meta. Conoce aquello que está persiguiendo, ¿no es así? Si busca a Dios, debe saber lo que Dios es, de lo contrario no lo buscaría, ¿verdad? Lo busca ya sea de acuerdo con sus libros o de acuerdo con sus sentimientos, y sus sentimientos son simplemente la respuesta de la memoria. Por lo tanto, lo que busca ya ha sido creado por la memoria o de oídas, y eso que ha sido creado no es lo eterno, sólo es el producto de la mente. Si no hubiera libros, si no hubiera gurúes ni fórmulas para ser repetidas, ustedes sólo conocerían el dolor y la felicidad, ¿no es cierto? –constante dolor y desdicha, y raros momentos de felicidad–. Y entonces querrían saber por qué sufren. No podrían escapar hacia Dios, pero probablemente escaparían de otros modos y pronto inventarían dioses para poder

escapar. Pero si usted quiere comprender de verdad, como un hombre nuevo, todo el proceso del sufrimiento, comprenderlo investigando y sin escapar, entonces descubrirá qué es la realidad, qué es Dios. Pero un hombre acongojado no puede encontrar a Dios o la realidad; la realidad puede ser encontrada sólo cuando cesa el dolor, cuando hay felicidad, no como un contraste, no como un opuesto, sino como un estado del ser en el que no hay opuestos.

Así pues, lo desconocido, aquello que no ha sido creado por la mente, no puede ser formulado por la mente. No se puede pensar acerca de lo desconocido. En el momento en que pensamos acerca de lo desconocido, eso ya es lo conocido. Obviamente, usted no puede pensar acerca de lo desconocido, ¿verdad? Sólo puede pensar acerca de lo conocido. El pensamiento se mueve de lo conocido a lo conocido; y lo que es conocido no es la realidad. Por lo tanto, cuando usted piensa y medita, cuando se sienta y piensa acerca de Dios, sólo piensa en lo conocido, y lo conocido se encuentra en el tiempo, está atrapado en la red del tiempo. Cuando la mente deja de crear, hay creación. O sea, la mente debe estar por completo silenciosa, pero no con un silencio inducido, hipnótico, que es meramente un resultado. Tratar de silenciarse a fin de experimentar la realidad, es otra forma de escape. Hay silencio sólo cuando han cesado todos los problemas. Tal como el estanque que se aquieta cuando cesa la brisa, así la mente se aquieta con naturalidad cuando cesa el agitador, el pensador. Para poner fin al pensador, todos los pensamientos que él fabrica deben ser considerados cuidadosamente. No es bueno erigir una barrera, una resistencia contra el pensamiento, porque los pensamientos deben ser sondeados.

Cuando la mente está quieta, en silencio, la realidad, lo indescriptible, se manifiesta. Uno no puede invitarlo. Para invitarlo debe conocerlo, y lo conocido no es lo real. Por lo tanto, la mente tiene que ser sencilla, no ha de estar agobiada por la creencia, por la ideación. Y cuando hay quietud, cuan-

do no hay deseo ni anhelo, cuando la mente está en absoluto silenciosa, con un silencio no inducido, entonces adviene la realidad. Y esa realidad, esa verdad, es el único agente transformador, es el único factor que trae una revolución fundamental, radical en la existencia, en nuestra vida cotidiana. Y encontrar esa realidad no en buscarla, sino comprender los factores que agitan la mente, que perturban la mente misma. Entonces la mente es sencilla, está quieta, en silencio. En ese silencio se manifiesta lo desconocido, lo incognoscible. Y cuando eso ocurre, hay bienaventuranza.

BOMBAY, 27 DE FEBRERO DE 1955

Pienso que la mayoría de nosotros tiene que estar sumamente interesada en el problema de la acción. Cuando nos estamos enfrentando con tantas dificultades –la pobreza, la superpoblación, el extraordinario desarrollo de las máquinas, la industrialización, la sensación de deterioro interno y externo–, ¿qué debemos hacer? ¿Cuál es el deber o la responsabilidad de un individuo en su relación con la sociedad? Éste debe ser un problema para toda persona reflexiva. Cuanto más inteligente y activo es uno, tanto más quiere volcarse a una u otra clase de reforma social. ¿Cuál es, entonces, la verdadera responsabilidad de uno? Pienso que esta cuestión puede ser respondida plenamente y con un significado vital, sólo si comprendemos todo el propósito de la civilización, de la cultura.

Al fin y al cabo, nosotros hemos formado esta sociedad; ella es el resultado de nuestras relaciones individuales. Esta sociedad, ¿ayuda fundamentalmente al hombre a encontrar la realidad, Dios, o el nombre que quieran darle? ¿O es meramente un patrón que determina nuestra respuesta a un problema, o que determina el tipo de acción que debemos emprender en nuestra relación con la sociedad? Si la actual cultura, la civilización, no ayuda al hombre a encontrar a Dios, la verdad, entonces es un obstáculo; y si es un obstáculo, enton-

ces toda reforma, toda actividad destinada a mejorarla, es un ulterior deterioro, un ulterior obstáculo para el descubrimiento de la realidad; ese descubrimiento es lo único que puede dar origen a una auténtica acción.

Creo que es muy importante comprender esto y no interesarse meramente en cuál es la clase de reforma o de actividad social con la que deberíamos identificarnos. Ése no es, por cierto, el problema. El problema es, obviamente, mucho más profundo. Uno puede perderse muy fácilmente en alguna clase de actividad o de reforma social, y entonces ése es un modo de escapar, de olvidarse de uno mismo o de sacrificarse mediante la acción; pero no creo que eso resuelva nuestros múltiples problemas. Éstos son mucho más profundos y necesitamos una respuesta profunda; creo que la encontraremos si podemos investigar este interrogante acerca de si la cultura actual –cultura que implica la religión y toda la estructura social y moral– ayuda al hombre a encontrar la realidad. Si no lo hace, entonces la mera reforma de semejante cultura o civilización es un desperdicio de tiempo; pero si ayuda al hombre, si le ayuda en el verdadero sentido, entonces todos nosotros debemos entregar por completo nuestros corazones a la tarea de reformarla. De eso, creo, depende la cuestión.

Por cultura entendemos todo el problema del pensamiento, ¿no es así? Para la mayoría de nosotros, el pensamiento es el resultado de diversas formas de condicionamiento, de educación, de ajuste, de las presiones e influencias a las que estamos sometidos dentro de la estructura de una civilización particular. Actualmente, nuestro pensamiento está moldeado por la sociedad, y a menos que haya una revolución en nuestro pensar, la mera reforma de una cultura o sociedad superficial, a mí me parece una distracción, un factor que a la larga habrá de ocasionar una desdicha mayor.

Después de todo, lo que llamamos civilización es un proceso de educar al pensamiento en el molde hindú, en el mol-

de cristiano, comunista o el que fuere. Un pensar que ha sido educado de esa manera, ¿puede producir alguna vez una reforma fundamental? Cualquier tipo de presión, cualquier moldeado del pensamiento, ¿hará posible el descubrimiento o la comprensión de la verdad? Por cierto, el pensamiento debe librarse de todas las presiones, lo cual significa librarse de la sociedad, de todas las formas de influencia y, de tal modo, descubrir qué es la verdad; entonces esa verdad misma tiene su propia acción, la cual dará origen a una cultura por completo diferente.

Es decir: ¿Existe la sociedad para revelar lo real, o uno debe liberarse de la sociedad para encontrar lo real? Si la sociedad ayuda al hombre a encontrar lo real, entonces es esencial cualquier clase de reforma dentro de la sociedad; pero si la sociedad es un obstáculo para ese descubrimiento, ¿no debería el individuo romper con ella y buscar la verdad? Sólo una persona así es verdaderamente religiosa, no el hombre que practica diversos rituales o el que aborda la vida por medio de patrones ideológicos. Cuando el individuo se libera de la sociedad y busca lo real, ¿acaso en su búsqueda misma no da origen a una cultura diferente?

Creo que ésta es una cuestión importante, porque la mayoría de nosotros se interesa meramente en la reforma. Vemos pobreza, superpoblación, todas las formas de desintegración, división y conflicto. Viendo todo eso, ¿qué debe uno hacer? ¿Debe empezar por unirse a un determinado grupo, trabajar por alguna ideología? ¿Es ésa la función de un hombre religioso? El hombre religioso es, por cierto, el que procura dar con la realidad, y no el que lee y cita la Gita o el que va todos los días al templo. Eso, obviamente, no es religión; es sólo compulsión, es el condicionamiento que la sociedad produce en el pensar. ¿Qué ha de hacer, pues, el hombre serio, el hombre que ve la necesidad de una revolución inmediata y desea llevarla a cabo? ¿Trabajará por la reforma dentro de la estructura de la sociedad? La sociedad es una pri-

sión. ¿Reformará meramente la prisión decorando sus rejas y haciendo que las cosas sean más bellas dentro de sus muros? El hombre que es sumamente honesto, el hombre verdaderamente religioso es, por cierto, el único revolucionario; no hay otro, y es un hombre así el que busca lo real, el que trata de descubrir qué es Dios, qué es la verdad.

¿Cuál ha de ser, entonces, la acción de un hombre semejante? ¿Qué hará? ¿Trabajará dentro de la presente sociedad, o romperá con la sociedad y no se ocupará en absoluto de ella? El rompimiento no implica volverse un sanyasi, un ermitaño, aislarse mediante peculiares sugestiones hipnóticas. Pero el hombre serio no puede ser un reformador, porque para él complacerse en meras reformas es un desperdicio de energía, de pensamiento, de creatividad. ¿Qué hará, pues, el hombre serio? Si no quiere decorar los muros de la prisión, eliminar unas cuantas rejas, introducir un poco más de luz, si no se interesa por nada de eso y sólo ve la importancia de producir una revolución fundamental, un cambio radical en la relación entre los hombres –la relación que ha dado origen a esta sociedad espantosa en la que hay personas inmensamente ricas y aquellas que no poseen absolutamente nada, ni interna ni externamente–, ¿qué ha de hacer, entonces? Pienso que es importante formularse uno mismo esta pregunta.

Al fin y al cabo, ¿acaso la cultura surge gracias a la acción de la verdad, o la cultura está hecha por el hombre? Si está hecha por el hombre, es obvio que no nos conduce a la verdad. Y nuestra cultura está hecha por el hombre, porque se basa en diversas formas de codicia, no sólo en las cosas mundanas, sino también en las así llamadas espirituales; es el resultado del deseo de posición en todas las formas, del deseo de engrandecimiento propio, etc. Una cultura semejante no puede, obviamente, conducir al hombre a la realización de aquello que es lo supremo; y si veo eso, ¿qué haré, entonces? ¿Qué hará usted si se da cuenta realmente de que la sociedad es un impedimento? La sociedad no es meramen-

te una o dos actividades, es toda la estructura de la relación humana, en la que ha cesado cualquier verdadera creatividad, en la que hay imitación constante; es una estructura de temor donde la educación es mero ajuste y en la que no existe nada de amor, sino meramente acción conforme a un modelo descrito como amor. En esta sociedad, los factores principales son el reconocimiento de los demás y la respetabilidad; eso es lo que todos nos esforzamos en conseguir: que se nos reconozca. Nuestras capacidades, nuestros conocimientos tienen que ser reconocidos por la sociedad de modo que seamos «alguien». Cuando el hombre serio se da cuenta de todo esto y ve la pobreza, la inanición, la fragmentación de la mente en diversas formas de creencia, ¿qué ha de hacer?

Si escuchamos realmente lo que se dice, si escuchamos en el sentido de querer descubrir qué es la verdad, de modo tal que no haya conflicto de una opinión opuesta a otra, o de un temperamento opuesto a otro, si podemos dejar de lado todo eso y tratar de descubrir qué es la verdad, lo cual requiere amor, entonces pienso que en ese amor mismo, en ese sentido de la bondad, encontraremos la verdad que da origen a una nueva cultura. Entonces uno está libre de la sociedad, no se interesa por la reforma de la sociedad. Pero descubrir qué es la verdad requiere amor, y nuestros corazones se hallan vacíos, porque estamos llenos con las cosas de la sociedad. Estando llenos, tratamos de reformar, y nuestra reforma carece del perfume del amor.

¿Qué va a hacer, pues, un hombre serio? ¿Buscará a Dios, la verdad, o dedicará su mente y su corazón al mejoramiento de la sociedad que, en realidad, es el mejoramiento de sí mismo? ¿Comprenden? ¿Investigará lo que es la verdad, o mejorará las condiciones sociales, lo cual equivale a su propio mejoramiento personal? ¿Se mejorará a sí mismo en nombre de la sociedad, o buscará la verdad, búsqueda que nada tiene que ver con el mejoramiento? El mejoramiento implica tiempo, tiempo para llegar a ser, mientras que la ver-

dad no es nunca una cuestión de tiempo, es para ser percibida inmediatamente.

El problema, pues, es extraordinariamente significativo, ¿no es así? Podemos hablar sobre la reforma de la sociedad, pero eso sigue siendo la reforma de uno mismo. Y para el hombre que busca lo real, la verdad, no hay tal reforma del sí mismo, del yo; por el contrario, hay una cesación total del yo, el cual *es* la sociedad. Por lo tanto, él no se interesa por la reforma de la sociedad.

Toda la estructura social se basa en un proceso de reconocimiento y respetabilidad; y por cierto, señores, un hombre serio no puede buscar la reforma de la sociedad, reforma que es el mejoramiento de sí mismo. Al reformar la sociedad, al identificarse con algo bueno, el hombre común puede pensar que se sacrifica a sí mismo, pero eso sigue siendo mejoramiento propio. Mientras que para el hombre que busca aquello que es lo máximo, lo supremo, no hay mejoramiento propio; en esa dirección no hay mejoramiento del «yo», no hay un llegar a ser, no hay práctica, no hay pensamiento de «yo seré». Esto significa realmente el final de toda presión sobre el pensamiento; y donde no hay presión sobre el pensamiento, ¿hay un pensar? La presión misma sobre el pensamiento es el proceso del pensar, del pensar en términos de una sociedad particular o en términos de una reacción a esa sociedad; y si no hay presión, ¿hay un pensar? Sólo una mente en la que no existe este movimiento del pensar –el cual es la presión de la sociedad–, sólo una mente así puede encontrar la realidad; y al buscar aquello que es lo supremo, una mente así crea la nueva cultura. Eso es lo que se necesita: dar origen a una clase por completo diferente de cultura, no reformar la sociedad actual. Y una cultura así no puede surgir a menos que el hombre serio persiga completamente, con energía total, con amor, aquello que es verdadero. Lo verdadero no puede encontrarse en ningún libro, por intermedio de ningún líder, se manifiesta cuando el pensamiento está si-

lencioso, y ese silencio no puede ser comprado por ninguna disciplina. El silencio llega cuando hay amor.

Al considerar algunas de estas preguntas, pienso que es importante que experimentemos directamente lo que se dice, y ustedes no pueden hacer eso si se interesan meramente por una respuesta a la pregunta. Si vamos a investigar el problema juntos, no podemos tener opiniones al respecto –mi teoría contra su teoría–, porque las teorías y las especulaciones son un obstáculo para la comprensión de un problema. Pero si ustedes y yo podemos tranquilamente, con cierta vacilación, penetrar a fondo en el problema, entonces tal vez seamos capaces de comprenderlo. En realidad, no hay problema. Es la mente la que crea el problema. Al comprender el problema uno se comprende a sí mismo, comprende las operaciones de la propia mente. Después de todo, un problema existe sólo cuando cualquier cuestión o perturbación ha echado raíces en el suelo de la mente. Y, ¿no es capaz la mente de considerar una cuestión, de estar atenta a cualquier perturbación, sin dejar que la perturbación arraigue en ella? La mente es como una película sensible, percibe, siente diversas formas de reacción. Pero, ¿no es posible percibir, sentir, reaccionar con amor, de modo que la mente misma no se convierta en el suelo donde la reacción arraiga y se vuelve un problema?

Interlocutor: Usted ha dicho que la atención total es el bien; ¿qué es, entonces, el mal?

Krishnamurti: Me pregunto si hay tal cosa como el mal. Por favor, preste atención, acompáñeme, investiguemos juntos. Decimos que existen el bien y el mal. Están la envidia y el amor, y decimos que la envidia es el mal y el amor es el bien. ¿Por qué dividimos la vida llamando a esto «bueno» y a eso «malo», creando de tal modo el conflicto de los opuestos? No es que no haya envidia, odio, brutalidad en la mente y el

corazón humanos, ausencia de compasión, de amor; pero, ¿por qué dividimos la vida en la cosa llamada «bien» y la cosa llamada «mal»? ¿No hay, en realidad, una sola cosa, que es una mente inatenta? Por cierto, cuando hay atención completa, o sea, cuando la mente está totalmente despierta, alerta, vigilante, no hay tal cosa como el mal o el bien, sólo hay un estado lúcido, despierto. La bondad no es una cualidad, no es una virtud; es un estado de amor. Cuando hay amor no hay bien ni mal, sólo hay amor. Cuando amamos realmente a alguien, no pensamos si eso es bueno o malo, todo nuestro ser está lleno de ese amor. Sólo cuando cesa la atención completa, el amor, surge el conflicto entre lo que soy y lo que debería ser. Entonces eso que soy es «malo» y lo que debería ser es lo así llamado «bueno».

¿Es de algún modo posible no pensar en términos de fragmentación, no dividir la vida en lo bueno y lo malo, no estar atrapado en este conflicto? El conflicto del bien y el mal es la lucha por llegar a ser alguna cosa. En el momento en que la mente desea ser algo, tiene que haber esfuerzo, conflicto entre los opuestos. Esto no es una teoría. Obsérvese su propia mente y verá que, apenas la mente deja de pensar en términos de llegar a ser esto o aquello, la acción se detiene; esto no es estancamiento, sino un estado de atención total que es bondad. Pero esa atención total no es posible mientras la mente está atrapada en el esfuerzo de llegar a ser alguna cosa.

Por favor, preste atención no sólo a lo que estoy diciendo, sino al funcionamiento de su propia mente, y eso le revelará con qué extraordinaria persistencia el pensamiento se esfuerza por llegar a ser esto o aquello, luchando perpetuamente por ser otra cosa que lo que es, a lo cual llamamos descontento. Este esforzarse por llegar a ser algo, es el «mal», porque implica atención parcial, no es atención total. Cuando hay atención total, no hay pensamiento de «llegar a ser», sólo hay un estado de *ser*. Pero tan pronto usted pregunta:

«¿Cómo he de alcanzar ese estado de ser, cómo puedo estar totalmente despierto?», ya ha entrado en el sendero del «mal», porque quiere llegar, lograr. Si, en cambio, reconoce que mientras hay un llegar a ser, un luchar, un esforzarse por ser alguna cosa, está en el sendero del «mal», si es capaz de percibir la verdad de eso, simplemente ver el hecho tal como es, entonces encontrará que ése es el estado de atención total; y ese estado es bondad, no contiene en sí esfuerzo alguno.

I: Las grandes culturas se han basado siempre en un modelo, pero usted habla de una nueva cultura libre de cualquier modelo. ¿Es de algún modo posible una cultura sin un modelo?

K: ¿No debe la mente estar libre de todos los modelos para encontrar la realidad? Y el estar libre para encontrar aquello que es lo real, ¿no creará su propio modelo, al cual la presente sociedad quizá no reconozca? ¿Puede la mente que está atrapada en un patrón, que piensa según un patrón, que está condicionada por la sociedad, encontrar lo inmensurable que está exento de todo patrón? Este idioma que se está hablando, el inglés, es un patrón desarrollado a lo largo de los siglos. Si existe la creatividad que se halla libre de patrones, entonces esa creatividad, esa libertad puede emplear la técnica del idioma. La mente jamás puede comprender qué es la verdad si utiliza para ello la práctica, una clase particular de meditación, el conocimiento, cualquier forma de experiencia, todo cuanto está dentro de un patrón. Para comprender qué es la verdad, la mente debe liberarse de los patrones. Una mente así es una mente silenciosa, y entonces aquello que es creativo puede crear su propia actividad. Pero ya lo ve, nosotros jamás estamos libres de patrones. Jamás hay un instante en que la mente esté libre del miedo, de la conformidad, de este hábito de llegar a ser alguna cosa ya sea en este mundo o en el mundo psicológico, espiritual. Cuando el pro-

ceso de devenir en cualquier dirección cesa por completo, entonces aquello que es Dios, que es la verdad, se manifiesta y crea un nuevo modelo, crea su propia cultura.

I: El problema de la mente y el problema social de la pobreza y la desigualdad necesitan ser encarados y comprendidos simultáneamente. ¿Por qué hace usted hincapié sólo en uno?

K: ¿Hago hincapié sólo en uno? Y, ¿hay tal cosa como el problema social de la pobreza y la desigualdad, del deterioro y la desdicha humana, aparte del problema de la mente? ¿Acaso no hay un solo problema, que es la mente? Es la mente la que ha creado el problema social y, habiendo creado el problema, trata de resolverlo sin cambiarse fundamentalmente a sí misma. De modo que nuestro problema es la mente, la mente que quiere sentirse superior y, debido a eso, crea la desigualdad social, persigue la adquisición en distintas formas, porque se siente segura en la propiedad, en la relación, en las ideas, en el conocimiento. Es esta incesante exigencia de sentirse segura la que crea la desigualdad, un problema que jamás podrá ser resuelto mientras no comprendamos a la mente que crea las diferencias, la mente que carece de amor. La legislación no va a resolver este problema ni podrán resolverlo los comunistas o los socialistas. El problema de la desigualdad puede ser resuelto sólo cuando hay amor, y el amor no es meramente una palabra para ser esparcida por ahí. El hombre que ama no se interesa en lo superior y lo inferior; para él no hay igualdad ni desigualdad, sólo hay un estado del ser que es amor. Pero nosotros no conocemos ese estado, jamás lo hemos sentido. ¿Cómo puede la mente que se interesa por completo en sus propias actividades y ocupaciones, que ya ha ocasionado tal desdicha en el mundo y sigue ocasionando más daño y destrucción, cómo puede una mente así producir dentro de sí misma una revolución total? Por cierto, ése es el problema. Y no podemos pro-

ducir esta revolución mediante ninguna reforma social; pero cuando la mente misma ve la necesidad de esta redención total, entonces la revolución está ahí.

Siempre estamos hablando de pobreza, desigualdad y reforma porque nuestros corazones están vacíos. Cuando haya amor no tendremos problemas, pero el amor no puede surgir a la existencia mediante ninguna práctica. Puede surgir sólo cuando «uno» deja de ser, o sea, cuando uno ya no se interesa por sí mismo, por su posición, por su prestigio, por sus ambiciones y frustraciones, cuando uno deja completamente de pensar en sí mismo, no mañana sino ahora. Esta ocupación consigo mismo es igual ya sea que pertenezca al hombre que persigue lo que él llama Dios, o al hombre que trabaja por la revolución social. Y una mente tan ocupada jamás puede saber qué es el amor.

I: Háblenos de Dios.

K: En vez de que yo les diga qué es Dios, averigüemos si ustedes pueden lograr ese estado extraordinario, no mañana o en algún futuro distante, sino ahora mismo mientras estamos aquí juntos, sentados tranquilamente. Eso es, por cierto, mucho más importante. Para descubrir qué es Dios, toda creencia debe llegar a su fin. La mente que quiera descubrir qué es lo verdadero, no puede «creer» en la verdad, no puede tener teorías o hipótesis acerca de Dios. Por favor, escuchen. Ustedes tienen hipótesis, creencias, dogmas, están llenos de especulaciones. Habiendo leído este o aquel libro acerca de lo que es Dios o la verdad, sus mentes están asombrosamente inquietas. Una mente repleta de conocimientos es una mente inquieta; no está tranquila, sólo está cargada, y la mera lentitud de movimientos no indica una mente en calma. Cuando una creencia llena la mente, ya sea la creencia de que Dios existe o de que Dios no existe, la mente está cargada, y una mente cargada jamás puede descubrir qué es lo verdadero.

Para descubrir lo verdadero, la mente tiene que estar libre, libre de rituales, creencias, dogmas, conocimientos y experiencias. Sólo entonces la mente puede dar con aquello que es la verdad. Porque una mente así está quieta, ya no se mueve hacia afuera y hacia adentro, lo cual constituye el movimiento del deseo. No ha reprimido el deseo, que es energía. Por el contrario, para que la mente esté quieta, en silencio, tiene que haber abundancia de energía; pero no puede existir la madurez que implica la plenitud de energía, si hay cualquier forma de movimiento externo y, debido a eso, una reacción interna. Cuando todo eso se serena, la mente está quieta.

No les estoy hipnotizando para que estén quietos. ustedes mismos deben ver la importancia de despojarse, de descartar sin esfuerzo, sin resistencia, todas las acumulaciones de siglos, las supersticiones, los conocimientos, las creencias; deben ver la verdad de que cualquier tipo de carga genera inquietud en la mente, disipa energía. Para que la mente esté quieta debe haber abundancia de energía, y esa energía tiene que hallarse inmóvil. Y si realmente han llegado a ese estado en el que no hay esfuerzo alguno, entonces encontrarán que esa energía, estando quieta, tiene su propio movimiento que no es el resultado de la compulsión o presión social. A causa de que la mente tiene abundancia de energía, energía inmóvil y silenciosa, la mente misma se convierte en lo sublime. No hay un experimentador de lo sublime, no hay una entidad que diga: «He experimentado la realidad». Mientras haya un experimentador, la realidad no puede manifestarse, porque el experimentador es el movimiento para acumular experiencias o para liquidar experiencias. Por lo tanto, tiene que haber una cesación total del experimentador.

Sólo escuchen esto. No hagan un esfuerzo, sólo vean que el experimentador, que es el movimiento externo e interno de la mente, tiene que llegar a su fin. Debe haber una cesación total de ese movimiento, lo cual requiere una energía

asombrosa, no una represión de la energía. Cuando la mente está por completo inmóvil, o sea, cuando la energía no es disipada ni distorsionada por la disciplina, entonces esa energía es amor; entonces lo real no está separado de la energía misma.

BOMBAY, 24 DE DICIEMBRE DE 1958

El individuo es de la mayor importancia, aun cuando la sociedad, la religión, los gobiernos no reconozcan ese hecho. Ustedes, como individuos, son muy importantes porque son el único medio de producir la explosiva condición creadora de la realidad. Cada uno de ustedes es el medio en el cual esta realidad puede existir. Pero habrán observado que todos los gobiernos, todas las religiones y sociedades organizadas, aunque afirmen la importancia del individuo, tratan de destruir el núcleo individual, el sentimiento individual, porque desean el sentimiento colectivo, desean una reacción masiva. Pero una mente organizada sólo conforme a un patrón de creencia, abrumada por la costumbre, por la tradición, por el conocimiento, no es una mente individual. Una mente individual puede existir sólo cuando uno deliberadamente, a conciencia, con sensibilidad, desecha todas estas influencias porque ha comprendido su significado, su valor superficial. Sólo entonces existe una mente individual y creativa.

Es extraordinariamente difícil separar al individuo de la masa; no obstante, sin esta separación no es posible la realidad. Por lo tanto, el verdadero individuo es el que se está esforzando por atravesar esta confusión de ideas, esta marisma de la tradición, el que desecha todas estas cosas y trata de hallar la razón, el núcleo, el centro de la desdicha humana. Un

hombre así no recurre a los libros, a la autoridad, a las prácticas consabidas, sino que abandona todo esto y empieza a investigar; y él es el verdadero individuo. Pero la mayoría de nosotros repite, acepta, se acomoda, imita, obedece, ¿no es así? porque para nosotros la obediencia se ha vuelto la regla: obediencia en el hogar, obediencia al libro, obediencia al gurú, al maestro y demás; y sentimos que con la obediencia hay seguridad, que estamos a salvo. Pero en realidad la vida no es segura, nunca lo es; por el contrario, es la cosa más insegura. Y a causa de que es insegura, es también profundamente rica, inmensurable. Pero lo que la mente procura en su búsqueda es seguridad, estar a salvo; por eso obedece, acata, imita. Una mente así no es, en lo absoluto, una mente individual.

Muy pocos de nosotros somos individuos, aunque cada uno tenga un nombre separado, una forma separada, porque en lo interno la mente se halla atada al tiempo, abrumada por el hábito, la tradición y la autoridad: la autoridad del gobierno, de la sociedad, la autoridad en el hogar. Una mente así no es una mente individual; la mente individual está fuera de todo eso, no se encuentra dentro del patrón de la sociedad. La mente individual se halla en rebelión y, por consiguiente, no busca seguridad. La mente que se halla en rebelión no es la mente revolucionaria. La mente revolucionaria sólo quiere modificar las cosas conforme a cierto patrón, y una mente así no está en rebelión, no es una mente descontenta en sí misma.

No sé si han advertido qué cosa tan extraordinaria es el descontento. Ustedes deben conocer a muchos jóvenes que están descontentos. Ellos no saben qué hacer; son desdichados, infelices, se rebelan, buscan esto, intentan aquello, formulan incesantemente preguntas. Pero cuando han crecido encuentran un empleo, se casan y ahí termina todo. Canalizan su descontento fundamental, y entonces comienza la desdicha. Cuando son jóvenes, sus padres, sus maestros, la so-

ciedad, todos les dicen que no estén descontentos, que averigüen lo que quieren hacer y lo hagan, pero siempre dentro del patrón establecido. Una mente así no está en rebelión, y para encontrar la verdad ustedes necesitan una mente que de veras se rebele, no una mente conformista. La rebelión implica pasión.

Es, pues, muy importante llegar a ser un individuo, y la individualidad surge sólo por medio del conocimiento propio, cuando se conocen a sí mismos, cuando saben por qué imitan, por qué se amoldan, por qué obedecen. Obedecen a causa del temor, ¿no es así? Se amoldan porque desean estar seguros, desean tener más poder, más dinero, esto o aquello. Pero para encontrar lo que ustedes llaman Dios, para descubrir si esa realidad existe o no, es necesario el individuo que ha muerto al pasado, al conocimiento, a la experiencia, o sea que la mente tiene que ser por completo nueva, fresca e inocente. La religión es el descubrimiento de lo real, lo cual implica que uno tiene que descubrir, no seguir a alguien que dice que ha descubierto y quiere hablarles acerca de ello. Tiene que haber una mente que reciba esa realidad, no una mente que sólo acepte la realidad desde el punto de vista verbal y se amolde a esa idea de la realidad, en la esperanza de estar segura.

Hay, pues, una diferencia entre conocer y percibir, y pienso que es muy importante comprender esto. Con nosotros resultan suficientes las explicaciones, o sea, «saber». Decimos: «Sé que soy ambicioso, sé que soy codicioso, sé que odio», pero un conocer, un saber semejante no implica estar libre del hecho. Pueden saber que odian, pero el sentimiento real de odio y la libertad respecto del odio, son algo por completo diferente de buscar la explicación del odio y de su causa, ¿no es así? Es decir, conocer el hecho de que soy torpe, estúpido, y estar conscientemente alerta al sentimiento de mi torpeza y estupidez, son dos cosas pro completo diferentes. Sentir algo implica muchísima vitalidad, fuerza, mu-

cho vigor, pero el simple hecho de conocerlo es sólo una aproximación parcial a la vida, no es un modo total de abordarla. Ustedes pueden conocer cómo está compuesta botánicamente una hoja, pero sentir una hoja, olerla, verla realmente, requiere muchísima penetración, penetración dentro de uno mismo. No sé si alguna vez han tenido una hoja en su mano y la han mirado. Son todos habitantes de la ciudad y están demasiado ocupados consigo mismos, con su progreso, con su éxito, sus ambiciones, sus celos, sus líderes, sus ministros y todo ese desatino. Es trágico, porque si supieran cómo sentir profundamente, tendrían abundante compasión, harían algo, actuarían con la totalidad del ser; pero si meramente conocen el hecho de que hay pobreza, si sólo trabajan intelectualmente para eliminar la pobreza, como lo haría un funcionario gubernamental o un reformador pueblerino, sin el sentimiento de ello, entonces lo que hacen tiene muy poca importancia.

¿Saben?, la pasión es necesaria para comprender la verdad –uso la palabra *pasión* en la plenitud de su significado–, porque es esencial que sientan profundamente, fuertemente, con todo el ser; de lo contrario, esa cosa desconocida llamada realidad jamás llegará a ustedes. Pero sus religiones, sus santos dicen que no deben tener deseos, que deben controlar el deseo, reprimirlo, superarlo, destruirlo, lo cual implica que llegan a la verdad consumidos internamente, agotados, vacíos, muertos. Para afrontar esta cosa extraña llamada vida, deben tener pasión, y no pueden tener pasión, un sentir intenso, si están hipnotizados por la sociedad, por la costumbre, si están enredados en creencias, dogmas y rituales. Para comprender, pues, esa luz, esa verdad, esa realidad inconmensurable, primero tenemos que entender lo que llamamos religión y liberarnos de ello, no verbalmente, no intelectualmente, no por medio de explicaciones, sino de hecho; porque la libertad –no la libertad intelectual de ustedes, sino el verdadero estado de libertad– nos otorga una vitalidad extra-

ordinaria. Cuando han pasado por toda esta tontería, cuando han desechado todas estas cosas confusas, tradicionales, imitativas, entonces la mente es una mente libre, alerta, apasionada. Sólo una mente así puede seguir investigando.

Averigüemos, pues, como seres humanos individuales, porque es a ustedes y a mí a quienes esto les concierne, no a la masa –no hay tal cosa como la masa, excepto en su carácter de entidad política–, averigüemos qué entendemos por religión. ¿Qué es ésta para la mayoría de nosotros? ¿No es, acaso, una creencia en algo, en una divinidad suprahumana que nos controla, que nos moldea, nos da esperanza y nos dirige? Y a esa entidad ofrecemos nuestras oraciones, nuestros rituales; en su nombre sacrificamos, propiciamos, rezamos y suplicamos, recurrimos a «Él» como nuestro «Padre» para que nos ayude en nuestras dificultades. Para nosotros, la religión no es sólo la imagen esculpida en el templo, las letras estampadas en la mezquita o la cruz en la iglesia, no es sólo la imagen tallada por la mano, sino también la imagen labrada por la mente, es decir, la idea. Por lo tanto, para nosotros la religión es, obviamente, un medio para escapar de nuestro dolor y nuestra confusión de cada día. No comprendemos las desigualdades, las injusticias, la muerte, los constantes pesares, las luchas, la desesperación; de manera que acudimos a algún dios, a los rituales, la misa, las plegarias y, de tal modo, esperamos encontrar algún alivio, algún consuelo. Y en este proceso, los santos, los filósofos, los libros nos abruman con su interpretación particular, con sus prácticas, su tradición. Ése es nuestro estilo de vida, ¿no es así? Si miran dentro de sí mismos, ¿no están de acuerdo en que eso es, en líneas generales, la religión? Es una cosa hecha por la mente para consuelo de la mente, no algo que da riqueza, plenitud de vida, o que genera pasión de vivir. Conocemos, pues, eso, aunque nuevamente el conocer y el sentir o percibir algo son dos cosas distintas. Conocer la falsedad de la religión organizada es una cosa, pero ver eso, abandonarlo, desecharlo, re-

quiere un sentir muy profundo y verdadero. Por lo tanto, el problema –para el cual no hay una respuesta fácil– es cómo desprenderse de una cosa, cómo morir a ella, cómo morir a todas estas explicaciones, a todos estos dioses falsos; porque todos los dioses hechos por la mente y la mano son falsos. Ninguna explicación va a hacer que ustedes mueran a ellos.

Por consiguiente, ¿qué hará que mueran a lo falso, qué les hará decir: «Pues bien, lo abandono»? Generalmente, renunciamos a algo con el fin de obtener otra cosa que consideramos mejor, y a eso lo llamamos renunciación. Pero eso, por cierto, no es renunciación. Renunciar significa abandonar algo sin saber qué hay en el futuro, sin saber qué nos traerá el mañana. Si renunciamos sabiendo qué nos traerá el mañana, entonces eso es meramente un canje, una cosa del mercado; no tiene valor. Cuando llega la muerte física, ustedes no saben qué va a ocurrir después; es concluyente, irrevocable. Del mismo modo, hay que morir a todo lo que llamamos religión, abandonarlo, desecharlo totalmente, profundamente, sin saber lo que ocurrirá. ¿Alguna vez lo han intentado?

No sé si es un problema para ustedes, pero indudablemente tiene que serlo para cualquiera que esté alerta, que esté completamente despierto, porque es inmensa la injusticia que hay en el mundo. ¿Por qué viaja uno en un automóvil mientras el otro camina? ¿Por qué hay hambre, pobreza, y también riquezas enormes? ¿Por qué el hombre que tiene poder, autoridad, posición, ejerce su poder con crueldad? ¿Por qué muere un niño? ¿Por qué existe en todas partes esta intolerable desdicha? Un hombre que se formula estas preguntas debe estar ardiendo realmente con ellas, no tratando de encontrar alguna estúpida causa –una causa económica, social o política–. Obviamente, el hombre inteligente debe acudir a algo mucho más significativo que las meras causas explicativas. Y aquí es donde radica nuestro problema.

Lo primero y lo más importante es no satisfacerse con ex-

plicaciones, no satisfacerse con la palabra *karma*, no satisfacerse con ingeniosas filosofías, sino darse cuenta, sentir completamente que existe este inmenso problema que ninguna explicación puede eliminar. Si pueden sentir eso, entonces verán que hay una revolución en la mente. Por lo común, si uno no puede encontrar una solución a la desdicha, se vuelve amargo, cínico, o inventa una teoría filosófica basada en la propia frustración. Pero si estoy enfrentado al hecho del sufrimiento, de que existe la muerte, el deterioro, y si la mente se despoja de todas las explicaciones, de todas las soluciones y respuestas, entonces está enfrentada de modo directo con la cosa misma; y, curiosamente, nuestra mente jamás permite esa percepción directa.

Hay, pues, una diferencia entre ver y conocer, sentir y amar. Sentir y amar no implican devoción; uno no puede dar con la realidad, a través de la devoción. La entrega emocional a una idea es llamada generalmente devoción, pero eso excluye la realidad, porque cuando nos entregamos a algo sólo nos estamos identificando con esa cosa. Ustedes pueden amar a sus dioses, repetir ciertas palabras, poner guirnaldas alrededor de sus gurúes, quedar embelesados en presencia de ellos, derramar lágrimas... pueden hacer todo eso los próximos mil años, pero jamás darán con la realidad. Percibir, sentir, amar una nube, un árbol, amar a un ser humano, requiere enorme atención; ¿cómo podemos prestar atención cuando nuestra mente está distraída por el conocimiento? El conocimiento es útil tecnológicamente, y eso es todo. Si un cirujano no sabe cómo operar, es mejor mantenerse lejos de él. El conocimiento es necesario en cierto nivel, en cierta dirección, pero el conocimiento no es la respuesta total a nuestra desdicha. La respuesta total está en este sentir, en esta pasión que adviene cuando el «yo» está ausente, cuando hay un olvido total de todo lo que «uno» es. Esa cualidad de pasión es necesaria a fin de percibir, de comprender, de amar.

La realidad no es intelectual, pero desde la infancia, por

medio de la educación, de todas las formas del así llamado aprendizaje, hemos desarrollado una mente aguda, una mente que compite, que está cargada de información, como es el caso de los abogados, los políticos, los tecnólogos y especialistas. Nuestras mentes se han tornado perspicaces, listas, y eso ha llegado a ser para nosotros lo más importante; así se ha marchitado todo nuestro sentimiento. Ustedes no sienten nada por el hombre pobre en su desgracia, o cuando ven pasar junto a él a un hombre rico manejando su hermoso automóvil; jamás sienten el deleite de ver un bello rostro; no sienten palpitar el corazón cuando ven el arco iris o el esplendor de la hierba verde. Estamos tan ocupados con nuestros empleos, con nuestras propias desdichas, que jamás tenemos un momento libre en el cual poder sentir qué es amar, qué es ser amable, generoso. No obstante, ¡sin todo esto queremos saber qué es Dios! ¡Qué increíblemente estúpido e infantil! Por lo tanto, se torna muy importante para el individuo cobrar vida –no revivir; uno no puede revivir sentimientos muertos, la gloria que ha pasado–. ¿Pero acaso no podemos vivir intensamente, plenamente, en abundancia, aunque sea un solo día? Porque un día así abarca un milenio. Esto no es una fantasía poética. Lo sabrán cuando hayan vivido un día espléndido en el cual no exista el tiempo, ni futuro ni pasado; entonces conocerán la plenitud de ese estado extraordinario. Un vivir semejante no tiene nada que ver con el conocimiento.

BOMBAY, 8 DE MARZO DE 1961

No puedo ver nada, no puedo observar claramente, con precisión, cuando me llamo a mí mismo hindú, cristiano, budista, todo lo cual es tradición, el peso del conocimiento, del condicionamiento. Con esa mente sólo puedo mirar la vida, mirar cualquier cosa como cristiano, budista, hindú, nacionalista, comunista, esto o aquello; y ese estado me impide observar. Eso es simple.

Cuando la mente se mira a sí misma como una entidad condicionada, ése es un estado. Pero cuando la mente dice: «Estoy condicionada», ése es otro estado. Cuando la mente dice: «Estoy condicionada», en ese estado de la mente está el «yo» como el observador que observa el estado de condicionamiento. Cuando digo: «Veo la flor», están ahí el observador y lo observado. El observador es diferente de la cosa observada; por lo tanto, hay una distancia, un intervalo, hay dualidad, hay opuestos; y existe el dominio de los opuestos, la consolidación de la dualidad. Ése es un estado. Luego tenemos el otro estado –cuando la mente se observa a sí misma y ve que está condicionada–, en el cual no existen el observador y la cosa observada. ¿Ven la diferencia?

* * *

¿Puede su mente darse cuenta de que está condicionada, no como un observador que se observa estando condicionado?

¿Puede experimentar ahora, no mañana, no al minuto siguiente, el estado en que no hay observador, igual que el estado que uno experimenta cuando está iracundo? Esto requiere una atención tremenda. No concentración; cuando uno se concentra, hay dualidad. Cuando nos concentramos en algo, la mente está concentrada observando la cosa sobre la que se concentra; por lo tanto, hay dualidad. En la atención no hay dualidad, porque sólo existe el estado de experimentar.

Cuando usted dice: «Tengo que liberarme de todo condicionamiento, tengo que experimentar», sigue ahí el «yo» que es el centro desde el cual usted está observando; por lo tanto, en eso siempre está el centro, la conclusión, la memoria, una cosa que observa y dice: «Debo, no debo». Cuando uno está mirando, cuando está experimentando, existe el estado de «no observador», un estado en el que no hay un centro desde el cual estemos mirando. En el instante del dolor real no hay un «yo». En el instante de tremenda felicidad, no hay un observador: los cielos están llenos de esa felicidad, uno forma parte de ella, toda la cosa es bienaventuranza. Este estado tiene lugar cuando la mente ve la falsedad del estado mental que intenta llegar a ser alguna cosa, de alcanzar el éxito, y que habla acerca de la intemporalidad. El estado de intemporalidad existe sólo cuando no hay un observador.

Interlocutor: La mente que ha observado sus propias condiciones, ¿puede trascender el pensamiento y la dualidad?

Krishnamurti: ¿Ve usted cómo rehúsa observar algo muy simple? Señor, cuando se enoja, ¿hay una idea en ese estado, hay un pensamiento, hay un observador? Cuando está apasionado por algo, ¿hay algún otro factor excepto ése? Cuando se halla consumido por el odio, ¿están ahí el observador, la idea y todo lo demás? Eso viene después, una frac-

ción de segundo más tarde, pero en ese estado no hay nada de esto.

Interlocutor: Existe el objeto hacia el cual el amor se dirige. ¿Hay dualidad en el amor?

Krishnamurti: Señor, el amor no está dirigido a algo. La luz del Sol no está dirigida a usted y a mí; está ahí.

El observador y lo observado, la idea y la acción, «lo que es» y «lo que debería ser»... en esto hay dualidad, existen los opuestos de la dualidad, el impulso de correlacionar las dos cosas; el conflicto de la dualidad está en ese campo. Ése es todo el campo del tiempo. Con esa mente usted no puede descubrir si hay tiempo o si no lo hay. ¿Cómo es posible poner fin a eso? No «cómo», no un sistema, no un método, porque tan pronto aplica un método está otra vez en el campo del tiempo. El problema es, entonces: ¿Hay posibilidad de salir de eso? Usted no puede hacerlo gradualmente, porque eso involucra de nuevo al tiempo. ¿Es posible para la mente eliminar el condicionamiento, no por intermedio del tiempo sino por percepción directa? Esto significa que la mente ha de ver lo falso y ver qué es la verdad. Cuando la mente dice: «Debo descubrir qué es lo intemporal», un interrogante así no tiene respuesta para una mente comprometida con el tiempo. ¿Pero puede la mente, que es producto del tiempo, acabar con el tiempo, no mediante el esfuerzo, no mediante la disciplina? ¿Puede la mente acabar con la cosa sin que haya ningún motivo? Si la mente tiene un motivo, está usted nuevamente de vuelta en el tiempo.

Empiece, pues, a investigar qué es el amor; hágalo negativamente, como lo expliqué antes. Obviamente, el amor que tiene un motivo no es amor. Cuando entrego una guirnalda a un hombre importante porque quiero un empleo, porque deseo algo de él, ¿es respeto eso o es, en realidad, falta de respeto? El hombre que no siente falta de respeto es natural-

mente respetuoso. Una mente en estado de negación –que no es lo opuesto de lo positivo, sino la negación de ver lo falso y descartar lo falso como falso– es la que puede investigar.

Cuando la mente ha visto en su totalidad el hecho de que, haga lo que hiciere, a través del tiempo jamás podrá encontrar lo otro, entonces lo otro está ahí. Es algo mucho más vasto, más ilimitado, más inconmensurable; es energía sin principio ni final. Usted no puede dar con eso, ninguna mente puede dar con eso; ello tiene que «ser». Nosotros sólo tenemos que ocuparnos de la eliminación del condicionamiento, ver si es posible eliminarlo completamente, no de manera gradual. Eso es inocencia. Sólo una mente en estado de inocencia puede ver esta cosa, esta cosa extraordinaria que es como un río. ¿Saben qué es un río? ¿Han observado un río recorriéndolo de arriba a abajo en un bote o nadando en él? ¡Qué cosa tan bella es! Puede tener un comienzo y puede tener un final. El comienzo no es el río y el final no es el río. El río es la cosa que está entre el comienzo y el final. Atraviesa las aldeas, arrastrándolo todo consigo; pasa por las ciudades contaminándose completamente con productos químicos nocivos; arrojan dentro de él suciedad y aguas negras. Y unas cuantas millas más allá, se ha purificado a sí mismo, es el río en que todo vive –el pez debajo y arriba el hombre que bebe de sus aguas–. Eso es el río; pero detrás de ello está esa tremenda presión del agua, y este proceso de purificación propia es el río.

La mente inocente es como esa energía. No tiene principio ni fin. Es Dios. No el Dios del templo. En ella no hay comienzo ni final; por lo tanto, no hay tiempo. Es infinita. Y nuestra mente no puede dar con ello. La mente que mide en el tiempo debe acabar consigo misma y entrar en aquello sin conocerlo; porque uno no puede conocerlo, no puede experimentarlo; aquello no tiene color ni espacio ni forma.

Esto es válido para quien les habla, no para ustedes, porque ustedes no han abandonado lo otro. No afirmen que ese

estado existe; es un estado falso cuando esa afirmación la hace una persona que está siendo influida. Todo lo que uno puede hacer es saltar fuera de lo otros y entonces conocerá este estado. Ni siquiera lo conocerá, porque entonces es parte de este estado extraordinario.

LONDRES, 23 DE OCTUBRE DE 1949

La experiencia no es una medida, no es el camino hacia la realidad porque, al fin y al cabo, experimentamos conforme a nuestra creencia, a nuestro condicionamiento, y esa creencia es, obviamente, una forma de escapar de nosotros mismos. Para conocerme no necesito tener ninguna creencia; sólo tengo que observarme claramente y sin preferencia alguna, observarme en la relación, observarme cuando escapo, cuando me apego a alguien o a algo. Uno tiene que observarse sin ningún prejuicio, sin ninguna conclusión ni determinación. En esa percepción pasiva, uno descubre este estado extraordinario de madura soledad. Estoy seguro de que la mayoría de ustedes ha sentido esto, la sensación de un vacío completo que nada puede llenar. Sólo al permanecer en ese estado hay una cesación absoluta de todos los valores; únicamente cuando somos capaces de permanecer solos y de afrontar tal soledad sin sentido alguno de escape se manifiesta esa realidad. Porque los valores son meramente el resultado de nuestro condicionamiento; como la experiencia, se basan en una creencia y son un obstáculo para la comprensión de la realidad.

Pero ésa es una tarea ardua por la que muy pocos de nosotros estamos dispuestos a pasar. Por eso nos aferramos a las experiencias místicas, supersticiosas, a las experiencias

de la relación, del así llamado amor, y a las experiencias de la posesión. Estas experiencias se han vuelto muy significativas, porque de ellas estamos hechos. Estamos hechos de creencias, de condicionamientos, de influencias ambientales. Ése es nuestro trasfondo, y desde ese trasfondo juzgamos, evaluamos. Y cuando uno atraviesa todo el proceso de ese trasfondo y lo comprende, llega a un punto donde está completamente solo. Y uno necesita estar solo para encontrar la realidad, lo cual no significa escapar, apartarse de la vida. Por el contrario, implica la completa intensificación de la vida, porque entonces hay libertad respecto del trasfondo, de la memoria correspondiente a las experiencias de escape. En esa soledad no hay opción alguna, no hay miedo a «lo que es». El miedo surge sólo cuando somos renuentes a reconocer o ver «lo que es».

Por lo tanto, para que la realidad se manifieste, es esencial desechar los innumerables escapes en los que uno está atrapado. Si lo observan, verán cómo utilizamos a las personas, cómo utilizamos a nuestros maridos y a nuestras esposas, a los grupos, a las nacionalidades, con el fin de escapar de nosotros mismos. Buscamos consuelo en la relación. Tal búsqueda de consuelo en la relación trae ciertas experiencias y a esas experiencias nos aferramos. También el conocimiento se vuelve extraordinariamente importante para escapar de nosotros mismos, pero el conocimiento no es, obviamente, el camino hacia la realidad. La mente debe estar por completo vacía y silenciosa para que la realidad se manifieste. Pero una mente que persigue con empeño el conocimiento, que es aficionada a las ideas y creencias, que está siempre parloteando, una mente así es incapaz de recibir «lo que es».

De igual manera, si buscamos consuelo en la relación, la relación es, entonces, un modo de eludirnos a nosotros mismos. En la relación anhelamos consuelo, algo en qué reclinarnos, apoyarnos, queremos que se nos ame, que se nos posea, todo lo cual indica la pobreza de nuestro propio ser. Asi-

mismo, nuestro deseo de propiedad, de renombre, de títulos, de posesiones, señala esa insuficiencia interna.

Cuando uno se da cuenta de que éste no es el camino hacia la realidad, entonces llega a ese estado en que la mente no busca ya consuelo, en que está completamente satisfecha con «lo que es», lo cual no significa estancamiento. En el huir de «lo que es», hay muerte; en el reconocimiento y percepción de «lo que es», hay vida. Por lo tanto, la experiencia que se basa en el condicionamiento, en la creencia –que es el resultado de escapar de nosotros mismos–, y la experiencia de la relación, se convierten en un obstáculo, un bloqueo; ocultan nuestras insuficiencias. Sólo cuando reconocemos que estas cosas son un escape y, por consiguiente, vemos su verdadero valor, nos resulta posible permanecer quietos, silenciosos en ese vacío, en esa soledad. Y cuando la mente está muy quieta, sin aceptar ni rechazar nada, está pasivamente alerta a «lo que es», hay una posibilidad de que se manifieste esa realidad inconmensurable.

Interlocutor: ¿Existe o no existe un plan divino? Si no hay ninguno, ¿cuál es el sentido de nuestro esfuerzo?

Krishnamurti: ¿Por qué nos esforzamos? ¿Y en pos de qué nos esforzamos? ¿Qué sucedería si no nos esforzáramos? ¿Qué es este constante esforzarse por ser algun cosa? ¿Qué indica esta lucha, este esfuerzo? La comprensión, ¿llega por medio del esfuerzo, de la lucha? Uno está esforzándose constantemente por volverse mejor, por transformarse, por encajar dentro de cierto patrón, por llegar a ser alguna cosa: de oficinista a gerente, de gerente a lo divino. ¿Trae comprensión este esforzarse?

Pienso que debería comprenderse realmente la cuestión del esfuerzo. ¿Qué es lo que hace el esfuerzo y qué es lo que entendemos por «llegar a ser»? ¿Acaso no hacemos un esfuerzo con el fin de alcanzar un resultado, de volvernos me-

jores, de ser más virtuosos, o menos alguna otra cosa? Existe esta constante batalla que se desarrolla dentro de nosotros entre los deseos positivos y los negativos, unos suplantando a los otros, un deseo controlando a otro, sólo que llamamos a eso el yo superior y el yo inferior. Pero es obvio que sigue siendo deseo, un anhelo de ser alguna cosa. También está la constante lucha dentro de uno mismo y con los demás, con la sociedad.

Ahora bien, ¿trae comprensión este conflicto de los deseos? El conflicto de los opuestos, el querer y el no querer, ¿producen clarificación? ¿Hay comprensión en la lucha por aproximarnos a una idea? El problema, pues, no es el esfuerzo, la lucha o qué sucedería si no lucháramos, si no nos esforzáramos por ser alguna cosa, ya sea psicológicamente o en lo externo. El problema es: ¿Cómo puede surgir la comprensión? Porque una vez que hay comprensión, no hay lucha. Estamos libres de aquello que comprendemos.

¿Cómo puede surgir la comprensión? No sé si han advertido que cuanto más luchan por comprender cualquier problema, menos lo comprenden. Pero en el instante en que dejan de luchar y permiten que el problema les cuente toda la historia, les entregue todo su significado, hay comprensión; eso implica, obviamente, que para comprender la mente ha de hallarse en silencio. Tiene que estar alerta, pasivamente y sin opciones; en ese estado hay comprensión de los múltiples problemas de nuestra vida.

El interlocutor quiere saber si existe o no existe un plan divino. No sé lo que ustedes entienden por «plan divino», pero lo que sí sabemos, ¿verdad? es que vivmos en medio del dolor, de la confusión, que la confusión y el dolor están en constante aumento –social, psicológica, individual y colectivamente–. Eso es lo que hemos hecho de este mundo. No tiene en absoluto ninguna importancia si hay o no hay un plan divino. Lo importante es comprender la confusión en que vivimos, tanto en lo externo como en lo interno. Para

comprender esa confusión debemos empezar, obviamente, por nosotros mismos, porque nosotros somos la confusión, somos quienes hemos producido esta confusión externa que hay en el mundo. Y para aclarar la confusión, tenemos que empezar con nosotros mismos, porque nosotros somos lo que es el mundo.

Ahora ustedes dirán: «Bueno, tomará un tiempo muy largo producir de este modo orden en el mundo». No estoy nada seguro de que sea así porque, al fin y al cabo, son sólo uno o dos los que están muy claros, los que comprenden, los que dan origen a una revolución, a un cambio. Pero ya lo ven, somos perezosos y ésa es la dificultad. Queremos que cambien otros, que cambien las circunstancias, queremos que el gobierno ordene nuestras vidas o que ocurra algún milagro que nos transforme. Y así continuamos con la confusión.

Lo verdaderamente importante, pues, no es inquirir acerca de si existe o no existe un plan divino, porque sobre eso gastaremos muchas horas especulativas demostrando que existe o que no existe. Se convierte en un juego para los propagandistas. Lo realmente importante es liberarnos de la confusión, y eso no toma un largo período de tiempo. Lo esencial es ver que uno está confundido, que toda acción, toda actividad que provenga de esa confusión también debe ser confusa. Lo esencial, pues, es ver que uno está confundido y no tratar de escapar de ello, no tratar de encontrar explicaciones para ello; estar alerta pasivamente y sin optar. Entonces verán que de esa pasiva percepción alerta surge una acción por completo diferente. Porque si hacemos un esfuerzo para aclarar el estado de confusión, lo que crearemos seguirá siendo confuso. Pero si estamos atentos a nosotros mismos, pasivamente y sin preferencia alguna, entonces esa confusión se despliega y se desvanece.

Verán, si experimentan con esto –lo cual no tomará mucho tiempo, porque el tiempo no está implicado en todo eso–, cómo la clarificación se produce. Pero tienen que dedicarle

toda su atención, todo su interés. No estoy muy seguro de que a la mayoría no le guste estar confundida, porque en el estado de confusión no necesitamos actuar. Por consiguiente, estamos satisfechos con la confusión; porque comprender la confusión exige una acción que no es la persecución de un ideal o de una idea.

Por lo tanto, la cuestión de si existe o no existe un plan divino es improcedente. Tenemos que comprendernos a nosotros mismos y comprender el mundo que hemos creado: la desdicha, la confusión, el conflicto, las guerras, las divisiones, las explotaciones. Todo eso es el resultado de la relación entre nosotros y los demás. Y si pudiéramos comprendernos en la relación con los demás, si pudiéramos ver cómo utilizamos a los otros, cómo tratamos de escapar de nosotros mismos por medio de la gente, de la propiedad, del conocimiento y que, debido a eso, damos una significación inmensa a las relaciones, a la propiedad, al conocimiento... si pudiéramos ver todo eso, estar alertas a ello pasivamente, entonces estaríamos libres de ese trasfondo que somos nosotros. Sólo entonces hay posibilidad de descubrir «lo que es». Pero gastar horas especulando sobre si hay o no hay un plan divino, esforzándonos por averiguar al respecto, disertar sobre el tema, me parece muy infantil. La paz no existirá porque nos ajustemos a algún plan, ya sea un plan de la izquierda, de la derecha, o un plan divino. El ajuste es mera represión, y en la represión hay temor. Sólo en la comprensión puede haber paz y tranquilidad; y en esa tranquilidad, la realidad se manifiesta.

I: La comprensión, ¿llega a uno súbitamente, sin estar relacionada con el esfuerzo y la experiencia pasada?

K: ¿Qué entiende usted por experiencia pasada? ¿Cómo experimenta un reto? Después de todo, la vida es un proceso de reto y respuesta, ¿no es así? siendo el reto siempre nuevo,

de lo contrario no es un reto. Y nuestra respuesta es, inevitablemente, el resultado del trasfondo, de nuestro condicionamiento. Por eso, si la respuesta no es adecuada, plena, completa en relación con el reto, tiene que crear fricción, conflicto. Lo que llamamos experiencia es este conflicto entre el reto y la respuesta. No sé si alguna vez han notado que, si la respuesta de ustedes al reto es completa, sólo hay un estado de experimentar, no el recuerdo de una experiencia. Pero cuando la respuesta no es adecuada al reto, entonces nos aferramos al recuerdo de la experiencia.

Esto no es tan difícil, no se sientan perplejos. Explorémoslo un poco más y lo verán. Como dije, la vida es un proceso de reto y respuesta –en todos los niveles, no en un nivel particular–, y mientras la respuesta no sea adecuada al reto, tendrá que haber conflicto. Eso es obvio, por cierto. Y el conflicto impide, invariablemente, la comprensión. Mediante el conflicto no podemos comprender ningún problema, ¿verdad? Si estoy disputando constantemente con mi vecino, con mi esposa, con mis socios, no es posible que comprenda esa relación. Puedo comprenderla sólo cuando no hay conflicto.

La comprensión, ¿llega súbitamente? Es decir, ¿puede el conflicto cesar súbitamente? ¿O debe uno pasar por innumerables conflictos, comprender cada conflicto y entonces librarse de todo conflicto? O sea, para exponer el problema de una manera diferente, estoy seguro de que detrás de esta pregunta hay otra pregunta: «Puesto que han pasado ustedes por las diversas brumas y confusiones mentales, por los conflictos, por la creencia en los Maestros, en la reencarnación, por las distintas sociedades, etc., etc., ¿no debo yo pasar también por todo esto? Puesto que han pasado por ciertas fases, ¿no debo yo también pasar por esas fases a fin de estar libre?». Es decir, ¿no debemos todos experimentar la confusión, a fin de librarnos de la confusión?

Por lo tanto, ¿no cabe preguntarse si la comprensión llega

siguiendo o aceptando ciertos patrones y viviendo conforme a esos patrones, a fin de liberarnos? Digamos, por ejemplo, que en un tiempo usted creía en ciertas ideas pero que ahora las ha desechado; está libre y tiene comprensión. Por consiguiente, me digo: «También seguiré esas creencias, o aceptaré esas creencias y, a la larga, alcanzaré la comprensión». Es, por cierto, un proceso erróneo, ¿verdad? Lo importante es comprender. La comprensión, ¿es una cuestión de tiempo? Obviamente, no. Si usted está interesado por algo, no es cuestión de tiempo. Todo su ser está ahí, concentrado, completamente absorto en esa cosa. Sólo cuando desea obtener un resultado, interviene la cuestión del tiempo. Por lo tanto, si trata a la comprensión como un objetivo a ser alcanzado, entonces necesita tiempo, entonces habla de «lo inmediato» y «lo diferido». Pero la comprensión no es, por cierto, un proceso final. La comprensión llega cuando uno está quieto, cuando la mente está en silencio. Y si usted ve la necesidad de que la mente esté en silencio, entonces la comprensión es inmediata.

I: ¿Qué es, según usted, la verdadera meditación?

K: ¿Cuál es el propósito de la meditación? ¿Y qué entendemos por meditación? No sé si usted ha meditado, así que experimentemos juntos para descubrir qué es la verdadera meditación. No se limite a escuchar lo que expreso al respecto; juntos experimentaremos y descubriremos qué es la verdadera meditación. Porque la meditación es importante, ¿no es así? Si usted no sabe qué es la correcta meditación, no hay conocimiento propio, y sin conocernos a nosotros mismos la meditación no tiene sentido. No tiene sentido sentarse en un rincón o pasear por el jardín o por la calle, tratando de meditar. Eso sólo conduce a una concentración peculiar que es exclusión. Estoy seguro de que algunos de ustedes han intentado todos esos métodos. O sea, tratan de concetrarse en un

determinado objeto, tratan de forzar a la mente cuando ésta divaga en todas direcciones; y cuando eso fracasa, rezan.

Si uno quiere comprender realmente qué es la verdadera meditación, debe descubrir qué son las cosas falsas que hemos llamado meditación. Obviamente, la concentración no es meditación porque, si lo observan, verán que en el proceso de concentración hay exclusión y, por lo tanto, distracción. Uno trata de concentrarse en algo y su mente divaga hacia otra cosa; y entonces hay una constante batalla por quedar fijados en un punto, mientras la mente rehúsa hacerlo y se desvía hacia otros. De este modo, gastamos años tratando de concentrarnos, de aprender concentración, la cual es erróneamente llamada «meditación».

Luego está el problema de la oración. La oración, obviamente, produce resultados, de lo contrario no orarían los millones que lo hacen. Al orar, es obvio que aquietamos la mente; mediante la repetición de ciertas frases la mente se aquieta, es un hecho. En esa quietud hay ciertas insinuaciones, ciertas percepciones, ciertas respuestas. Pero eso sigue formando parte del truco de la mente; porque, después de todo, mediante una forma de hipnosis podemos hacer que la mente se quede muy quieta. Y en esa quietud hay ciertas respuestas ocultas que surgen del inconsciente y de la conciencia exterior. Pero eso sigue siendo un estado en el cual no hay comprensión.

Y la meditación no es devoción –devoción a una idea, a una imagen, a un principio–, porque las cosas de la mente siguen siendo idolátricas. Uno quizá no adore una estatua considerando eso idolátrico, tonto, supersticioso, pero adora, como lo hace la mayoría de las personas, las cosas de la mente. Eso también es idolatría. Ser devoto de una imagen, de una idea, de un Maestro, no es meditación. Obviamente, es una forma de escapar de nosotros mismos. Es un escape muy reconfortante, pero no deja de ser un escape.

Este constante esfuerzo por volvernos virtuosos, por ad-

quirir virtud mediante la disciplina, mediante el cuidadoso examen de nosotros mismos, etc., tampoco es meditación, obviamente. Casi todos estamos atrapados en estos procesos, pero puesto que ellos no nos proporcionan una comprensión de nosotros mismos, no son el camino que conduce a la verdadera meditación. Al fin y al cabo, sin comprendernos a nosotros mismos, ¿qué base tenemos para el recto pensar? Todo lo que haremos sin esa comprensión de nosotros mismos es amoldarnos al trasfondo, a la respuesta de nuestro condicionamiento. Y tal respuesta al condicionamiento no es meditación. Pero estar atentos a esas respuestas, o sea, darnos cuenta de los movimientos del pensar y del sentir, hacerlo sin ningún sentido de condena, de manera que los movimientos y modos de obrar del yo sean comprendidos completamente, ése sí es el camino hacia la verdadera meditación.

La meditación no es un apartarse de la vida; es un proceso de comprendernos a nosotros mismos. Y cuando uno comienza a comprenderse, no sólo en su parte consciente, sino también en las partes recónditas, ocultas, entonces adviene un estado de calma. Una mente silenciada por medio de la meditación, de la compulsión, del ajuste, no es una mente silenciosa. Es una mente estancada. No es una mente alerta, pasiva, capaz de receptividad creadora. La meditación exige vigilancia constante, una constante percepción alerta de cada palabra, de cada pensamiento y sentimiento, lo cual revela el estado de nuestro propio ser, tanto el oculto como el superficial. Como eso es arduo, escapamos hacia toda clase de cosas consoladoras e ilusorias, y a eso lo llamamos meditación.

Si uno puede ver que el conocimiento propio es el principio de la meditación, entonces el problema se vuelve extraordinariamente interesante y vital. Porque si no hay conocimiento propio, usted podrá practicar lo que llama meditación y seguir apegado a sus principios, a su familia, a su propie-

dad; o, renunciando a la propiedad, puede apegarse a una idea y estar tan concentrado en ella, que la idea crece más y más. Eso, por cierto, no es meditación. De modo que el principio de la meditación es el conocimiento propio; sin conocimiento propio no hay meditación. Y, a medida que uno profundiza en la cuestión del conocimiento propio, no sólo se serena y aquieta la mente superficial, sino que se revelan las diferentes capas de la mente oculta. Cuando la mente superficial está quieta, las capas inconscientes, profundas, de la conciencia se proyectan a sí mismas revelando su contenido, enviando sus insinuaciones, de modo tal que todo el proceso de nuestro ser es completamente comprendido.

De este modo la mente llega a estar muy, muy quieta. *Está* quieta, no es *aquietada*, obligada a permanecer quieta mediante una recompensa o a causa del temor. Entonces hay un silencio en el que la realidad se manifiesta. Pero ese silencio no es un silencio cristiano o un silencio hindú o un silencio budista, etc. Es silencio, sin nombre. Si usted sigue el sendero del silencio cristiano o hindú o budista, jamás estará en silencio. Un hombre que quiera encontrar la realidad debe abandonar por completo su condicionamiento, ya sea cristiano, hindú, budista o de cualquier otro grupo. Fortalecer meramente el trasfondo por medio de la meditación, del ajuste, genera el estancamiento, el embotamiento de la mente; y no estoy nada seguro de que no sea eso lo que casi todos queremos, porque es muchísimo más fácil crear un patrón y seguirlo. Pero estar libre del trasfondo exige un constante estado de alerta en la relación.

Una vez que existe ese silencio, hay un estado creativo extraordinario. No se trata de que tengan que escribir poemas, pintar cuadros; pueden hacerlo o no. Pero ese silencio no puede ser perseguido, copiado, imitado, porque entonces deja de ser silencio. Uno no puede llegar a él a través de ningún sendero. Adviene sólo cuando se han comprendido todas las modalidades del yo y éste llega a su fin con todas sus

actividades y sus enredos. Es decir, cuando la mente ha dejado de crear, entonces existe la creación.

Por lo tanto, la mente ha de volverse muy sencilla, muy quieta; no volverse, debe *estar* quieta –el «debe» es incorrecto; decir que la mente *debe* esta quieta implica compulsión–, y la mente está quieta, *es* una mente quieta sólo cuando ha llegado a su fin todo el proceso del yo. Cuando se han comprendido todas las modalidades del yo y, por lo tanto, todas las actividades del yo han cesado, sólo entonces hay silencio. Ese silencio es verdadera meditación. Y en ese silencio se manifiesta lo eterno.

MADRÁS, 29 DE ENERO DE 1964

Me gustaría, si puedo, hablar acerca de la meditación. Quisiera hablar de ella porque siento que es lo más importante que hay en la vida.

Para comprender la meditación, para investigarla bien a fondo, ante todo debemos comprender la palabra y el hecho «meditación», porque casi todos nosotros somos esclavos de las palabras. La palabra misma *meditación* induce en muchas personas cierto estado, cierta sensibilidad, cierta quietud, un deseo de lograr esto o aquello. Pero la palabra no es la cosa. La palabra, el símbolo, el nombre, si no se comprende totalmente, es algo terrible. Actúa como una barrera, convierte a la mente en una esclava. Y lo que nos hace actuar a la mayoría de nosotros, es la reacción a la palabra, al símbolo, porque no nos percatamos o somos inconscientes del hecho mismo. Llegamos al hecho, a «lo que es», con nuestras opiniones y evaluaciones, con nuestros juicios y recuerdos. Y nunca vemos el hecho, «lo que es». Creo que esto debe ser claramente comprendido.

Para comprender cada experiencia, cada estado de la mente, «lo que es», el hecho real, uno no debe ser esclavo de las palabras; y ésa es una de las cosas más difíciles. La palabra, al nombrar el hecho, despierta diversos recuerdos; y estos recuerdos hacen impacto sobre el hecho, lo controlan, lo moldean, ofrecen una guía al hecho, a «lo que es». Por lo tanto, uno debe estar extraordinariamente atento a esta con-

fusión y no generar un conflicto entre la palabra y lo factual, «lo que es». Y ésa es tarea muy ardua para una mente; exige precisión, claridad.

Sin claridad, uno no puede ver las cosas como son. Hay una belleza extraordinaria en ver las cosas tal como son, no desde nuestras opiniones, nuestros juicios y recuerdos. Uno tiene que ver el árbol tal como es, sin confusión ninguna; de igual manera, tiene que ver el cielo que en un atardecer se refleja sobre el agua; simplemente ver, sin verbalizar, sin despertar símbolos, ideas, recuerdos. En eso hay una belleza extraordinaria. Y la belleza es esencial. La belleza es la apreciación, la sensibilidad a las cosas que a uno le rodean: la naturaleza, la gente, las ideas. Si no hay sensibilidad, no habrá claridad; las dos cosas van juntas, son sinónimos. Esta claridad es esencial si queremos comprender qué es la meditación.

Una mente confusa, atrapada en las ideas, en las experiencias, en todos los impulsos del deseo, sólo engendra conflicto. Y una mente que de veras quiera hallarse en un estado de meditación, tiene que estar atenta no sólo a la palabra, sino también a la respuesta instintiva de nombrar la experiencia o el estado. Y el hecho mismo de nombrar ese estado o esa experiencia –cualquiera que sea, por cruel, verdadera o falsa que pueda ser–, sólo fortalece el recuerdo de esa experiencia, con el cual pasamos a una nueva experiencia.

Por favor, si se me permite señalarlo, es muy importante que comprendan de qué estamos hablando, porque si no comprenden esto no podrán emprender con quien les habla un viaje por todo este problema de la meditación.

Como dijimos, la meditación es una de las cosas más importantes en la vida, tal vez la más importante. Si no hay meditación, no es posible ir más allá de los límites del pensamiento, de la mente y el cerebro. Y para investigar este problema de la meditación, desde el principio mismo tenemos que echar los cimientos de la virtud. No me refiero a la vir-

tud impuesta por la sociedad, una moralidad originada en el temor, la codicia, la envidia, en ciertos premios y castigos. Hablo de la virtud que se genera de modo natural, fácil y espontáneo, sin conflicto ni resistencia de ninguna clase, cuando hay conocimiento propio. Sin conocimiento propio, hagan lo que hicieren, no es posible el estado de meditación. Por «conocimiento propio» entiendo conocer cada pensamiento, cada estado de ánimo, cada sentimiento, conocer la actividad de nuestra mente; no hablo de conocer el «yo supremo», el «gran yo»; no hay tal cosa, el «yo superior», el Atman, sigue estando dentro del campo del pensamiento. El pensamiento es el resultado de nuestro condicionamiento, es la respuesta de nuestra memoria, ya sea ancestral o inmediata. Y tratar meramente de meditar sin establecer primero, profunda e irrevocablemente, esa virtud que surge a la existencia con el conocimiento propio, es totalmente engañoso y absolutamente inútil.

Por favor, es muy importante que esto sea comprendido por aquellos que son serios, porque si no pueden hacerlo la meditación que practiquen y la vida factual estarán divorciadas, separadas; tan ampliamente separadas que, aunque puedan meditar adoptando posturas indefinidamente el resto de sus vidas, no verán más allá de sus narices. Cualquier postura que adopten, cualquier cosa que hagan, no tendrá ningún sentido.

Por lo tanto, la mente que quiera investigar –uso deliberadamente la palabra *investigar*– qué es la meditación, tiene que echar estos cimientos de la virtud que surge natural y espontáneamente, con facilidad y sin esfuerzo alguno, cuando hay conocimiento propio. Y también es importante comprender qué es este conocimiento propio: simplemente estar alerta, sin opción alguna, al «yo», el cual tiene su origen en un manojo de recuerdos –enseguida examinaré lo que entiendo por percepción alerta–, sólo ser conscientes de él sin ninguna interpretación, observar nada más el movimiento de

la mente. Pero esa observación se ve impedida cuando uno meramente acumula, a través de la observación, el conocimiento de lo que debe hacer y no debe hacer, de lo que debe y no debe realizar; si lo hace así, pone fin al proceso vital de ese movimiento de la mente que es el yo. O sea, tengo que observar y ver el hecho, lo real, «lo que es». Si lo abordo con una idea, con una opinión –tal como «debo» o «no debo», que son respuestas de la memoria–, entonces el movimiento de «lo que es» se ve obstaculizado, bloqueado; por lo tanto, no hay un aprender.

Para observar el movimiento de la brisa en el árbol, uno no puede hacer nada al respecto. La brisa se mueve con violencia o con gracia o con belleza. Uno, el observador, no puede controlarla. No puede formularla, no puede decir: «La conservaré en mi mente». Está ahí. Puede que uno lo recuerde, pero si recuerda esa brisa en el árbol la próxima vez que lo mire, no estará mirando el movimiento natural de la brisa en el árbol, sino sólo rememorando el movimiento del pasado. Por lo tanto, no estará aprendiendo; sólo estará añadiendo a lo que ya conoce. Por eso, en cierto nivel, el conocimiento se vuelve un obstáculo para un nivel ulterior.

Espero que esto haya quedado muy claro. Porque lo que vamos a examinar enseguida exige una mente clara, capaz de mirar, de ver y escuchar, sin que haya ningún proceso de reconocimiento.

Por consiguiente, ante todo uno debe estar muy claro, no confuso. La claridad es esencial. Entiendo por claridad ver las cosas como son, ver «lo que es», sin opinión ninguna, ver el movimiento de la propia mente, observarlo con diligencia, con atención y minuciosidad, sin ningún propósito, sin directiva alguna. El simple observar requiere una claridad asombrosa; de lo contrario, no es posible observar. Si uno observa a una hormiga en sus movimientos, realizando todas las actividades que realiza, y aborda la observación con los distintos hechos biológicos que conoce acerca de la hormiga,

ese conocimiento le impide mirar. Así, uno empieza a ver inmediatamente dónde el conocimiento es necesario y dónde se vuelve un obstáculo. De este modo, no hay confusión.

Cuando la mente es clara, precisa, capaz de un razonamiento profundo, fundamental, se halla en un estado de negación. La mayoría de nosotros acepta las cosas muy fácilmente, somos tan crédulos porque ansiamos consuelo, seguridad, un sentimiento de esperanza, deseamos que alguien nos salve –Maestros, salvadores, gurúes, rishis, ¡ustedes ya conocen toda esa mezcolanza!–. Y nosotros aceptamos con prontitud y facilidad; y con igual facilidad negamos, según como esté el clima de nuestra mente.

De modo que la «claridad» lo es en el sentido de ver las cosas como son dentro de uno mismo. Porque uno forma parte del mundo, es el movimiento del mundo. Uno es la expresión externa del movimiento que se desarrolla internamente; es como la marea que sale y entra. El mero concentrarse en uno mismo, o el observarse como algo separado del mundo, lleva al aislamiento y a todas las formas de idiosincrasia, neurosis, miedos aisladores, etc. Pero si uno observa el mundo, si sigue el movimiento del mundo y se deja llevar por ese movimiento cuando éste penetra en lo interno, entonces no hay división entre uno mismo y el mundo, entonces uno no es un individuo opuesto a lo colectivo.

Y tiene que existir este sentido de observación, que consiste tanto en observar como un explorar, escuchar y estar alerta. Uso la palabra *observar* en ese sentido. El acto mismo de observación es el acto de exploración. Uno no puede explorar si no está libre. Por lo tanto, para explorar, para observar, tiene que haber claridad. Para explorar profundamente dentro de sí mismo, cada vez que uno llega a esa exploración debe hacerlo como si fuera la primera vez. O sea, uno jamás ha obtenido un resultado, jamás ha ascendido por una escalera, y nunca puede decir: «Ahora lo sé». No hay escalera. Y si uno llegara a subir, debe bajar de inmediato a fin de que la

mente sea sensible en grado sumo para observar, vigilar, escuchar.

Gracias a este observar, escuchar, ver, vigilar, adviene esa belleza extraordinaria de la virtud. No hay otra virtud, excepto la que proviene del conocimiento propio. Entonces esa virtud es vital, vigorosa, activa, no una cosa muerta que cultivamos. Y ésos han de ser los cimientos. Los cimientos para la meditación son la observación, la claridad y la virtud en el sentido en que la entendemos, no en el sentido de hacer de la virtud una cosa que debemos cultivar día tras día, lo cual es mera resistencia.

Entonces, a partir de ahí, podemos ver lo que implican las así llamadas oraciones, la repetición de palabras, los mantras, el sentarse en un rincón y tratar de fijar la mente sobre un objeto en particular, o sobre una palabra, un símbolo, lo cual implica meditar deliberadamente. Por favor, escuchen con mucha atención. Adoptar una postura deliberada o hacer deliberadamente, conscientemente, ciertas cosas para meditar, sólo indica que están jugando en el campo de sus propios deseos y de su propio condicionamiento; por lo tanto, eso no es meditación. Si uno observa, puede ver muy bien que esas personas que meditan tienen toda clase de imágenes: ven a Krishna, a Cristo, a Buda, y piensan que han logrado algo. Como un cristiano que ve a Cristo; ese fenómeno es muy simple, muy claro: es una proyección de su propio condicionamiento, de sus temores, sus esperanzas, su deseo de seguridad. El cristiano ve a Cristo como ustedes verían a Rama o a cualquiera que sea su dios predilecto.

No hay nada notable respecto de estas visiones. Son el producto de nuestro inconsciente, el cual ha sido tan condicionado, tan adiestrado en el temor. Cuando nos hallamos un poco quietos, ese inconsciente irrumpe con sus imágenes, sus símbolos, sus ideas. Por lo tanto, las visiones, los trances, las imágenes e ideas, no tienen absolutamente ningún valor. Es como ocurre con un hombre que repite una y otra y

otra vez algún mantra o alguna frase o un nombre. Cuando uno repite y repite y repite un nombre, es obvio que lo que hace es embotar la mente, volverla estúpida; y, en esa estupidez, la mente se aquieta. Para aquietar la mente, lo mismo podría uno tomar una droga –y tales drogas existen–; en ese estado de quietud, estando drogado, uno tiene visiones. Esas visiones son, obviamente, el producto de nuestra propia sociedad, de nuestra propia cultura, de nuestras esperanzas y nuestros temores; no tienen nada que ver con la realidad.

Lo mismo sucede con las oraciones. El hombre que ora es como aquél que tiene su mano en el bolsillo de otro. El hombre de negocios, el político y toda la sociedad competitiva oran por la paz; pero lo hacen todo para engendrar guerras, odios y antagonismo. Eso no tiene sentido, carece de racionalidad. Nuestra oración es una súplica, pedimos algo que no tenemos derecho a pedir, porque no vivimos, porque no somos virtuosos. Queremos algo pacífico, grande, que enriquezca nuestras vidas, pero hacemos todo lo opuesto: destruimos, nos volvemos vulgares, mezquinos, estúpidos.

Las plegarias, las visiones, el sentarse derecho en un rincón respirando de modo correcto, haciendo cosas con nuestra mente, todo eso es muy inmaduro, muy infantil; no tiene sentido para un hombre que realmente quiera comprender el pleno significado de lo que es la meditación. Un hombre así descarta por completo todo esto, ¡aun cuando pudiera perder su empleo! Él no recurre inmediatamente a un pequeño dios, a fin de obtener un nuevo empleo –ése es el juego que practican todos ustedes–. Cuando hay alguna clase de dolor, perturbación, acuden a un templo ¡y se llaman a sí mismos religiosos! Todas estas cosas deben ser completa y totalmente descartadas, de modo que ni siquiera les toquen. Si han hecho esto, entonces podemos seguir investigando todo este problema de lo que es la meditación.

Tiene que haber observación, claridad, conocimiento propio y, a causa de ello, virtud. La virtud es una cosa que flore-

ce todo el tiempo en bondad; uno pudo haber cometido un error, haber hecho algo feo, pero eso se ha terminado; uno se está moviendo, floreciendo en bondad porque se conoce a sí mismo. Habiendo echado esos cimientos, es posible dejar de lado las oraciones, el murmurar palabras y el adoptar posturas. Entonces puede uno empezar a investigar que es la experiencia.

Es muy importante comprender qué es la experiencia, porque todos la deseamos. Tenemos las experiencias cotidianas: ir a la oficina, disputar, sentirnos celosos, envidiosos, ser brutales, competitivos, sexuales. En la vida pasamos por toda clase de experiencias, día tras día, consciente o inconscientemente. Vivimos en la superficie de nuestra vida, sin belleza, sin ninguna profundidad, sin nada propio que sea original, prístino, puro. Somos seres de segunda mano, siempre citando a otros, siguiendo a otros, como cáscaras vacías. Y, naturalmente, queremos más experiencias además de la experiencia cotidiana. Buscamos, pues, estas experiencias ya sea por medio de la meditación o tomando alguna de las drogas más recientes. El LSD 25 es una de estas drogas recientes; tan pronto lo toman, sienten que tienen un «misticismo instantáneo», no que han tomado la droga. (*Risas*).

Estamos hablando en serio. Ustedes se limitan a reír ante la menor provocación; por lo tanto, no son serios, no examinan esto paso a paso, observándose a sí mismos; sólo escuchan las palabras y siguen dejándose llevar por las palabras –algo contra lo cual les he prevenido al principio de esta charla.

Están estas drogas que inducen una expansión de la conciencia, que de momento nos tornan altamente sensibles. Y en ese estado de sensibilidad intensificada vemos cosas: el árbol adquiere una vida asombrosa, es más claro y brillante, contiene una inmensidad. O, si tenemos inclinaciones religiosas, en ese estado de sensibilidad acrecentada experimen-

tamos un sentimiento extraordinario de paz y luz; no hay diferencia entre uno mismo y la cosa que uno observa: uno *es* eso, y todo el universo es parte de uno mismo. Y anhelamos estas drogas porque deseamos más experiencia, una experiencia más amplia y más profunda, confiando en que tal experiencia dará un significado a nuestra vida; de este modo, comenzamos a depender. Sin embargo, cuando uno tiene estas experiencias, sigue estando dentro del campo del pensamiento, dentro del campo de lo conocido.

Por consiguiente, ustedes tienen que comprender la experiencia, o sea, la respuesta a un reto, la cual se convierte en una reacción; y esa reacción moldea sus pensamientos, sus sentimientos, todo su ser. Y así sumán más y más experiencias; sólo piensan en tener cada vez más experiencias. Cuanto más claros son los recuerdos de esas experiencias, más creen ustedes que conocen, que saben. Pero si lo observan, encontrarán que cuanto más conocen, más superficiales se vuelven, más vacuos. Al volverse más vacuos desean más experiencias, experiencias más amplias. De modo que tienen que comprender, no sólo lo que he dicho anteriormente, sino también esta demanda extraordinaria de experiencias. Ahora podemos proseguir.

Una mente que busca cualquier clase de experiencia, sigue estando dentro del campo del tiempo, dentro del campo de lo conocido, de los deseos autoproyectados. Como dije al comienzo, la meditación deliberada sólo nos conduce a la ilusión. Sin embargo, tiene que haber meditación. Si meditamos deliberadamente, eso nos lleva a distintas formas de autohipnosis, a distintas formas de experiencia proyectadas por nuestros propios deseos, por nuestros propios condicionamientos; y esos condicionamientos, esos deseos moldean nuestra mente, controlan nuestro pensamiento. Por eso, un hombre que de verdad quiera comprender el significado profundo de la meditación, debe comprender el significado de la experiencia; además, su mente tiene que estar

libre de toda búsqueda. Eso es muy difícil. Enseguida voy a examinarlo.

Habiendo asentado todo esto naturalmente, espontáneamente, fácilmente, como algo básico, debemos averiguar qué significa controlar el pensamiento. Porque eso es lo que todos persiguen: cuanto más pueden controlar el pensamiento, más creen que han avanzado en la meditación. Para mí, cualquier forma de control –físico, psicológico, intelectual, emocional– es nociva. Por favor, escuchen cuidadosamente. No digan: «Entonces haré lo que me plazca». No estoy diciendo eso. El control implica subyugación, represión, adaptación, implica moldear el pensamiento conforme a un patrón particular, lo cual quiere decir que el patrón es más importante que el descubrimiento de lo verdadero. Así, el control en cualquier forma –resistencia, represión o sublimación– moldea más y más la mente conforme al pasado, conforme al condicionamiento en que nos educaron, al condicionamiento de una comunidad en particular, y así sucesivamente.

Es necesario comprender qué es la meditación. Ahora, por favor, escuchen cuidadosamente. No sé si alguna vez han hecho esta clase de meditación. Es probable que no, pero ahora van a hacerla conmigo. Vamos a emprender el viaje juntos, no verbalmente, sino que recorreremos ese camino desde el principio hasta el fin de donde llega la comunicación verbal. Es como llegar juntos hasta la puerta; entonces, o bien pasan ustedes por la puerta, o se detienen de este lado. Se detendrán de este lado de la puerta si no han hecho todo lo que se ha indicado, no porque lo diga quien les habla, sino porque es cuerdo, sano, razonable y soportará todas las pruebas, todos los exámenes.

De modo que ahora vamos a meditar juntos, no deliberadamente, porque no existe la meditación deliberada. Es como dejar la ventana abierta y el aire llega cuando quiere –cualquier cosa que el aire traiga, sea como fuere la brisa–.

Pero si esperan que las brisas lleguen porque han abierto la ventana, éstas jamás llegarán. La ventana tiene que ser abierta por amor, por afecto, desde la libertad, no porque uno desee algo. Y ése es el estado de belleza, es el estado de la mente que ve y no exige nada.

Estar atentos implica un estado extraordinario de la mente –estar atentos a cuanto les rodea, a los árboles, al pájaro que canta, al Sol que está detrás de ustedes; estar atentos a los rostros, a las sonrisas; estar atentos a la suciedad del camino, a la belleza de la tierra, a la palmera contra el cielo rojo del crepúsculo, a la onda sobre el agua–, simplemente estar atentos, sin preferencia alguna. Por favor, háganlo mientras prosiguen con esto. Escuchen a estos pájaros, sin nombrarlos, no reconozcan la especie, sólo escuchen el sonido. Escuchen los movimientos del propio pensar, no los controlen, no los moldeen, no digan: «Esto es bueno, eso es malo». Simplemente, muévanse con ello. Eso es la percepción alerta, en la que no hay opción ni condena ni juicio ni comparación o interpretación; sólo observación pura. Eso hace que la mente sea altamente sensible. En el momento en que nombran, han retrocedido y la mente se embota, porque eso es lo que acostumbra hacer.

En ese estado de percepción alerta hay atención, no control ni concentración. Hay atención. O sea, escuchan a los pájaros, ven la puesta del sol, contemplan la quietud de los árboles, oyen pasar los automóviles, oyen a quien les habla; y están atentos al significado de las palabras, a sus propios pensamientos y sentimientos y al movimiento de esa atención. Están atentos globalmente, sin un límite, no sólo de manera consciente, sino también inconscientemente. Lo inconsciente es más importante; por lo tanto, tienen que investigar lo inconsciente.

No uso la palabra *inconsciente* desde el punto de vista de la técnica o como un término técnico. No la uso en el sentido en que la usan los psicólogos, sino para referirme a aquello

de lo que no son conscientes. Porque la mayoría de nosotros vive en la superficie de la mente: yendo a la oficina, adquiriendo conocimientos o una técnica, disputando, etc. Jamás prestamos atención a la profundidad de nuestro ser, la cual es el resultado de nuestra comunidad, del residuo racial, de todo el pasado –no sólo el de cada uno de nosotros como ser humano, sino también el del hombre, el de las ansiedades del hombre–. Cuando dormimos, todo esto se proyecta en forma de sueños, y entonces está la interpretación de esos sueños. Los sueños se vuelven totalmente innecesarios para un hombre que está despierto, alerta, observando, escuchando, consciente, atento.

Ahora bien, esta atención exige una energía tremenda; no la energía que ustedes han acumulado mediante la práctica, el celibato y todas esas cosas; ésa es la energía de la codicia. Yo hablo de la energía del conocimiento propio. Gracias a que han echado los cimientos correctos, de ello surge la energía que necesitan para estar atentos, energía en la que no hay ningún sentido de concentración.

La concentración es exclusión; ustedes quieren escuchar esa música [que llega desde una calle cercana], y también quieren oír lo que dice quien les habla, de modo que ofrecen resistencia a esa música y tratan de escucharle a él; de esta manera, no prestan realmente atención completa. Una parte de su energía se ha ido en resistir a esa música y una parte está tratando de escuchar; por lo tanto, no escuchan totalmente, no están atentos. Así que si se concentran, meramente resisten, excluyen. Pero una mente que se halla atenta puede concentrarse y no ser exclusiva.

De esta atención surge, pues, un cerebro quieto. Las células cerebrales mismas están quietas; no aquietadas, no disciplinadas, no forzadas ni condicionadas brutalmente. Pero a causa de que toda esta atención ha surgido naturalmente, espontáneamente, con facilidad y sin esfuerzo alguno, las células cerebrales no se han falseado, ni se han

insensibilizado ni vulgarizado ni embrutecido. Espero que estén siguiendo todo esto. A menos que las células cerebrales mismas sean asombrosamente sensibles, vitales y alertas, que no estén endurecidas ni golpeadas ni agotadas ni especializadas en un sector particular del conocimiento, a menos que sean extraordinariamente sensibles, no pueden estar quieras. Por consiguiente, el cerebro debe estar quiero y, no obstante, debe ser sensible a cada reacción, debe estar atento a toda la música, a los ruidos, a los pájaros, escuchando estas palabras, contemplando la puesta del Sol, sin presión ninguna, sin tensiones, sin influencias. El cerebro debe estar muy quieto, porque sin quietud, quietud no inducida, no producida artificialmente, no puede haber claridad.

Y la claridad puede llegar sólo cuando hay espacio. Ustedes tienen espacio en el momento en que el cerebro está absolutamente quieto y, no obstante, altamente sensible, no apagado. Por eso es muy importante lo que hacen todos los días. El cerebro se halla embrutecido por las circunstancias, por la sociedad, por los trabajos que ustedes realizan y por la especialización, brutalmente molido por sus treinta o cuarenta años en una oficina –todo eso destruye la extraordinaria sensibilidad del cerebro–. Y el cerebro debe estar quieto. A partir de ahí, toda la mente, en la cual está incluido el cerebro, es capaz de estar completamente silenciosa. Esa mente silenciosa ya no busca, no espera experiencias; no experimenta nada en absoluto.

Confío en que comprendan todo esto. Tal vez no lo comprenden. No importa, simplemente escuchen. No se sientan hipnotizados por mí, sino presten atención a la verdad de esto. Quizás entonces, cuando estén caminando por la calle o se encuentren sentados en un autobús o contemplando un torrente o un campo sembrado de arroz verde y abundante, esto llegue inadvertidamente, como un susurro desde una tierra muy remota.

Así, la mente queda en completo silencio, sin ninguna forma de presión, de compulsión. Este silencio no es algo producido por el pensamiento, porque el pensamiento ha cesado, toda la maquinaria del pensamiento ha llegado a su fin. El pensamiento debe terminar; de lo contrario, producirá más imágenes, más ideas, más ilusiones... más, más y más. Por lo tanto, tienen que comprender toda esta maquinaria del pensamiento –no cómo detener el pensar–. Si comprenden toda la maquinaria del pensamiento –la cual es la respuesta de la memoria, de la asociación y el reconocimiento, del nombrar, comparar y juzgar–, si la comprenden, ésta llega naturalmente a su fin. Cuando la mente está por completo silenciosa, entonces, a causa de ese silencio, en ese silencio mismo, hay un movimiento por completo diferente.

Ese movimiento no es un movimiento creado por el pensar, por la sociedad, por lo que ustedes han leído o no han leído. Ese movimiento no pertenece al tiempo o a la experiencia, porque no contiene experiencia alguna. Para una mente silenciosa no hay experiencias. Una luz que arde brillantemente, una luz intensa, no requiere nada más, es luz para sí misma. Ese movimiento no es un movimiento en ninguna dirección, porque la dirección implica tiempo. Ese movimiento no tiene causa, porque cualquier cosa que tenga una causa produce un efecto y ese efecto se convierte en la causa y así sucesivamente: una cadena interminable de causa y efecto. Por lo tanto, no hay en absoluto ni efecto ni causa ni motivo ni experiencia. Debido a que está por completo quieta, naturalmente silenciosa, a que ustedes han echado los cimientos correctos, la mente se halla relacionada de manera directa con la vida, no está divorciada del vivir cotidiano.

Si la mente ha llegado hasta ahí, ese movimiento es creación. Entonces no hay ansiedad por expresarse, porque una mente en estado de creación puede expresarse o no expresar-

se. Ese estado de la mente que se halla en completo silencio tiene su propio movimiento; esa mente se moverá en lo desconocido, en aquello que es innominable.

Por consiguiente, la meditación que ustedes practican no es la meditación de que estamos hablando, la cual existe de lo eterno a lo eterno, porque uno ha echado los cimientos no en el tiempo sino en la realidad.

MADRÁS, 15 DE DICIEMBRE DE 1974

Las cosas que el pensamiento ha creado como sagradas, no son sagradas. Son sólo palabras para dar un significado a la vida, porque la vida, tal como ustedes la viven, no es sagrada, no es santa. La palabra *santo* [holy] se deriva de *total* [whole], que significa ser sano, cuerdo –todo esto implica esa palabra–. En consecuencia, una mente que funciona a base del pensamiento, por deseosa que esté de encontrar aquello que es sagrado, sigue actuando dentro del campo del tiempo, dentro del campo de la fragmentación. ¿Puede la mente ser total, no fragmentada? Todo esto forma parte de la comprensión acerca de lo que implica meditar. La mente, que es el producto de la evolución, del tiempo, producto de tantas influencias, de tantas heridas, tantos tormentos, tanto dolor y tanta ansiedad, la mente atrapada en todo eso que es el resultado del pensamiento, el cual es fragmentario por naturaleza, ¿puede esa mente, tal como es ahora, liberarse del movimiento del pensar? ¿Puede la mente no estar en absoluto fragmentada? ¿Pueden ustedes mirar la vida como una totalidad? ¿Puede la mente ser total, o sea, no contener ni un solo fragmento? Por lo tanto, en todo esto interviene la cualidad de la diligencia. Una mente es total cuando es diligente, lo cual implica gran solicitud, gran afecto, gran amor, amor por completo diferente del que un hombre siente por una mujer.

De modo que una mente total es atenta; por lo tanto, es solícita y tiene esa cualidad de un profundo y perdurable sentimiento de amor. Una mente así es lo total con que uno se encuentra cuando comienza a investigar qué es la meditación. Entonces podemos proceder a descubrir qué es lo sagrado.

Por favor, escuchen. Se trata de la vida de ustedes. Dediquen la mente y el corazón a descubrir un modo de vivir diferente, un modo de vivir en el que la mente ha abandonado todo control. Eso no significa llevar una vida de hacer lo que a uno se le antoje, de ceder a todos los deseos, a toda mirada o reacción de lujuria, a todo placer, a todo requerimiento proveniente de la persecució del placer... no significa eso, sino averiguar, descubrir si uno puede vivir una vida cotidiana sin el más mínimo control. Eso forma parte de la meditación. Eso significa que uno debe tener esta cualidad de atención. Esa atención ha producido discernimiento con respecto al exacto lugar que el pensamiento ocupa, ha visto que el pensamiento es fragmentario y que, donde hay control, están el controlador y lo controlado, lo cual implica fragmentación. Por consiguiente, descubrir un modo de vivir exento del más mínimo control requiere una atención tremenda, una gran disciplina. No hablamos de la disciplina a la que están acostumbrados, la cual es meramente represión, control, amoldamiento, sino de una disciplina que implica aprender. La palabra *disciplina* proviene de la palabra *discípulo*. El discípulo está ahí para aprender. Ahora bien, aquí no hay maestro ni discípulo; si uno está aprendiendo es el discípulo y es el maestro. Ese acto mismo de aprender genera su propio orden.

Ahora el pensamiento ha encontrado su lugar propio, su lugar exacto. Por lo tanto, la mente ya no está abrumada por el movimiento del pensar como proceso material, lo cual implica que está absolutamente quieta. Quieta naturalmente, no forzada a aquietarse. Lo que ha sido aquietado a la fuerza, es estéril. Cuando la quietud ocurre espontáneamente, en esa quietud, en ese vacío, puede tener lugar algo nuevo.

¿Puede la mente, la mente de ustedes, estar absolutamente quieta, sin control, sin el movimiento del pensar? Estará naturalmente quieta si de veras tienen el discernimiento que otorga al pensar su lugar correcto –el pensamiento tiene su lugar exacto; por lo tanto, la mente está quieta–. ¿Comprenden lo que significan las palabras *silencio* y *quietud*? (Ustedes saben, pueden hacer que la mente se aquiete si toman una droga, si repiten un mantra o una palabra. Por medio del constante repetir, repetir y repetir, es natural que la mente termine por aquietarse, pero una mente así es torpe, estúpida). Hay un silencio que es el silencio entre dos ruidos. Está el silencio entre dos notas. Hay silencio entre dos movimientos del pensar. Está el silencio de un atardecer cuando los pájaros han cesado con su ruido, su parloteo, y se disponen a dormir. Cuando no hay ni un aleteo entre las hojas, ni una brisa, la quietud es absoluta. No en una ciudad, sino cuando están afuera, con la naturaleza, cuando están con los árboles o sentados a la orilla de un río; ahí el silencio desciende sobre la tierra y ustedes son parte de ese silencio. Existen, pues, diferentes clases de silencio. Pero el silencio del que estamos hablando, la quietud de una mente, ese silencio no puede ser comprado ni practicado, no es algo que uno pueda ganar como un premio, una compensación a una vida desagradable. Sólo cuando la vida desagradable ha sido transformada en una vida buena –por buena no quiero decir una vida de abundancia material, sino la vida de bondad– entonces, en el florecimiento de esa bondad, de esa belleza, adviene el silencio.

También tenemos que investigar qué es la belleza. ¿Qué es la belleza? ¿Alguna vez han examinado esta cuestión? ¿Encontrarán la belleza en un libro y me dirán, o le dirán a algún otro, lo que el libro dice acerca de lo que es la belleza? ¿Qué es la belleza? Mientras están sentados ahí, ¿han visto ustedes la puesta del sol en este atardecer? La puesta del sol tenía lugar detrás de quien les habla, ¿La han mirado? ¿Per-

cibieron la claridad y la gloria de esa luz sobre una hoja? ¿O piensan que la belleza es sensual, y que una mente que busca cosas sagradas no puede ser atraída por la belleza, no puede tener nada que ver con la belleza y, por lo tanto, debe concentrarse únicamente en la pequeña imagen que el propio pensamiento ha proyectado como su dios? Si quieren descubrir qué es la meditación, tienen que descubrir qué es la belleza, la belleza en el rostro, la belleza en el carácter –el carácter no, el carácter es una cosa de poco valor que depende de la reacción al medio; el cultivo de esa reacción se llama carácter–, la belleza de la acción, la belleza en el comportamiento, en la conducta, la belleza interna, la belleza en el modo de caminar, de hablar, en los gestos. Todo eso es la belleza, y sin eso la meditación se vuelve meramente un escape, una compensación, una acción sin sentido. Hay belleza en la frugalidad, hay belleza en la austeridad de una mente que tiene orden. El orden adviene cuando comprendemos todo el desorden en que vivimos, y de ese desorden surge, entonces, el orden que es virtud. Por lo tanto, el orden, la virtud, es austeridad suprema –no así la negación de tres comidas al día o el ayunar o el afeitarse la cabeza y todas esas cosas.

Está, pues, el orden, que es belleza. Existe la belleza del amor, la belleza de la compasión. También hay belleza en una calle limpia, en la buena forma arquitectónica de un edificio; está la belleza de un árbol, en una hoja hermosa, en las grandes ramas. Ver todo eso es belleza; no el ir meramente a los museos y hablar incesantemente de la belleza. El silencio de una mente quieta es la esencia de esa belleza. A causa de que es silenciosa y no es el juguete del pensamiento, en ese silencio se manifiesta aquello que es indestructible, sagrado. Con el advenimiento de aquello que es sagrado, la vida se vuelve sagrada, nuestra vida se vuelve sagrada, nuestra relación se vuelve sagrada, todo se vuelve sagrado porque hemos llegado a tocar esa cosa que es sagrada.

En la meditación tenemos que descubrir también si hay

algo o si no hay nada que sea eterno, intemporal. Lo cual implica: ¿Puede la mente que ha sido cultivada en el área del tiempo, puede esa mente descubrir, ver o dar con esa cosa que existe de lo eterno a lo eterno? O sea, ¿puede la mente existir sin tiempo? Si bien el tiempo es necesario para ir de aquí hacia allá y todo lo demás, ¿puede esa mente, esa misma mente que opera en el tiempo yendo de aquí hacia allá, no psicológicamente sino físicamente, puede esa mente existir sin tiempo? Es decir, ¿puede la mente vivir sin el pasado, sin el presente, sin el futuro? ¿Puede la mente vivir en la nada absoluta? No se asusten de esa palabra. A causa de que la mente está vacía, tiene un espacio inmenso. ¿Han observado alguna vez su propia mente para ver si tienen allí algún espacio? Simplemente espacio, ustedes saben, un poco de espacio. ¿O todo está atestado? Atestado por sus preocupaciones, por su sexo o su falta de sexo, por sus ansiedades, sus pequeñeces... atestado. ¿Cómo puede una mente semejante comprender o hallarse en ese estado del ser o tener ese espacio inmenso?

El espacio es siempre inmenso. Una mente que carece de espacio en la vida cotidiana no puede dar con aquello que es eterno, que es intemporal. Por eso la meditación se vuelve extraordinariamente importante. No la meditación que todos ustedes practican, eso no es meditación en absoluto. La meditación de la que estamos hablando transforma la mente. Sólo una mente así es una mente religiosa, y sólo una mente religiosa semejante puede dar origen a una cultura diferente, a un diferente modo de vida, a una relación diferente, a un sentido de lo sagrado y, por ende, a una gran belleza y honestidad. Todo eso adviene naturalmente, sin esfuerzo, sin lucha.

DEL: *«DIARIO DE KRISHNAMURTI»*

20 de julio de 1961

La habitación se llenó con esa bendición. Lo que siguió entonces es imposible de registrar en palabras, ¡las palabras son cosas tan muertas, con un significado tan definitivamente establecido!; y lo que ocurrió estaba más allá de todas las palabras y de toda descripción. Era el centro de toda creación, era una purificadora seriedad que limpiaba el cerebro de todo pensamiento y sentimiento; esa seriedad era como un relámpago que destruye y quema; su profundidad no podía medirse, ahí estaba inmutable, impenetrable, una solidez que era tan leve como los cielos. Estaba en los ojos, en la respiración. Estaba en los ojos y los ojos podían ver. Los ojos que veían, que miraban, eran por completo diferentes de los ojos orgánicos y, sin embargo, eran los mismos ojos. Sólo existía el ver, existían los ojos que veían más allá del tiempo-espacio. Había una impenetrable dignidad y una paz que eran la esencia de todo movimiento, de toda acción. Ninguna virtud la alcanzaba porque estaba más allá de toda virtud y de todas las sanciones humanas. Era el amor que, por ser totalmente perecedero, tenía la delicadeza de todo lo que es nuevo, vulnerable, destructible; no obstante, estaba más allá de todo esto. Ahí se encontraba, imperecedero, innominable, lo

desconocido. Ningún pensamiento podría penetrarlo jamás, ninguna acción podría jamás alcanzarlo. Era «puro», incontaminado y, por eso, siempre bello, como la muerte.

Todo esto parecía afectar al cerebro; éste no era como había sido antes. (El pensamiento es tan trivial, necesario pero trivial). A causa de ello, la relación parece haber cambiado. Así como una terrible tormenta, como un destructivo terremoto da un curso nuevo a los ríos, cambia el paisaje y socava profundamente la tierra, así ello ha arrasado los contornos del pensamiento, ha cambiado la forma del corazón.

30 de julio de 1961

Fue un día nublado, un día cargado de oscuras nubes; había llovido por la mañana y el tiempo se volvió frío. Después de un paseo conversábamos, pero más que eso contemplábamos la belleza de la tierra, las casas y los oscuros árboles.

Inesperadamente, hubo un relámpago de esa fuerza, de ese poder inaccesible y físicamente quebrantador. El cuerpo quedó congelado en su inmovilidad y uno tenía que cerrar los ojos para no desmayarse. Era algo que destrozaba completamente, y todo lo que era parecía no existir. La inmovilidad de esa fuerza y la energía destructiva que la acompañaba quemaban las limitaciones de la visión y del sonido. Era algo indescriptiblemente inmenso cuya altura y profundidad son incognoscibles.

Esta mañana temprano, justo cuando amanecía, sin una sola nube en el cielo y con las nevadas montañas nítidamente visibles, uno despertó con ese sentimiento de impenetrable fuerza en los ojos y en la garganta; parecía ser un estado palpable, algo que nunca podría dejar de existir. Ahí estuvo cerca de una hora y el cerebro permaneció vacío. No era una cosa que pudiera ser atrapada por el pensamiento y almacenada en la memoria para ser recordada. Estaba ahí y todo

pensamiento había muerto. El pensamiento es funcional, sólo es útil en ese dominio; el pensamiento no podía pensar acerca de eso, porque el pensamiento es tiempo y eso estaba más allá de todo tiempo y medida. El pensamiento, el deseo, no podían buscar la continuación de ello o su repetición, porque el pensamiento, el deseo, estaban por completo ausentes. ¿Qué es, entonces, lo que recuerda para escribir esto? Meramente un registro mecánico, pero el registro, la palabra, no es la cosa.

18 de agosto de 1961

Había estado lloviendo la mayor parte de la noche y el tiempo se había vuelto muy frío; sobre los cerros más altos y sobre las montañas se veía nieve fresca en cantidad. Y también soplaba un viento cortante. Los prados florecidos tenían un brillo extraordinario y el color verde era sorprendente. Y también había estado lloviendo la mayor parte del día y sólo hacia las últimas horas de la tarde comenzó a aclarar y el sol asomó entre las montañas. Caminábamos a lo largo de un sendero que serpenteaba en torno de granjas y entre fértiles prados verdes. Los postes que sostenían los pesados cables eléctricos se destacaban impresionantes contra el cielo crepuscular; al contemplar estas imponentes estructuras de acero en contraste con las veloces nubes, se advertía un sentido de belleza y poder. Cruzamos un puente de madera, y el torrente lleno, engrosado por toda esta lluvia, se deslizaba veloz, con una fuerza y una energía que sólo poseen los torrentes de la montaña. Mirando a uno y otro lado del torrente encajonado entre apretados grupos de rocas y árboles, uno percibía el movimiento del tiempo, pasado, presente y futuro; el puente era el presente y toda la vida pasaba y bullía a través del presente.

Pero más allá de todo esto, a lo largo de esa vereda fango-

sa y bañada por la lluvia, estaba «lo otro», un mundo que jamás podría ser tocado por el pensamiento humano, por sus actividades y sus inacabables infortunios. Este mundo no era producto de la esperanza ni de la creencia. Uno no era del todo consciente de ello en ese momento, había demasiadas cosas para observar y sentir, demasiadas fragancias para aspirar; las nubes, el sol entre las montañas y, más allá, el pálido cielo azul y la luz del crepúsculo sobre los prados centelleantes; el olor de los establos y las flores rojas alrededor de las granjas. «Lo otro» estaba ahí, abarcándolo todo sin pasar por alto ni la cosa más insignificante; y mientras uno permanecía despierto en la cama, «eso» advino llenando a borbotones la mente y el corazón. Entonces uno fue consciente de su belleza sutil, de la pasión y el amor de ello. Ése no era el amor que se guarda en imágenes como algo precioso, no era el amor evocado por los símbolos, los cuadros y las palabras, ni el que está embozado tras de los celos y la envidia, sino el amor que está ahí, liberado de cualquier pensamiento y sentimiento, un movimiento circular, eterno. Su belleza está en el olvido de sí mismo que genera la pasión. La pasión de esa belleza no existe si no hay austeridad. La austeridad no es una cosa de la mente, adquirida mediante el sacrificio, la represión y la disciplina. Todo esto debe cesar naturalmente, porque no tiene sentido alguno para «lo otro». Ello advino inundándole a uno con su inconmensurable caudal. Este amor no tenía centro ni periferia y era tan completo, tan invulnerable que no había en él sombra alguna y, por lo tanto, era por siempre indestructible.

Nosotros siempre miramos desde fuera hacia adentro; desde el conocimiento proseguimos hacia más conocimientos, siempre sumando, y el mismo restar es otra forma de sumar. Y nuestra conciencia está compuesta de miles de recuerdos y reconocimientos; somos conscientes de la hoja que tiembla, de la flor, de ese hombre que pasa, del niño que cruza corriendo el campo; conscientes de la roca, del torren-

te, de la brillante flor roja y del mal olor que proviene de un chiquero. Desde este recordar y reconocer, a partir de las respuestas externas tratamos de tornarnos conscientes con respecto a las interioridades ocultas, a los motivos e impulsos más hondos; exploramos penetrando más y más dentro de las vastas profundidades de la mente. Todo este proceso de retos y respuestas, todo este movimiento de experimentar y reconocer las actividades ocultas y las manifiestas, todo esto es la conciencia atada al tiempo.

La copa no es sólo la forma, el color, el diseño, sino que es también ese vacío que hay dentro de la copa. La copa es el vacío retenido dentro de una forma; sin ese vacío no habría copa ni forma. Nosotros conocemos la conciencia por los signos externos, por sus limitaciones de altura y profundidad, de pensamiento y sentimiento. Pero todo esto es la forma exterior de la conciencia; desde lo exterior tratamos de encontrar lo interno. ¿Es esto posible? Las teorías y especulaciones carecen de significación; de hecho, impiden todo descubrimiento. Partiendo de lo exterior tratamos de encontrar lo interno, desde lo conocido exploramos con la esperanza de encontrar lo desconocido. ¿Es posible investigar desde lo interno lo externo? Conocemos el instrumento que investiga a partir de lo externo, pero, ¿existe un instrumento tal que pueda investigar desde lo desconocido a lo conocido? ¿Existe? ¿Cómo podría existir? No puede. Si lo hubiera, sería reconocible y, si es reconocible, está dentro del campo de lo conocido.

Esa extraña bendición llega cuando quiere, pero con cada visita hay, muy en lo profundo, una transformación. Ello jamás es igual.

21 de agosto de 1961

Nuevamente ha sido un día claro, soleado, con largas sombras y hojas relumbrantes; las montañas se veían sere-

nas, macizas y cercanas; el cielo era de un azul extraordinario, límpido y apacible. Las sombras llenaban la tierra; era una mañana especial para las sombras: sombras pequeñas y grandes, sombras largas, delgadas unas y otras satisfechas de su opulencia, feas sombras regordetas y jubilosas sombras espirituales. Los tejados de las granjas y de los chalets brillanban como mármol pulido, tanto los nuevos como los viejos. Parecía haber un gran regocijo y gritería entre los árboles y en medio de los prados; todo existía lo uno para lo otro, y por encima de todo estaba el cielo, no el creado por el hombre, con sus torturas y sus esperanzas. Y había vida, vida vasta, espléndida, palpitando y extendiéndose en todas direcciones. Era vida, siempre joven y siempre peligrosa, vida que jamás se detiene, que recorre la tierra, indiferente, sin dejar nunca una huella, sin pedir ni reclamar nada. Ahí estaba, en plenitud, sin sombras, imperecedera, sin que importara de dónde venía o hacia dónde iba. En todas partes había vida, más allá del tiempo y del pensamiento. Era algo maravilloso, libre, sutil en su levedad e insondable. No era para ser encerrado; allí donde se lo encierra, en los lugares de adoración, en el mercado, en la casa, hay decadencia y corrupción con sus perpetuas reformas. Estaba ahí, simple, majestuoso y quebrantador, y la belleza de ello sobrepasa todo pensamiento y sentimiento. Es tan inmenso e incomparable que llena la tierra y los cielos y la brizna de hierba que tan rápidamente se destruye. Está ahí, con el amor y con la muerte.

En el monte, el aire era fresco, y unos metros más abajo corría un ruidoso torrente; los pinos se proyectaban hacia los cielos sin inclinarse jamás para mirar la tierra. Era un lugar espléndido, con las negras ardillas comiendo setas de los árboles mientras los recorrían de arriba a abajo persiguiéndose las unas a las otras en apretadas espirales; había un petirrojo o lo que parecía un petirrojo, moviéndose de un lado a otro. Todo era sosiego y quietud, excepto por el torrente con sus

frías aguas de montaña. Y lo que allí había era amor, creación y destrucción, no como un símbolo, no como algo del pensamiento o del sentimiento, sino como una tangible realidad. Uno no podía verlo, experimentarlo, pero estaba ahí, sobrecogedoramente inmenso, con una fuerza más allá de toda medida y con el poder de lo más vulnerable. Estaba ahí y todas las cosas se aquietaban, el cerebro y el cuerpo; era una bendición y la mente era parte de ello.

Esa profundidad no tiene fin; su esencia está fuera del tiempo y del espacio. No es para experimentarlo; la experiencia es algo tan chabacano, se pierde tan fácilmente como se obtiene; el pensamiento no puede producir esa profundidad ni el sentimiento puede alcanzarla. Ambos son tontos e inmaduros. La madurez no es del tiempo, no es una cuestión de edad ni adviene merced a las influencias y al medio. No puede comprarse, y ni los libros ni los maestros o los salvadores, ni el uno ni los muchos pueden crear jamás el clima apropiado para esta madurez. La madurez no es un fin en sí mismo; surge a la existencia sin que el pensamiento la cultive, sin que la busque por medio de la meditación; surge misteriosamente, secretamente. Tiene que existir esa madurez que es la sazón de la vida. No la sazón que engendran la enfermedad y el alboroto de la existencia, el dolor y la esperanza. La desesperación y el esfuerzo no pueden dar origen a esta total madurez, pero ella tiene que existir sin que se la busque.

Porque en esta madurez total hay austeridad. No la austeridad de las cenizas y el cilicio, sino la casual e impremeditada indiferencia hacia las cosas del mundo, con sus virtudes, sus dioses, su respetabilidad, sus esperanzas y valores. Estas cosas deben ser totalmente negadas para que exista esa austeridad que adviene con la madura soledad interna. Ninguna influencia de la sociedad o de la cultura puede alcanzar jamás esta soledad. Ella debe existir, pero no evocada por el cerebro, que es hijo de las influencias y del tiempo. Debe lle-

gar como el trueno, desde ninguna parte. Y sin ella, no hay madurez total. La otra soledad –que es la esencia de la autocompasión y la autodefensa, de la vida aislada en mitos, conocimientos e ideas– está muy lejos de esta madura soledad del ser; está perpetuamente intentando integrar y siempre está dividiendo, separando. La madura soledad implica una vida en la que ha llegado a su fin toda influencia. Esta madura soledad del ser es la esencia de la austeridad.

22 de agosto de 1961

En el aire había ese sentimiento de abrumadora inmensidad, intenso e insistente. No era un capricho de la imaginación; la imaginación cesa frente a la realidad; la imaginación es peligrosa, carece de validez, sólo el hecho la tiene. La fantasía y la imaginación son placenteras, engañosas y deben ser totalmente desterradas. Toda forma de mito, fantasía e imaginación tiene que ser comprendida, y esta comprensión misma las despoja de su significado. Aquello estaba ahí, y lo que había comenzado como imaginación, cesó. ¡Qué gran significado puede tener la meditación cuando la realidad está ahí! No fue la meditación lo que hizo que la realidad se manifestara, nada puede hacerlo; la realidad estaba ahí a pesar de la meditación, pero lo que se necesitaba era un cerebro muy sensible, alerta, que hubiera puesto fin de manera completa, fácil y voluntaria a su parloteo de razones y sinrazones. El cerebro se había vuelto muy silencioso, viendo y escuchando sin interpretar, sin clasificar; estaba quieto y no había entidad alguna que lo aquietara ni necesidad de hacerlo. El cerebro estaba muy silencioso y muy activo. Esa inmensidad llenaba la noche y había bienaventuranza.

Ello no tenía relación con cosa alguna; no procuraba moldear, cambiar, afirmar nada; no podía ser influido y, en consecuencia, era inexorable. No hacía el bien, no reformaba;

no se tornaba respetable y, por ende, era sumamente destructivo. Pero ello era amor, no el amor que la sociedad cultiva, esa cosa torturada. Era la esencia del movimiento de la vida. Estaba ahí, implacable, destructivo, con una ternura que sólo lo nuevo –como la nueva hoja de primavera– conoce y puede revelar. Y había una fuerza más allá de toda medida y el poder que sólo la creación posee. Y todas las cosas permanecían quietas. Esa única estrella que asomaba por encima del cerro ahora estaba bien alta, destacándose brillante en su soledad.

NUEVA DELHI, 31 DE OCTUBRE DE 1956

Interlocutor: ¿Cómo puedo experimentar a Dios, lo cual daría un significado a mi tediosa vida? Sin esa experiencia, ¿cuál es el propósito del vivir?

Krishnamurti: ¿Puedo comprender la vida directamente, o debo experimentar algo que dará un significado a la vida? ¿Entienden, señores? Para apreciar la belleza, ¿debo saber cuál es su propósito? El amor, ¿debe tener una causa? Y si hay una causa para el amor, ¿es amor eso? El interlocutor dice que debe tener cierta experiencia que dará un significado a la vida, lo cual implica que para él la vida no es importante en sí misma. Por lo tanto, al buscar a Dios, está en realidad escapando de la vida, escapando del dolor, de la belleza, de la fealdad, de la ira, de la mezquindad, de los celos y del deseo de poder, de la extraordinaria complejidad del vivir. Todo eso es la vida, y como él no la comprende, dice: «Encontraré alguna cosa más grande que dará un significado a la vida».

Por favor, presten atención a lo que estoy diciendo, pero no sólo en el nivel verbal, intelectual, porque entonces tendrá muy poco sentido. Pueden hilar un montón de palabras con respecto a todo esto, leer todos los libros sagrados del país, pero será inútil porque no estará relacionado con la vida de ustedes, con su existencia cotidiana.

¿Qué es nuestro vivir? ¿Qué es esta cosa que llamamos nuestra existencia? Muy simplemente, no filosóficamente, es una serie de experiencias de placer y dolor; y lo que nosotros queremos es evitar los dolores mientras nos aferramos a los placeres. El placer del poder, de ser un gran hombre en el gran mundo, el placer de dominar a la pequeña esposa o al marido, el pesar, la frustración, el miedo y la ansiedad que acompañan a la ambición, la fealdad de adular al hombre importante, etc., todo eso contribuye a componer nuestro diario vivir. O sea, lo que llamamos el vivir es una serie de recuerdos dentro del campo de lo conocido. Funcionando en el campo de lo conocido –siendo lo conocido el conocimiento, la experiencia y el recuerdo de esa experiencia–, la mente dice: «Debo conocer a Dios». Por lo tanto, conforme a su tradición, a sus ideas, a su condicionamiento, proyecta una entidad a la que llama «Dios»; pero esa entidad es el resultado de lo conocido, sigue estando dentro del campo del tiempo.

Por consiguiente, ustedes pueden descubrir con claridad, con verdad, pueden experimentar realmente si Dios existe o no, sólo cuando la mente está por completo libre de lo conocido. Por cierto, ese algo que puede ser llamado Dios o la verdad tiene que ser totalmente nuevo, irreconocible, y una mente que lo aborda a través del conocimiento, de la experiencia, de las ideas y virtudes acumuladas, está tratando de capturar lo desconocido mientras sigue viviendo en el campo de lo conocido, lo cual es una imposibilidad. Todo lo que la mente puede hacer es investigar si le es posible liberarse de lo conocido. Estar libre de lo conocido es estar libre de todas las impresiones del pasado, de todo el peso de la tradición. La mente misma es producto de lo conocido, ha sido creada por el tiempo como el «yo» y el «no yo», que es el conflicto de la dualidad. Si lo conocido cesa por completo, tanto consciente como inconscientemente –y yo digo que eso *es* posible, lo

digo no como algo teórico–, entonces uno jamás preguntará si Dios existe, porque una mente así es, en sí misma, inconmensurable. Como el amor, tiene su propia eternidad.

OJAI, 5 DE JULIO DE 1953

Conociendo todo su contenido, sus rechazos, sus resistencias, sus actividades disciplinarias, sus diversos esfuerzos en pos de la seguridad, todo lo que condiciona y limita su pensar, ¿puede la mente, como un proceso integrado, estar totalmente libre para descubrir aquello que es eterno? Porque sin ese descubrimiento, sin la experiencia de esa realidad, todos nuestros problemas con sus soluciones conducen sólo a más desdichas y desastres. Eso es obvio, pueden verlo en la existencia de todos los días. Individual, política, internacionalmente, en todas las actividades, estamos engendrando cada vez más daño, lo cual es inevitable mientras no hayamos experimentado ese estado religioso, ese estado que es experimentable sólo cuando la mente es por completo libre.

Después de escuchar esto, ¿pueden ustedes, aunque sea por un segundo, saber qué es la libertad? No pueden saberlo por el mero hecho de que yo lo esté sugiriendo, porque entonces eso sería sólo una idea, una opinión sin significado alguno. Pero si han seguido esto con mucha seriedad, están comenzando a percibir inteligentemente el proceso del propio pensamiento, de su dirección, de sus propósitos y motivos; y, al percibirlo así, es inevitable que lleguen a un estado en el que la mente ya no busca, no elige, no lucha por lograr. Habiendo percibido su proceso total, la mente se vuelve extraordinariamente silenciosa, sin tendencia alguna, sin ninguna acción de la voluntad. La voluntad sigue siendo deseo, ¿no

es así? El hombre que es ambicioso en el sentido mundano, tiene un fuerte deseo de lograr cosas, de alcanzar el éxito, de hacerse famoso, y para afirmar su propia importancia ejercita la voluntad. De igual modo, ejercitamos la voluntad para desarrollar virtud, para alcanzar un estado que llamamos espiritual. Pero yo hablo de algo por completo diferente que está exento de todo deseo, de toda acción que implique escapar, de toda compulsión por ser esto o aquello.

Al examinar lo que estoy diciendo, ustedes ejercitan la razón, ¿no es así? Pero la razón puede llevarles sólo hasta ahí y no más allá. Debemos, obviamente, ejercitar la razón, la capacidad de desarrollar por completo un razonamiento sin detenernos a mitad de camino. Pero cuando la razón ha alcanzado su límite y no puede ir más allá, entonces la mente ya no es el instrumento de la razón, del ingenio, del cálculo, del ataque y la defensa, porque el centro mismo del cual surgen todos nuestros pensamientos, todos nuestros conflictos, ha llegado a su fin.

Por lo tanto, ahora que han escuchado, seguramente están comenzando a percibirse a sí mismos de instante en instante, en las distintas actividades que desarrollan durante el día. La mente comienza a conocerse a sí misma con todas sus desviaciones, sus resistencias, creencias, búsquedas, ambiciones, temores, su impulso por realizarse. Al darse cuenta la mente de todo esto, ¿no puede, aunque sólo sea por un instante, estar totalmente silenciosa, conocer un silencio en el cual hay libertad? Y cuando existe esa libertad del silencio, ¿acaso la mente misma no es eterna?

Para experimentar lo desconocido, la mente misma debe ser lo desconocido. La mente, hasta aquí, es el resultado de lo conocido. ¿Qué son ustedes sino la acumulación de lo conocido, de todos sus infortunios, sus vanidades, sus ambiciones, penas, realizaciones y frustraciones? Todo eso es lo conocido, lo conocido en tiempo y espacio; y mientras la mente esté funcionando dentro del campo del tiempo, de lo cono-

cido, nunca puede ser lo desconocido, sólo puede continuar experimentando lo que ha conocido. Por favor, esto no es nada complicado ni misterioso. Estoy describiendo hechos obvios de nuestra existencia cotidiana. Cargada con lo conocido, la mente busca descubrir lo desconocido. ¿Cómo es posible? Todos hablamos de Dios: en todas las religiones, en todas las iglesias y los templos se usa esa palabra, pero siempre es la imagen de lo conocido. Sólo los muy, muy pocos que dejan todas las iglesias, los templos, los libros, van más allá y descubren.

En la actualidad, la mente es el resultado del tiempo, de lo conocido, y cuando una mente así empieza a descubrir, puede descubrir sólo lo que ya ha experimentado, que es lo conocido. Para descubrir lo desconocido, la mente de ustedes tienen que liberarse por completo de lo conocido, del pasado, no mediante un lento análisis, no sondeando poco a poco dentro del pasado, interpretando todos los sueños, todas las reacciones, sino viendo completa e instantáneamente la verdad de todo esto, mientras están sentados ahí. En tanto la mente sea el resultado del tiempo, de lo conocido, jamás podrá dar con lo desconocido, que es Dios, la realidad, o el nombre que quieran darle. Ver la verdad de eso libera a la mente del pasado. No interpreten inmediatamente la libertad respecto del pasado como el ignorar cuál es el camino a la propia casa. Eso es amnesia. No lo reduzcan a un pensar tan infantil. Pero la mente se ha liberado en el momento en que ve la verdad de que no puede dar con lo real, con ese estado extraordinario de lo desconocido, cuando está cargada con lo conocido. El conocimiento, la experiencia, es el «yo», el ego, el sí mismo que ha acumulado, acopiado; por lo tanto, debe cesar todo conocimiento, toda experiencia debe ser dejada de lado. Y cuando existe el silencio de la libertad, ¿no es la mente misma lo eterno? Por lo tanto, está experimentando algo totalmente nuevo, y eso nuevo es lo real; pero para experimentarlo la mente debe ser eso. Por favor, no di-

gan que la mente es la realidad. No lo es. La mente puede experimentar la realidad sólo cuando se halla completamente libre del tiempo.

Todo este proceso de descubrimiento es religión. Por cierto, la religión no es aquello en que ustedes creen, no tiene nada que ver con el hecho de que sean cristianos, budistas, musulmanes o hindúes. Esas cosas no significan nada, son un obstáculo, y la mente que quiera descubrir debe despojarse por completo de todas ellas. Para ser nueva, la mente debe estar sola. Para que pueda existir la creación, que es eterna, la mente misma debe hallarse en ese estado, a fin de recibirla. Pero mientras esté llena de sus propios afanes y sus luchas, mientras esté agobiada por los conocimientos y complicada por los bloqueos psicológicos, la mente jamás podrá estar libre para recibir, para comprender, para descubrir.

Una persona verdaderamente religiosa no es la que se halla incrustada de creencias, dogmas y rituales. No tiene creencia alguna, vive de instante en instante sin acumular jamás ninguna experiencia; por lo tanto, sólo esa persona es un ser verdaderamente revolucionario. La verdad no es una continuidad en el tiempo; debe ser descubierta de nuevo a cada instante. La mente que acumula, que guarda, que atesora cada experiencia, no puede vivir de instante en instante descubriendo lo nuevo.

Aquellos que en verdad son serios, que no son diletantes, que no juegan meramente con todo esto, tienen una importancia extraordinaria en la vida, porque ellos se volverán una luz para sí mismos y, tal vez, para los demás. Hablar de Dios sin experimentar, sin tener una mente por completo libre y, en consecuencia, abierta a lo desconocido, tiene muy poco valor. Es como las personas adultas que se divierten con juguetes; y cuando nos divertimos con juguetes a los que llamamos «religión», estamos creando más confusión y mayor desdicha.

Ojai, 5 de julio de 1953

Sólo cuando comprendemos todo el proceso del pensar, cuando ya no estamos atrapados en nuestro propio pensamiento, la mente tiene posibilidad de hallarse en silencio. Sólo entonces puede manifestarse lo eterno.

OJAI, 21 DE AGOSTO DE 1955; CHARLA

Es un hecho obvio que los seres humanos necesitan algo que puedan venerar. Casi todos deseamos tener algo sagrado en nuestras vidas y, o bien acudimos a los templos, las mezquitas e iglesias, o tenemos otros símbolos, otras imágenes e ideas que veneramos. La necesidad de venerar algo parece muy urgente, porque deseamos ser arrancados de nosotros mismos e introducidos en algo más grande, más amplio, profundo y permanente. Así comenzamos a inventar maestros, instructores, seres divinos en el cielo o en la Tierra; inventamos diversos símbolos, la cruz, la media luna y demás. Si nada de eso resulta satisfactorio, especulamos acerca de lo que se encuentra más allá de la mente, sosteniendo que es algo sagrado, algo que debemos venerar. Eso es lo que ocurre en nuestra existencia cotidiana y creo que casi todos somos muy conscientes de ello. Este esfuerzo se genera siempre dentro del campo de lo conocido, dentro del campo de la mente, de la memoria, y jamás parecemos capaces de romper con ello y encontrar algo sagrado que no haya fabricado la mente.

Me gustaría, si puedo, investigar esta cuestión de si existe realmente algo sagrado, algo inconmensurable que la mente no puede penetrar. Para investigar eso, tiene que haber, obviamente, una revolución en nuestro pensar, en nuestros va-

lores. No me refiero a una revolución económica o social, la cual es meramente inmadura; puede afectar superficialmente nuestras vidas, pero en lo fundamental no es una revolución en absoluto. Hablo de la revolución que tiene lugar por medio del conocimiento propio, no del conocimiento propio superficial que se obtiene examinando el pensamiento en la superficie de la mente, sino de las recónditas profundidades del conocimiento propio.

Una de nuestras mayores dificultades es, por cierto, este hecho de que todo nuestro esfuerzo se desarrolla dentro del campo del reconocimiento. Al parecer, funcionamos sólo dentro de los límites de aquello que somos capaces de reconocer, o sea, dentro del campo de la memoria. ¿Es posible para la mente ir más allá de ese campo?

Por favor, si se me permite sugerirlo, observen su propia mente mientras estoy hablando, porque quiero investigar esto más bien profundamente, y si ustedes sólo siguen la explicación verbal sin aplicar inmediatamente lo que escuchan, la explicación no tendrá significado alguno. Si escuchan y dicen: «Mañana pensaré en ello», entonces se acabó, eso no tiene ningún valor. Pero si prestan atención completa a lo que se dice y son capaces de aplicarlo, lo cual implica que están atentos a sus propios procesos intelectuales y emocionales, entonces verán que lo que digo tiene significación inmediata.

* * *

Vean, nosotros pensamos que comprendemos las cosas acumulando conocimientos, comparando. Por cierto, de ese modo no comprendemos. Si ustedes comparan una cosa con otra, se pierden meramente en la comparación. Pueden comprender algo sólo cuando le dedican atención completa, y cualquier forma de comparación o evaluación no hace sino distraer.

El conocimiento propio no es, entonces, acumulativo, y creo que es muy importante que eso se comprenda. Si el conocimiento propio es acumulativo, es meramente mecánico. Es como el conocimiento de un médico que ha aprendido una técnica y se especializa perpetuamente en cierta parte del cuerpo. Un cirujano puede ser un excelente mecánico en su cirugía porque ha aprendido la técnica, tiene el conocimiento y el don para ello, y está la experiencia acumulativa que le ayuda. Pero no hablamos de tal experiencia acumulativa. Por el contrario, cualquier forma de conocimiento acumulativo destruye el descubrimiento ulterior; pero cuando uno descubre, entonces tal vez pueda usar la técnica acumulativa.

Lo que estoy diciendo es, por cierto, muy simple. Si uno es capaz de estudiarse, de observarse a sí mismo, comienza a descubrir cómo la memoria acumulativa está actuando en todo lo que vemos: uno está permanentemente evaluando, descartando o aceptando, condenando o justificando; por lo tanto, nuestra experiencia está siempre dentro del campo de lo conocido, de lo condicionado. Pero sin la memoria acumulativa para orientarnos, casi todos nos sentimos perdidos, atemorizados y, en consecuencia, somos incapaces de observarnos tal como somos. Cuando existe este proceso acumulativo que es el cultivo de la memoria, nuestra observación propia se vuelve muy superficial. La memoria es útil para orientarnos, para mejorarnos, pero en el mejoramiento propio jamás puede haber una revolución, una transformación radical. Sólo cuando este sentido de mejoramiento propio cesa por completo, pero no por un acto de la voluntad, hay posibilidad de que algo transcendental, algo totalmente nuevo se manifieste.

* * *

Si alguien señala la inutilidad de repetir lo que otros dicen, de depender de la evidencia de otros, la cual puede ser

una tontería, entonces ustedes deben decir seguramente: «No sé». Ahora bien, si uno puede llegar realmente a ese estado de decir «no sé», ello indica un estado extraordinario de humildad; no existe la arrogancia del conocimiento, no hay una respuesta autoritaria a fin de impresionar. Cuando uno puede decir de verdad «no sé», lo cual muy pocos son capaces de decir, entonces en ese estado cesa todo temor, porque ha llegado a su fin todo sentido de reconocimiento, de indagación en la memoria; ya no hay un inquirir en el campo de lo conocido. Entonces adviene esa cosa extraordinaria. Si han seguido hasta aquí lo que estoy diciendo, si lo han seguido no sólo verbalmente, sino que de verdad lo experimentan, encontrarán que cuando pueden decir «no sé», ha cesado todo condicionamiento. ¿Cuál es, entonces, el estado de la mente? ¿Entienden de qué hablo? ¿Soy claro? Creo que es importante que dediquen a esto un poco de atención, si es que les interesa.

Vean, nosotros buscamos algo permanente, permanente en el sentido del tiempo, algo duradero, eterno. Vemos que todo lo que nos rodea es transitorio, fluye –habiendo nacido, se marchita y muere–, y nuestra búsqueda es siempre para establecer algo que perdure dentro del campo de lo conocido. Lo conocido opera sólo a través del pensamiento, que es la respuesta de la memoria al reto. Si veo eso y quiero descubrir cómo poner fin al pensar, ¿qué debo hacer? Por cierto, mediante el conocimiento propio debo percatarme de todo el proceso de mi pensar. Debo ver que cada pensamiento, por sutil o excelso, por innoble o estúpido que sea, tiene sus raíces en lo conocido, en la memoria. Si veo eso con claridad, entonces la mente, al enfrentarse con un problema inmenso, es capaz de decir «no sé», porque no tiene ninguna respuesta. Entonces todas las respuestas –del Buda, del Cristo, de los Maestros, instructores, gurúes– no tienen sentido; porque si tienen un sentido, ese sentido nace de la colección de recuerdos que es mi condicionamiento.

Si veo la verdad de todo eso y realmente descarto todas las respuestas, cosa que puedo hacer sólo cuando existe esta inmensa humildad del no saber, ¿cuál es, entonces, el estado de la mente? ¿Cuál es el estado de la mente que dice: «No sé si Dios existe, si el amor existe», o sea, cuando no hay respuesta de la memoria? Por favor, no se contesten inmediatamente a sí mismos, porque si lo hacen, la respuesta de ustedes será meramente el reconocimiento de lo que piensan que debería o no debería ser ese estado. Si dicen: «Es un estado de negación», lo están comparando con algo que ya conocen; por lo tanto, no existe ese estado en el que uno dice: «No sé».

Estoy tratando de investigar este problema en voz alta, de modo que también ustedes puedan seguir la investigación observando la propia mente. Ese estado en que la mente dice: «No sé», no es una negación. La mente ha dejado por completo de buscar, ha dejado de hacer cualquier movimiento, porque ve que cualquier movimiento desde lo conocido hacia esa cosa que ella llama lo desconocido, es sólo una proyección de lo conocido. La mente que es capaz de decir: «No sé», se halla en el único estado en que algo puede ser descubierto. Pero el hombre que dice: «Yo sé», el hombre que ha estudiado infinitamente las variedades de la experiencia humana y cuya mente está recargada de información, de conocimientos enciclopédicos, ¿puede alguna vez experimentar algo que no sea para acumularse? Lo encontrará extremadamente difícil. Cuando la mente descarta por completo el conocimiento que ha adquirido, cuando para ella no existen Budas ni Cristos ni maestros ni instructores ni religiones ni citas, cuando está completamente sola, incontaminada –lo cual implica que ha llegado a su fin el movimiento de lo conocido–, sólo entonces es posible una revolución tremenda, un cambio fundamental. Un cambio así es, obviamente, necesario; y sólo los pocos –ustedes y yo, o x– que han producido en sí mismos esta revolución, son capaces de crear un mundo nuevo, no así los idealistas ni los intelec-

tuales ni las personas que poseen inmensos conocimientos o que realizan buenas obras. Ellos no lo harán, son todos reformadores. El hombre religioso es el que no pertenece a ninguna religión, a ninguna nación, a ninguna raza, es el que está completamente solo en lo interno, en un estado de no saber, de no conocer. Y para él se manifiesta la bienaventuranza de lo sagrado.

OJAI, 21 DE AGOSTO DE 1955; PREGUNTAS

Interlocutor: La función de la mente es pensar. He pasado muchísimos años pensando en las cosas que todos conocemos: negocios, ciencia, filosofía, psicología, artes, etc., y ahora pienso mucho en Dios. Habiendo estudiado la evidencia de numerosos místicos y otros escritores religiosos, estoy convencido de que Dios existe y puedo contribuir con mis propios pensamientos sobre el tema. ¿Qué hay de malo en esto? Pensar en Dios, ¿no ayuda a la realización de Dios?

Krishnamurti: ¿Acaso puede usted pensar en Dios? ¿Puede estar convencido de la existencia de Dios porque haya leído toda la evidencia al respecto? El ateo también tiene su evidencia; probablemente ha estudiado tanto como usted y dice que Dios no existe. Usted cree que hay Dios y él cree que no lo hay; ambos tienen creencias, ambos pasan el tiempo pensando en Dios. Pero antes de que uno piense acerca de algo que no conoce, debe averiguar qué es el pensar, ¿verdad? ¿Cómo puede usted pensar acerca de algo que no conoce? Puede haber leído la Biblia, el Bhagavad Gita u otros libros en los que diversos doctos eruditos han descrito hábilmente lo que es Dios, afirmando esto y contradiciendo aquello, pero mientras no conozca usted el proceso de su propio pensar, lo que piensa acerca de Dios puede ser tonto e insignifi-

cante; por lo general, lo es. Podrá coleccionar un montón de evidencias sobre la existencia de Dios y escribir artículos muy ingeniosos al respecto, pero la primera pregunta es, por cierto: ¿Cómo sabe que lo que usted piensa es verdadero? ¿Puede alguna vez el pensar dar origen a la experiencia de lo incognoscible? Lo cual no quiere decir que usted debe *aceptar* incondicionalmente, sentimentalmente, cualquier tontería acerca de Dios.

¿No es importante, pues, descubrir si su mente está condicionada, antes que buscar aquello que es incondicionado? Por cierto, si su mente está condicionada, como lo está, por mucho que pueda inquirir en la realidad de Dios, sólo puede reunir conocimientos o información de acuerdo con su condicionamiento. De modo que su pensar acerca de Dios es una total pérdida de tiempo, una especulación carente de valor. Es como si yo, sentado en medio de esta arboleda, deseara estar en la cima de aquella montaña que se ve al fondo. Si realmente quiero saber qué hay en la cima de la montaña y más allá, debo ir y averiguarlo. De nada sirve que esté sentado aquí especulando, construyendo templos, iglesias, y excitándome al respecto. Lo que tengo que hacer es tomar impulso, levantarme, caminar, luchar, llegar allá y descubrir; pero como muy pocos de nosotros estamos dispuestos a hacerlo, nos satisfacemos con estar sentados aquí especulando sobre algo que no conocemos. Y yo digo que la especulación es un obstáculo, deteriora la mente y no tiene ningún valor; sólo trae más confusión, más dolor al hombre.

Dios es algo de lo que no se puede hablar, algo que no puede ser descrito, que no puede ser expresado en palabras, porque debe permanecer siempre siendo lo desconocido. Tan pronto tiene lugar el proceso de reconocimiento, está uno de vuelta en el campo de la memoria. ¿Comprende? Digamos, por ejemplo, que usted tiene una experiencias momentánea de algo extraordinario. En ese instante preciso, no hay un pensador que diga: «Debo recordar esto». Sólo existe el esta-

do de experimentar. Pero cuando ese momento pasa, surge el proceso de reconocimiento. Por favor, siga esto. La mente dice: «He tenido una experiencia maravillosa y desearía tener más de eso», y así comienza la lucha por el «más». El instinto adquisitivo, la búsqueda posesiva aparece por diversas razones: porque nos da placer, prestigio, conocimiento, porque nos convierte en una autoridad, etc., todo ese disparate.

La mente persigue lo que ella ha experimentado, pero lo que ha experimentado ya pasó, está muerto, acabado. Para descubrir «lo que es», la mente debe morir a lo que ha experimentado. Esto no es algo que pueda ser cultivado día tras día, que pueda ser reunido, acumulado, retenido, para después hablar y escribir al respecto. Todo lo que podemos hacer es ver que la mente está condicionada y, mediante el conocimiento propio, comprender el proceso de nuestro propio pensar. Tengo que conocerme a mí mismo, no como quisiera ser idealmente, sino como soy de hecho, por feo, hermoso, celoso, envidioso o codicioso que pueda ser. Pero es muy difícil ver simplemente lo que uno es sin desear cambiarlo, y ese deseo mismo de cambiarlo es otra forma de condicionamiento; y así proseguimos, moviéndonos de condicionamiento en condicionamiento, jamás experimentando algo más allá de lo limitado.

I: Yo le he escuchado durante muchos años y he llegado a ser muy hábil en la observación de mis propios pensamientos y en estar alerta a lo que hago, pero jamás he alcanzado las aguas profundas ni he experimentado la transformación de que usted habla. ¿Por qué?

K: Creo que es bastante evidente por qué ninguno de nosotros experimenta de hecho algo más allá del mero observar. Puede haber raros momentos de un estado emocional en el que vemos, por decirlo así, la claridad del cielo entre las nu-

bes, pero no me refiero a nada de ese tipo. Tales experiencias son todas transitorias y muy poco significativas. El interlocutor quiere saber por qué, después de estos numerosos años de observar, no ha encontrado las aguas profundas. ¿Por qué debería encontrarlas? ¿Comprende? Usted piensa que observando sus propios pensamientos va a obtener una recompensa: que si hace esto, obtendrá aquello. De hecho, no observa en absoluto, porque su mente se interesa en ganar un premio. Usted piensa que observando, estando alerta, será más afectuoso, sufrirá menos, será menos irritable, obtendrá algo más; por lo tanto, su observar es un proceso de comprar. Con esta moneda está comprando aquello, lo cual implica que su observación es un proceso de optar; por consiguiente, eso no es observación, no es atención. Observar es hacerlo sin opción alguna, verse uno mismo tal como uno es, sin movimiento alguno del deseo por cambiarlo, lo cual es una tarea extremadamente difícil; pero eso no quiere decir que uno tenga que permanecer en su presente estado. Usted no sabe qué ocurrirá si se ve a sí mismo como es, sin desear producir un cambio en lo que ve. ¿Comprende?

Voy a tomar un ejemplo y a desarrollarlo, y lo verá. Digamos que soy violento, como lo es la mayoría de la gente. Toda nuestra cultura es violenta... pero no examinaré ahora la anatomía de la violencia, porque no es el problema que estamos considerando. Soy violento, y me doy cuenta de que soy violento. ¿Qué ocurre? Mi respuesta inmediata es que debe hacer algo al respecto, ¿no es así? Digo que debo volverme no violento. Eso es lo que todos los instructores religiosos nos han dicho durante siglos: que si uno es violento, debe volverse no violento. Por consiguiente, practico, hago toda clase de cosas ideológicas. Pero ahora veo lo absurdo que es eso, porque la entidad que observa la violencia y desea cambiarla en no violencia, sigue siendo violenta. De modo que me intereso, no en la expresión de esa entidad, sino en la entidad misma. Espero que estén siguiendo todo esto.

Ahora bien, ¿qué es esa entidad que dice: «No debo ser violento»? Esa entidad, ¿es diferente de la violencia que ella ha observado? ¿Son dos estados diferentes? ¿Comprenden, señores, o esto es demasiado abstracto? Por cierto, la violencia y la entidad que dice: «Debo cambiar la violencia en no violencia», son la misma cosa. Reconocer ese hecho es poner fin a todo conflicto, ¿no es así? No existe ya el conflicto de tratar de cambiar, porque veo que el movimiento mismo de la mente para ser no violenta es resultado de la violencia.

El interlocutor quiere saber por qué no puede ir más allá de todas estas disputas superficiales de la mente. Por la simple razón de que, consciente o inconscientemente, la mente está siempre buscando algo, y esa búsqueda misma engendra violencia, competencia, la sensación de un descontento absoluto. Sólo cuando la mente está por completo silenciosa, hay una posibilidad de alcanzar aguas profundas.

I: Cuando morimos, ¿renacemos en esta tierra, o pasamos a algún otro mundo?

K: Esta pregunta nos interesa a todos, a los jóvenes y a los viejos, ¿no es así? Por lo tanto, voy a investigar esto más bien profundamente, y espero que tengan la bondad de seguirlo, de seguir no sólo las palabras, sino la vivencia real de lo que voy a discutir con ustedes.

Todos sabemos que la muerte existe, especialmente los viejos, y también los jóvenes que la observan. Los jóvenes dicen: «Esperemos hasta que llegue y nos las habremos con ella». Y los viejos, que están más cerca de la muerte, recurren a diversas formas de consuelo.

Por favor, sigan esto y aplíquenlo a sí mismos, no lo pongan en la cuenta de otra persona. A causa de que saben que van a morir, tienen teorías al respecto, ¿no es así? Creen en Dios. Creen en la resurrección o en el karma y la re-

encarnación. Dicen que renacerán aquí o en otro mundo. O racionalizan la muerte diciendo que la muerte es inevitable, que todo tiene que morir; el árbol se marchita, nutre el suelo y surge un nuevo árbol. O bien están ustedes demasiado ocupados con sus dificultades cotidianas, sus ansiedades, sus celos, su competencia y sus riquezas, como para pensar en absoluto acerca de la muerte. Pero ella está en nuestra mente; de manera consciente o inconsciente, está ahí.

Ante todo, ¿pueden ustedes liberarse de las creencias, las racionalidades o la indiferencia que han cultivado con respecto a la muerte? ¿Pueden liberarse de todo eso ahora? Porque lo importante es entrar en la casa de la muerte mientras vivimos, mientras estamos plenamente conscientes, activos, saludables, y no esperar la llegada de la muerte, la cual puede arrebatarles en un instante a causa de un accidente, o de una enfermedad que poco a poco les sume en la inconsciencia. Cuando la muerte llega, debe ser un instante extraordinario, tan vital como el vivir.

Y bien, ¿puedo, pueden ustedes entrar en la casa de la muerte mientras viven? Ése es el problema, no si hay reencarnación o si hay otro mundo en el que habrán de renacer, ¡todo lo cual es tan inmaduro, tan infantil! Un hombre que vive jamás pregunta qué es el vivir ni tiene teorías acerca de vivir. Sólo el que vive a medias habla acerca del propósito de la vida.

¿Podemos, pues, ustedes y yo, mientras estamos vivos, conscientes, activos, en la plenitud de nuestras capacidades cualesquiera que fueren, saber qué es la muerte? ¿Y es, entonces, la muerte diferente del vivir? Para la mayoría de nosotros, el vivir es una continuación de aquello que consideramos permanente. Nuestro nombre, nuestra familia, nuestra propiedad, las cosas en que tenemos un interés establecido económica y espiritualmente, las virtudes que hemos cultivado, las cosas que hemos adquirido emocionalmente; que-

remos que continúe todo eso. Y el instante que llamamos muerte es el instante de lo desconocido. Por eso nos atemoriza, por eso tratamos de encontrar un consuelo, alguna clase de confortación; deseamos saber si hay vida después de la muerte y muchísimas cosas más. Son todos problemas improcedentes, problemas para los perezosos, para aquéllos que no quieren descubrir qué es la muerte mientras viven. ¿Podemos, pues, descubrirlo ustedes y yo?

¿Qué es lamuerte? Es, por cierto, la terminación de todo lo que hemos conocido. Si no es la terminación de todo lo que hemos conocido, no es muerte. Si uno conoce la muerte ya, entonces no tiene nada que temer. ¿Pero conocen ustedes las muerte? O sea, ¿pueden, mientras viven, poner fin a esta lucha por encontrar en lo impermanente algo que continúe? ¿Pueden conocer lo incognoscible, ese estado que llamamos muerte, mientras viven? ¿Pueden desechar todas las descripciones de lo que ocurre después de la muerte, descripciones que han leído en los libros o que les dicta su inconsciente deseo de confortación, y probar o experimentar ese estado –que debe ser extraordinario– *ahora*? Si ese estado puede ser experimentado ahora, entonces el vivir y el morir son la misma cosa.

¿Puedo, pues, yo, que poseo una vasta educación, conocimiento, que he tenido innumerables experiencias, luchas, amores, odios, puede ese «yo» llegar a su fin? El «yo» es la memoria registrada de todo eso; y, ¿puede ese «yo» llegar a su fin? Sin que termine con nosotros un accidente o una enfermedad, ¿podemos ustedes y yo, mientras estamos sentados aquí, conocer ese fin? Entonces encontrarán que ya no formulan preguntas tontas acerca de la muerte y la continuidad, o acerca de si hay un mundo más allá de éste. Entonces conocerán la respuesta por sí mismos, porque aquello que es incognoscible se habrá manifestado. Entonces descartarán toda la jerigonza de la reencarnación y habrán tocado a su fin los numerosos temores: el temor de vivir y el temor de

morir, el temor de envejecer e infligir a otros la molestia de tener que cuidarlos, el temor a la soledad y a la dependencia... Éstas no son palabras vanas. Sólo cuando la mente deja de pensar en términos de su propia continuidad, se manifiesta lo incognoscible.

SAANEN, 2 DE AGOSTO DE 1964

Quisiera hablar sobre el significado de la religión, no sólo explicarlo verbalmente, sino también comprenderlo en profundidad. Pero antes de que podamos penetrar a fondo en esta cuestión, tendremos que tener muy claro qué es la mente religiosa y cuál es el estado de una mente que de verdad investiga todo el problema de la religión.

Me parece muy importante comprender la diferencia entre el aislamiento y la madura soledad del ser *[aloneness]*. La mayor parte de nuestra actividad cotidiana se concentra en torno a nosotros mismos; se basa en nuestro punto de vista particular, en nuestras experiencias e idiosincrasias particulares. Pensamos en términos de nuestra familia, de nuestro trabajo, de lo que deseamos lograr, y también en términos de nuestros temores, esperanzas y desesperanzas. Todo esto es, obviamente, egocéntrico y genera un estado de aislamiento, como podemos verlo en nuestra vida cotidiana. Tenemos nuestros propios deseos secretos, nuestras búsquedas y ambiciones ocultas, y jamás estamos profundamente relacionados con nadie, ni siquiera con nuestras esposas, nuestros maridos o nuestros hijos. Este aislamiento en nosotros mismos es, además, el resultado de fugarnos del aburrimiento diario, de las frustraciones y trivialidades de nuestra vida cotidiana. Es causado también por las múltiples maneras en que escapamos del extraordinario sentimiento de dolorosa soledad *[loneliness]* que se abate sobre nosotros cuando súbitamente

sentimos que no estamos relacionados con nada, que todo se encuentra distante y que no hay comunión ni relación alguna con nadie. Pienso que casi todos nosotros, si de algún modo somos conscientes del proceso de nuestro propio ser, hemos sentido muy profundamente esta soledad.

A causa de esta soledad, de este sentido de aislamiento, tratamos de identificarnos con algo más grande que la mente: puede ser el Estado o un ideal o un concepto de lo que es Dios. Esta identificación con algo grande o inmortal, algo fuera del campo de nuestro propio pensamiento, se llama generalmente religión, y conduce a la creencia, al dogma, al ritual, a las actividades separativas de los grupos competidores, cada uno creyendo en diferentes aspectos de la misma cosa. Así, lo que llamamos religión produce un aislamiento mayor aún.

Entonces uno ve que la Tierra está dividida en naciones que compiten entre sí, cada cual con su gobierno soberano y sus barreras económicas. Aunque todos somos seres humanos, hemos erigido muros entre nosotros y nuestros vecinos, a causa del nacionalismo, de la raza, de las castas y las clases, lo cual nuevamente engendra la soledad del aislamiento.

Ahora bien, una mente que se halla atrapada en esta soledad, en este estado de aislamiento, jamás puede comprender qué es la religión. Puede tener creencias, ciertas teorías, conceptos, fórmulas, puede tratar de identificarse con eso que llama Dios, pero la religión, a mi entender, no tiene nada que ver con ninguna creencia, con ningún sacerdote, con ninguna iglesia, con ningún libro de los que llaman sagrados. El estado de la mente religiosa puede ser comprendido sólo cuando comenzamos a comprender qué es la belleza, y la comprensión de la belleza debe ser abordada mediante la total y madura soledad del ser, por completo diferente de la separativa y dolorosa soledad del aislamiento. Cuando la mente está por completo sola en su madurez, únicamente así y en ningún otro estado, puede saber qué es la belleza.

Esta soledad, obviamente, no es aislamiento; tampoco es unicidad. Ser único es meramente ser de algún modo excepcional, mientras que el estar completamente solo y libre en lo interno exige extraordinaria sensibilidad, inteligencia y comprensión. Significa que la mente está exenta de cualquier clase de influencia y, por lo tanto, que no está contaminada por la sociedad. Ese estado de soledad es indispensable para comprender qué es la religión, lo cual implica descubrir por uno mismo si existe algo inmortal más allá del tiempo.

Tal como es ahora, la mente es el resultado de muchos miles de ayeres de influencia: influencia biológica, sociológica, ambiental, climática, alimentaria y demás. Eso es bastante obvio. Ustedes están influidos por el alimento que comen, por los periódicos que leen, por sus esposas o maridos, por el vecino, por el político, por la radio y la televisión y miles de otras cosas. Son constantemente influidos por lo que se derrama desde diferentes direcciones, tanto en lo consciente como en lo inconsciente. ¿Acaso no es posible darnos cuenta de todas estas múltiples influencias y permanecer totalmente incontaminados, sin que nos atrape ninguna de ellas? De lo contrario, la mente se vuelve nada más que en un instrumento de su medio. Puede engendrar una imagen de lo que ella piensa que es Dios, o la Verdad Eterna, y creer en esa imagen, pero una mente así sigue siendo moldeada por los requerimientos del medio, por las tensiones, supersticiones y presiones, y su creencia no es en absoluto el estado de una mente religiosa.

Como cristianos, ustedes han sido educados en una iglesia erigida por el hombre durante un período de dos mil años, una iglesia con sus sacerdotes, sus dogmas y rituales. En la infancia fueron bautizados y, a medida que iban creciendo, les dijeron en qué debían creer; pasaron por todo el proceso del condicionamiento, del lavado de cerebro. La presión de esta religión propagandista es, obviamente, muy fuerte, en especial porque está bien organizada y puede ejer-

cer su influencia psicológica por medio de la educación, de la adoración de imágenes, del temor... puede condicionar la mente de mil maneras más. En todo el Oriente, las personas también están densamente condicionadas por sus creencias, sus dogmas, sus supersticiones y por la tradición que se remonta a diez mil años o más.

Ahora bien, a menos que la mente tenga libertad no puede descubrir qué es lo verdadero, y tener libertad implica estar libre de las influencias. Ustedes tienen que estar libres de la influencia de su nacionalidad y de la influencia de su iglesia con sus creencias y dogmas, y también tienen que estar libres de la codicia, la envidia, el miedo, el dolor, la ambición, la competencia, la ansiedad. Si la mente no está libre de todas estas cosas, las diversas presiones que recibe desde afuera y desde lo profundo de sí misma crearán un estado contradictorio, neurótico, y una mente semejante no puede descubrir qué es lo verdadero o si existe algo más allá del tiempo.

Uno ve, pues, cuán necesario es para la mente estar libre de toda influencia. ¿Es eso posible? Si no es posible, entonces no puede haber descubrimiento de lo eterno, lo innominable, lo supremo. Para descubrir por nosotros mismos si eso es posible o no, debemos darnos cuenta de todas estas múltiples influencias, no sólo estando sentados aquí, sino también en nuestra vida cotidiana. Tenemos que observar cómo contaminan, moldean, condicionan a la mente. Es obvio que resulta imposible estar alerta todo el tiempo a las innumerables influencias que se vierten a raudales sobre la mente, pero uno puede ver lo importante que es estar libre de toda influencia –y pienso que ése es el quid de la cuestión–. Una vez que comprendemos la necesidad de eso, el inconsciente está alerta a la influencia, aun cuando a menudo la mente consciente pueda no estarlo.

¿Me expreso con claridad? Lo que trato de señalar es esto: Hay influencias extraordinariamente sutiles que mol-

dean nuestra mente, y una mente moldeada por influencias que están siempre dentro del campo del tiempo no puede descubrir lo eterno o si existe tal cosa como lo eterno. Por lo tanto, se suscita la pregunta: Si la mente consciente no puede estar alerta a todas las innumerables influencias, ¿qué ha de hacer? Si se formulan esta pregunta de manera muy seria e intensa, de modo tal que exija su atención completa, descubrirán que la parte inconsciente que no se encuentra totalmente ocupada cuando están funcionando las capas superficiales de la mente asume el mando y vigila todas las influencias que llegan a ella.

Pienso que es muy importante que esto se comprenda, porque si uno meramente resiste o se defiende contra el hecho de ser influido, esa resistencia, que es una reacción, crea un futuro condicionamiento de la mente. La comprensión del proceso total de la influencia ha de estar exenta de todo esfuerzo; debe tener la cualidad de la percepción inmediata. Es de este modo: Si vemos realmente por nosotros mismos la importancia tremenda de no ser influidos, entonces cierta parte de nuestra mente asume el mando de la cuestión toda vez que estamos conscientemente ocupados con otras cosas, y esa parte de la mente está muy activa, alerta, vigilante. Por lo tanto, lo que importa es ver inmediatamente el significado inmenso de no ser influidos por ninguna clase de circunstancia, por ninguna persona. Ése es el verdadero problema, no cómo resistir la influencia o qué hacer en caso de haber sido influidos. Una vez han captado el hecho fundamental, encontrarán que hay una parte de la mente que está siempre alerta y observando, siempre lista para liberarse de toda influencia, por sutil que sea. Desde esta libertad con respecto a todas las influencias adviene el estado de madura soledad que es completamente distinta de la soledad del aislamiento. Y tiene que existir esa soledad, porque la belleza está fuera del campo del tiempo, y sólo la mente madura, completamente sola, puede saber qué es la belleza.

Para la mayoría de nosotros la belleza es un asunto de proporción, forma, tamaño, contorno, color. Vemos un edificio, una montaña, un río, y decimos que eso es bello; pero ahí sigue estando el espectador externo, el experimentador que mira estas cosas y, por lo tanto, lo que él llama belleza está todavía dentro del campo del tiempo. Pero yo siento que la belleza está más allá del tiempo y que, si queremos conocer la belleza, tiene que llegar a su fin el experimentador. El experimentador es meramente una acumulación de experiencias desde la cual juzgamos, evaluamos, pensamos. Cuando la mente mira una pintura o escucha música o contempla el rápido fluir de un río, por lo general lo hace desde el trasfondo de la experiencia acumulada; mira desde el pasado, desde el campo del tiempo, y para mí eso no es, en absoluto, conocer la belleza. Es posible conocer la belleza –que es el descubrimiento de lo eterno– cuando la mente está por completo sola, únicamente así. Y eso no tiene nada que ver con lo que dicen los sacerdotes, con lo que dicen las religiones organizadas. La mente ha de hallarse totalmente libre de influencias, no debe estar contaminada por la sociedad, por la estructura psicológica de la codicia, la envidia, la ansiedad, el miedo. Debe estar completamente libre de todo eso. Gracias a esta libertad adviene la madura soledad del ser, y sólo en este estado de soledad puede la mente conocer aquello que está más allá del campo del tiempo.

La belleza y lo que está más allá del tiempo no pueden separarse. Uno puede pintar, puede escribir, puede observar la naturaleza, pero si hay cualquier forma de actividad del yo, cualquier movimiento egocéntrico del pensar, lo que uno percibe deja de ser belleza, porque sigue estando dentro del campo del tiempo. Y si no comprendemos la belleza, no podemos descubrir lo que es eterno, porque ambas cosas van juntas. Para descubrir lo que es eterno, inmortal, nuestra mente debe estar libre del tiempo –siendo el tiempo la tradición, el conocimiento acumulado y la experiencia pasada–.

No es cuestión de creer o no creer en algo; eso es inmaduro, completamente infantil y no tiene nada que ver con esta cuestión. Pero la mente que en serio, de veras quiere descubrir, habrá de abandonar por completo la actividad egocéntrica del aislamiento y, de tal modo, dará con un estado de total y madura soledad del ser. En ese estado, únicamente así, puede haber comprensión de la belleza, de aquello que es eterno.

Vean, las palabras son peligrosas porque son símbolos, y los símbolos no son lo real. Comunican un significado, un concepto, pero la palabra no es la cosa. Por eso, cuando hablo acerca de lo eterno, tienen que descubrir si son meramente influidos por mis palabras o si están atrapados en una creencia, todo lo cual sería demasiado infantil.

Ahora bien, para descubrir si lo eterno existe, uno debe comprender qué es el tiempo. El tiempo es una cosa de lo más extraordinaria. No me refiero al tiempo cronológico, al tiempo del reloj, que es tan obvio como necesario. Me refiero al tiempo como continuidad psicológica. ¿Es posible vivir sin esa continuidad? Lo que da continuidad es, por cierto, el pensamiento. Si uno piensa constantemente en algo, eso tiene una continuidad. Si uno mira todos los días un retrato de su esposa, le da una continuidad. ¿Es posible vivir en este mundo sin dar continuidad a nuestros actos, de modo que uno llegue con frescura a cada nueva acción? O sea, ¿puedo morir a cada acción a lo largo del día, de modo tal que la mente no acumule jamás y, por lo tanto, jamás esté contaminada por el pasado, sino que sea siempre nueva, fresca, inocente? Yo digo que eso es posible, que uno puede vivir de ese modo. Pero ello no quiere decir que ése sea un hecho para ustedes. Tienen que descubrirlo por sí mismos.

Así comienza uno a ver que la mente debe estar completamente sola, pero no aislada. En este estado de completa soledad adviene un sentido extraordinario de belleza, de algo no creado por la mente. Es algo que no tiene nada que ver

con reunir unas cuantas notas o usar unas cuantas pinturas para crear un cuadro; a causa de que está sola, la mente es parte de la belleza y, por lo tanto, es completamente sensible. Y, al ser completamente sensible, es inteligente. Su inteligencia no es la inteligencia del ingenio o del conocimiento, ni es la capacidad de hacer algo. Es inteligente en el sentido de que no es dominada, influida, de que no tiene miedo. Pero para hallarse en ese estado, la mente debe ser capaz de renovarse cada día, lo cual implica morir cada día al pasado, a todo lo que ha conocido.

Como dije, la palabra, el símbolo, no es lo real. La palabra *árbol* no es el árbol; por consiguiente, uno ha de estar muy alerta para no quedar atrapado en las palabras. Cuando la mente está libre de la palabra, del símbolo, se vuelve asombrosamente sensible, y entonces se halla en un estado de descubrimiento.

Después de todo, el hombre ha estado buscando esta cosa muchísimo tiempo, desde épocas muy antiguas hasta ahora. Quiere encontrar algo que no sea de su propia hechura humana. Si bien la religión organizada carace de sentido para cualquier persona inteligente, las religiones organizadas siempre han dicho que existe algo más allá. El hombre siempre ha buscado ese algo, porque vive eternamente en el dolor, en la desdicha, en la confusión, en la desesperación. Encontrándose siempre en un estado de transitoriedad, quiere encontrar algo permanente, duradero, perdurable, algo que tenga una continuidad; por lo tanto, su búsqueda ha estado siempre en el campo del tiempo. Pero, como uno puede observar, no hay nada permanente. Nuestras relaciones, nuestros trabajos, todo es impermanente. A causa de nuestro tremendo temor a esta impermanencia, estamos buscando siempre algo permanente que llamamos lo inmortal, lo eterno o el nombre que quieran darle. Pero esta búsqueda de lo permanente, lo inmortal, lo eterno, es meramente una reacción y, en consecuencia, carece de validez. Sólo cuando la mente se

halla libre de este deseo de estar segura, puede comenzar a descubrir si hay tal cosa como lo eterno, algo más allá del espacio, más allá del tiempo, más allá del pensador y de la cosa sobre la cual éste piensa o a la que busca. Observar y comprender todo esto requiere atención total y la cualidad flexible de la disciplina que surge de esa atención. En una atención así no hay distracción, no hay tensión, no hay movimiento en ninguna dirección particular, porque todo movimiento semejante, todo motivo, es el resultado de la influencia, ya sea del pasado o del presente. En ese estado de atención sin esfuerzo adviene un sentido extraordinario de libertad y, sólo entonces, estando totalmente vacía, quieta, silenciosa, la mente es capaz de descubrir aquello que es eterno.

Tal vez quieran ustedes formular preguntas acerca de lo que se ha dicho.

Interlocutor: ¿Cómo puede uno liberarse del deseo de estar seguro?

Krishnamurti: La palabra *cómo* implica un método, ¿no es así? Si usted es un constructor y yo le pregunto cómo construir una casa, usted puede decirme qué debo hacer, porque hay un método, un sistema, un modo de llevarlo a cabo. Pero el seguimiento de un método o un sistema ya ha condicionado a la mente, así que vea tan sólo la dificultad que implica el uso de la palabra *cómo*.

Luego también tenemos que comprender el deseo... ¿Qué es el deseo? Está la visión o percepción de algo, luego el contacto con ello, el tocarlo, después la sensación y finalmente el surgimiento de eso que llamamos deseo. Esto es, por cierto, lo que ocurre. Por favor, síganlo atentamente. Está el ver, digamos, un hermoso automóvil. Desde ese acto mismo de ver, aun sin haber tocado el automóvil, surge la sensación, la cual da origen al deseo de manejarlo, de poseerlo. No nos interesa cómo resistir el deseo o cómo librarnos

de él, porque el hombre que ha resistido y piensa que está libre del deseo, en realidad está paralizado, muerto. Lo importante es comprender todo el proceso del deseo, lo cual implica conocer tanto su importancia como su total falta de importancia. Uno tiene que descubrir, no cómo terminar con el deseo, sino qué es lo que da continuidad al deseo.

Ahora bien, ¿qué es lo que da continuidad al deseo? Es el pensamiento, ¿verdad? Primero está el acto de ver el automóvil, después la sensación, que es seguida por el deseo. Y si el pensamiento no interfiere ni da continuidad al deseo diciendo: «Debo tener ese automóvil, ¿cómo podré conseguirlo?», el deseo llega a su fin. ¿Entiende? No estoy insistiendo en que es necesario liberarse del deseo, al contrario. Pero usted debe comprender toda la estructura del deseo, y entonces encontrará que ya no hay más continuidad del deseo sino completamente otra cosa.

Lo importante, pues, no es el deseo, sino el hecho de que le damos continuidad. Por ejemplo, damos una continuidad a lo sexual mediante el pensamiento, las imágenes, las representaciones mentales, la sensación, los recuerdos; mantenemos en acción la memoria pensando en ello, y todo esto da continuidad a lo sexual, a la importancia de los sentidos. No es que los sentidos no sean importantes, lo son. Pero damos al placer de los sentidos una continuidad que se vuelve abrumadoramente importante en nuestra vida. Lo que importa, pues, no es liberarse del deseo, sino comprender la estructura del deseo y cómo el pensamiento le da continuidad; y eso es todo. Entonces la mente está libre y usted no tiene que buscar cómo liberarse del deseo. Tan pronto busca liberarse del deseo, está atrapado en el conflicto. Cada vez que ve un automóvil, una mujer, una casa o lo que fuere que pueda atraerle, se entromete el pensamiento y da continuidad al deseo; entonces todo se convierte en un problema inacabable.

Lo esencial es vivir una vida sin esfuerzo, sin un solo problema. Usted puede vivir sin un problema si comprende la

naturaleza del esfuerzo y ve muy claramente toda la estructura del deseo. La mayoría de nosotros tiene miles de problemas, y para estar libres de problemas debemos ser capaces de terminar con cada problema inmediatamente, apenas surge. Es absolutamente necesario para la mente no tener ninguna clase de problemas y así vivir una vida sin esfuerzo. Una mente semejante es, por cierto, la única mente religiosa, porque ha comprendido el dolor y la terminación del dolor. No conoce el miedo y, por lo tanto, es luz para sí misma.

SAANEN, 1 DE AGOSTO DE 1965

Por favor, como dije el otro día, el que les habla no es importante; lo que él dice es importante, porque lo que dice es la voz del propio ser de ustedes expresándose en voz alta. A través de las palabras que él usa, se escuchan ustedes a sí mismos, no a él; por lo tanto, el escuchar se vuelve extraordinariamente importante. Escuchar es aprender, no acumular. Si acumulan conocimientos y escuchan desde esa acumulación, desde su trasfondo de conocimientos, entonces no están escuchando. Sólo cuando escuchan aprenden. Aprenden acerca de sí mismos y, por eso, tienen que escuchar con cuidado, con una atención extraordinaria, y la atención es negada cuando justifican, condenan o cuando evalúan lo que oyen. Entonces no están escuchando, no perciben, no ven.

Si después de una tormenta se sientan a la orilla de un río, ven cómo la corriente que pasa arrastra una gran cantidad de desechos. De igual manera, tenemos que observar nuestro propio movimiento interno, seguir cada pensamiento, cada sentimiento, cada intención, cada motivo. Simplemente observarlos; ese observar es también un escuchar. Es estar atentos con nuestros ojos, con nuestros oídos, con nuestra percepción directa, a todos los valores que han creado los seres humanos y por los cuales estamos condicionados. Sólo este estado de percepción en alerta total terminará con todas las búsquedas.

Como dije, buscar y encontrar implica un desperdicio de

energía. Cuando la mente en sí es poco clara, confusa, temerosa, desdichada, ansiosa, ¿de qué sirven sus búsquedas? Desde este caos, ¿qué puede uno encontrar, excepto más caos? Pero cuando hay claridad interna, cuando la mente no está atemorizada, cuando no exige seguridad, entonces no hay un buscar y, por lo tanto, no hay un encontrar. Ver a Dios, la verdad, no es un acto religioso. El único acto religioso es dar con esta claridad interna a través del conocimiento propio; o sea, estando atentos a todos nuestros deseos íntimos y secretos y permitiéndoles que se desplieguen, sin corregirlos ni controlarlos jamás, sin complacernos en ellos, sino observándolos, vigilándolos siempre. Gracias a ese constante observar advienen una claridad y sensibilidad extraordinarias y una tremenda conservación de energía. Y uno debe tener una energía inmensa, porque toda acción es energía, la vida misma es energía. Cuando nos sentimos desdichados, ansiosos, celosos, cuando disputamos, cuando estamos atemorizados, cuando nos sentimos halagados o insultados... todo eso es una disipación de la energía. También es una disipación de la energía estar enfermos, físicamente o en lo interno. Todo lo que hacemos, pensamos y sentimos es un flujo de energías. O bien comprendemos la disipación de la energía y, por lo tanto, gracias a esa comprensión hay una concentración natural de toda la energía, o gastamos nuestras vidas luchando por reunir distintas expresiones contradictorias de la energía, esperando llegar desde lo periférico a la esencia.

La esencia de la religión es lo sagrado, que no tiene nada que ver con las organizaciones religiosas ni con la mente atrapada y condicionada por una creencia, un dogma. Para una mente así, nada es sagrado excepto el Dios creado por ella misma, o el ritual que ha inventado, o las numerosas sensaciones que deriva de la oración, de la adoración, de la devoción. Pero estas cosas no son sagradas en absoluto. No hay nada sagrado en relación con el dogmatismo, el ritualis-

mo, el sentimentalismo o el emocionalismo. Lo sagrado es la esencia misma de una mente religiosa, y eso es lo que vamos a descubrir. No nos interesa lo que se supone que es sagrado: el símbolo, la palabra, la persona, la imagen, una experiencia particular, todo lo cual es inmaduro; estamos interesados en la esencia. Ello exige de cada uno de nosotros una comprensión que llega gracias al observar, al estar atentos, atentos en primer lugar a las cosas exteriores. La mente no puede cabalgar sobre la ola de la percepción interna sin percibir primero la conducta externa, los gestos externos, las costumbres, las formas, el tamaño y color de un árbol, la apariencia de una persona, de una casa. Es la misma marea que sale y entra, y a menos que conozcamos la marea externa, jamás sabremos qué es la marea interna.

Por favor, presten atención a esto. La mayoría de nosotros piensa que la percepción alerta es algo misterioso que debe ser practicado y que deberíamos reunirnos día tras día para hablar al respecto. De esa manera, no darán nunca con la percepción alerta. Pero si están atentos a las cosas exteriores –la curva de una carretera, la forma de un árbol, el color de las ropas de otra persona, el perfil de una montaña contra un cielo azul, la delicadeza de una flor, la pena en el rostro de un transeúnte, la ignorancia, la envidia, los celos de otros, la belleza de la tierra–, entonces, viendo todas estas cosas exteriores sin condena, sin preferencia alguna, podrán cabalgar sobre la ola de la percepción interna. Entonces tomarán conciencia de sus propias reacciones, de su propia pequeñez, de sus celos. Desde la percepción externa llegan a la interna; pero si no tienen clara conciencia de lo externo, no pueden llegar a lo interno.

Cuando hay una lúcida percepción interna de cada actividad de nuestra mente y nuestro cuerpo, cuando nos damos cuenta de nuestros pensamientos y sentimientos, tanto de los ocultos como de los manifiestos, de los conscientes y los inconscientes, entonces, a causa de esa percepción, ad-

viene una claridad que no es inducida ni generada por la mente. Y sin esa claridad podrán ustedes explorar los cielos y la tierra y las profundidades, pero jamás descubrirán lo verdadero.

Por lo tanto, aquél que quiera descubrir qué es lo verdadero, debe tener la sensibilidad de la percepción alerta, lo cual no implica practicar la percepción alerta. La práctica de la percepción alerta sólo conduce al hábito, y el hábito es destructivo de toda sensibilidad. Cualquier hábito, ya sea el hábito del sexo, el hábito de la bebida, el hábito de fumar o el que quieran, torna insensible a la mente; y una mente insensible, además de disipar energías, se embota. Una mente embotada, superficial, condicionada, trivial, puede tomar una droga y por un segundo puede tener una experiencia asombrosa, pero sigue siendo una mente trivial. Lo que ahora estamos haciendo es descubrir cómo poner fin a la trivialidad de la mente.

La trivialidad no se termina reuniendo más información, más conocimientos, escuchando la gran música, viendo los lugares bellos del mundo y así sucesivamente, todo eso no tiene nada que ver. Lo que pone fin a la trivialidad es la claridad del conocimiento propio, el movimiento de la mente libre de restricciones. Sólo una mente así es religiosa.

La esencia de la religión es lo sagrado; pero lo sagrado no se encuentra en ninguna iglesia, en ningún templo, en ninguna mezquita, en ninguna imagen. Hablo de la esencia religiosa y no de las cosas que llamamos sagradas. Cuando uno comprende esta esencia de la religión que es lo sagrado, la vida tiene un significado por completo diferente; entonces todo tiene belleza, y la belleza es lo sagrado. La belleza no es aquello que nos estimula. Cuando vemos una montaña, un edificio, un río, un valle, una flor o un rostro, puede que digamos que eso es bello porque nos estimula, pero la belleza de que estoy hablando no ofrece ningún tipo de estímulo. Es una belleza que no puede encontrarse en ninguna pintura, en

ningún símbolo, en ninguna palabra, en ninguna música. Esa belleza es lo sagrado, es la esencia de una mente religiosa, de una mente clara en su conocimiento propio. Uno da con esa belleza, no cuando desea, ansía, anhela tener experiencias, sino sólo cuando todo deseo de experiencias llega a su fin; y ésta es una de las cosas más difíciles de comprender.

Como he señalado antes, una mente que busca experiencias se sigue moviendo en la periferia, y la interpretación de cada experiencia dependerá de su condicionamiento particular. Si uno es cristiano, budista, musulmán, hindú, comunista o lo que fuere, es obvio que sus experiencias serán traducidas y estarán condicionadas conforme a su trasfondo, y cuantas más experiencias requiera, más estará fortaleciendo ese trasfondo. Este proceso no anula el dolor, no le pone fin; sólo ayuda a escapar del dolor. Una mente clara en el conocimiento propio, una mente que es la esencia misma de la claridad y la luz, no tiene necesidad de experiencias. Es lo que es. La claridad adviene, pues, con el conocimiento propio y no mediante la instrucción de otro, ya se trate de un escritor ingenioso, un psicólogo, un filósofo o un así llamado maestro religioso.

Lo sagrado no existe sin el amor y la comprensión de la muerte. ¿Saben?, una de las cosas más maravillosas que hay en la vida es descubrir algo inesperadamente, espontáneamente, dar con algo sin premeditación y ver instantáneamente la belleza, lo sagrado de ello, su realidad. Pero una mente que busca y anhela encontrar, jamás estará en esa situación. El amor no es algo que pueda ser cultivado. El amor, al igual que la humildad, no pueden ser producidos por la mente. Sólo el hombre vanidoso intenta ser humilde; sólo el hombre orgulloso busca librarse de su orgullo practicando la humildad. La práctica de la humildad sigue siendo un acto de vanidad. Para escuchar y, por ende, aprender, tiene que existir una cualidad espontánea de humildad; y una mente que ha comprendido la naturaleza de la humildad jamás sigue, jamás

obedece. Porque, ¿cómo puede aquello que niega por completo, que está totalmente vacío, obedecer o seguir a alguien?

Una mente que, desde su propia claridad del conocimiento propio, ha descubierto qué es el amor, también percibirá claramente la naturaleza y estructura de la muerte. Si no morimos al pasado, a todo lo de ayer, entonces la mente sigue estando atrapada en sus anhelos, en las sombras de la memoria, en su condicionamiento; por lo tanto, no hay claridad. Morir al ayer fácilmente, voluntariamente, sin argumentación ni justificación, exige energía. El argumento, la justificación y la opción son una pérdida de energía y, en consecuencia, uno nunca muere a los numerosos ayeres de modo que la mente pueda renovarse, purificarse. Una vez que existe la claridad del conocimiento propio, a ello sigue el amor con su delicadeza; adviene una característica espontánea de humildad, y también esta humildad con respecto al pasado, gracias a la muerte del ayer.

Y, a causa de todo esto, surge la creación. La creación no es la expresión de la personalidad, no es cuestión de poner pintura en un lienzo, o de escribir pocas o muchas palabras en la forma de un libro, o de hornear pan en la cocina, o de concebir un hijo. Nada de eso es creación. Hay creación sólo cuando existen el amor y la muerte. La creación puede surgir únicamente cuando hay un morir a todo cada día, de modo que no haya acumulación como memoria. Obviamente, un poco de acumulación se necesita en lo que concierne a nuestra ropa, a la casa, a la propiedad personal. No me refiero a eso. Es el sentido interno de acumulación y posesión –del cual se derivan el dominio, la autoridad, el conformismo, la obediencia– el que impide la creación, porque una mente así nunca es libre. Sólo una mente libre sabe qué es la muerte y qué es el amor; y únicamente para ella hay creación. En este estado, la mente es religiosa. En este estado del ser se encuentra lo sagrado.

Para mí, la palabra *sagrado* tiene un valor extraordinario.

Por favor, no estoy haciendo la propaganda de esa palabra, no busco convencerles de nada, no trato de hacerles sentir o experimentar la realidad por medio de esa palabra. No pueden. Ustedes mismos tienen que pasar por todo esto, no verbalmente sino de hecho. De hecho tienen que morir a todo lo que conocen, a sus recuerdos, a sus infortunios, a sus placeres. Y cuando no haya celos ni envidia ni codicia ni la tortura de la desesperación, entonces sabrán qué es el amor y darán con eso que puede llamarse lo sagrado. Por lo tanto, lo sagrado es la esencia de la religión. Vean, un gran río puede contaminarse cuando su corriente pasa por una ciudad, pero si la contaminación no es demasiado intensa, el río se purifica a sí mismo a medida que prosigue su curso, y a las pocas millas está otra vez limpio, fresco, puro. De igual manera, una vez que la mente da con esto sagrado, cada acto es un acto purificador. Por su propio movimiento, la mente se torna inocente y, por lo tanto, no acumula. Una mente que ha descubierto esto sagrado se halla en revolución constante, no la revolución social o económica, sino una revolución interna gracias a la cual se purifica incesantemente a sí misma. Su acción no se basa en alguna idea o fórmula. Así como el río con un tremendo caudal de agua tras de sí se limpia a medida que fluye, así la mente se limpia a sí misma una vez que ha dado con esto que es lo esencialmente religioso, lo sagrado.

DE: «*MAS ALLÁ DEL TIEMPO*», 2 DE ABRIL DE 1980

Krishnamurti: Usted es un científico, ha examinado el átomo, etcétera. Cuando ha examinado todo eso, ¿no ha sentido que hay mucho más, que existe algo más allá de todo eso?

David Bohm: Uno siempre puede sentir que después de eso existe algo más, pero ello no nos dice qué es. Está claro que todo cuanto uno conoce es limitado.

K: Sí.

DB: Y que más allá tiene que existir alguna otra cosa.

K: ¿Cómo puede eso comunicarse con usted, de modo que usted, con su conocimiento científico, con su capacidad cerebral, pueda captarlo?

DB: ¿Está usted diciendo que eso no puede ser captado?

K: No. ¿De qué modo puede usted captarlo? Yo no digo que uno no pueda captarlo. ¿Puede usted captarlo?

DB: Mire, esto no está claro. Antes estuvo usted diciendo que esto no puede ser captado por...

K: Captarlo en el sentido de si su mente puede ir más allá de las teorías. Lo que trato de decir es: ¿Puede usted moverse dentro de ello? No moverse en el sentido de tiempo y todo eso. ¿Puede penetrar en ello? No... ésas son todo palabras. ¿Qué hay más allá del vacío? ¿Silencio?

DB: ¿No es eso similar al vacío?

K: Sí, es lo que estoy averiguando. Movámonos paso a paso. ¿Es el silencio? ¿O el silencio forma parte del vacío?

DB: Sí, yo diría que sí.

K: Yo también lo diría. Si no es el silencio, ¿podríamos –sólo estoy preguntando– podríamos decir que es algo absoluto? ¿Comprende?

DB: Bueno, podríamos considerar lo absoluto. Tendría que ser algo por completo independiente; eso es lo que en realidad significa «absoluto»: algo que no depende de nada.

K: Sí, de algún modo usted se está aproximando a ello.

DB: Algo que tiene su propio movimiento, por decirlo así, que está activo por sí mismo.

K: Sí. ¿Diría usted que todo tiene una causa, y que aquello no tiene causa alguna?

DB: Vea, esta noción ya es antigua. Ha sido desarrollada por Aristóteles, quien dijo que este absoluto es la causa de sí mismo.

K: Sí.

DB: En cierto sentido, no tiene causa. Es la misma cosa.

K: Mire, en el momento en que usted dijo Aristóteles... ¡no, no es eso! ¿Cómo podemos dar con esto? El vacío es energía, y ese vacío existe en el silencio –o a la inversa, no importa–. ¿Correcto? ¡Oh, sí, *hay* algo más allá de todo! Probablemente jamás pueda ser traducido en palabras. Pero tiene que ser expresado en palabras, ¿entiende?

DB: Usted dice que lo absoluto debe ser traducido en palabras, pero que nosotros sentimos que no puede serlo, ¿verdad? Cualquier intento de traducirlo en palabras lo convierte en relativo.

K: Sí. No sé cómo expresar todo esto.

DB: Pienso que tenemos una larga historia de peligros con esto de «lo absoluto». La gente lo ha expresado en palabras, y ello se ha vuelto muy abrumador.

K: Deje todo eso. Vea, el ignorar lo que otras personas han dicho –Aristóteles, Buda y demás– tiene una ventaja. ¿Comprende lo que quiero decir? Una ventaja en el sentido de que la mente no es influida por las ideas de otras personas, no está presa en las afirmaciones de otros. Todo eso forma parte de nuestro condicionamiento. ¡Ahora vayamos más allá de todo eso! ¿Qué estamos tratando de hacer?

DB: Pienso que tratamos de comunicar algo con respecto a este absoluto, a este más allá.

K: Yo descarté de inmediato esa palabra «absoluto».

DB: Entonces cualquier cosa que ello sea: lo que está más allá del vacío y el silencio.

K: Más allá de todo eso. Aquello está más allá de todo eso. Todo eso es alguna cosa, es parte de una inmensidad.

DB: Sí, bueno, aun el vacío y el silencio son una inmensidad, ¿no es así? la energía misma es una inmensidad.

K: Sí, comprendo eso. Pero existe algo mucho más inmenso que eso. El vacío y el silencio y la energía son inmensos, realmente inmensurables. Pero hay algo... tengo que usar la palabra... algo más *grande* que eso.

DB: Sólo estoy considerando esto, lo estoy mirando. Puedo ver que con todo lo que uno diga acerca del vacío o acerca de cualquier otra cosa, siempre hay algo más allá.

K: No, como científico, ¿por qué acepta usted –no «acepta», perdóneme por usar esa palabra–, por qué todavía sigue adelante con esto?

DB: Porque hemos llegado hasta aquí paso a paso, viendo la necesidad de cada paso.

K: Usted ve que todo esto es muy lógico, razonable, cuerdo.

DB: Y uno puede ver también que es muy verdadero.

K: Sí. Por lo tanto, si yo digo que existe algo más grande que todo este silencio, esta energía, ¿lo aceptaría usted? Aceptarlo en el sentido de que hasta ahora hemos sido lógicos.

DB: Diremos que, sea lo que fuere aquello de que usted habla, existe indudablemente algo que está más allá. Silencio, energía, cualquier cosa que sea, siempre hay lógicamente lugar para algo más allá de eso. Pero el punto que quiero señalar es éste: que aun cuando uno fuera a decir que existe algo

más allá, todavía deja lógicamente lugar para ir luego más allá de eso.

K: No.

DB: Bueno, ¿por qué no? Vea, cualquier cosa que uno diga, siempre hay lugar para algo más allá.

K: No hay nada más allá.

DB: Ese punto no está claro.

K: No hay nada más allá de aquello. Me atengo a eso. No dogmáticamente ni por obstinación. Siento que eso es el principio y el final de todo. El final y el principio son la misma cosa, ¿correcto?

DB: ¿En qué sentido? ¿En el sentido de que usted está usando el principio de todo como el final?

K: Sí. ¿De acuerdo? ¿Diría usted que es así?

DB: Sí. Si consideramos *la base* desde la cual aquello surge, debe ser *la base* hacia la cual cae.

K: Correcto. Ésa es *la base* sobre la que todo existe, el espacio...

DB: ... la energía...

K: ... la energía, el vacío, el silencio, todo «lo que es». Todo eso. No *la base*, ¿comprende?

DB: No, eso es sólo una metáfora.

K: No hay nada más allá de eso. No hay causa. Si tenemos una causa, entonces tenemos *la base*.

DB: Tenemos otra *base*.

K: No. Ése es el principio y el final.

DB: Se está haciendo más claro.

K: Así es. ¿A usted le comunica algo?

DB: Sí, bueno, creo que comunica algo.

K: Algo. Avanzando más, ¿diría usted que no hay principio ni final?

DB: Sí. Aquello que surge de *la base*, va a *la base*, pero no comienza ni termina.

K: Sí. No hay principio ni final. Las implicaciones son enormes. ¿Es eso la muerte, no la muerte en el sentido de «yo moriré», sino el fin completo de todas las cosas?

DB: Mire, al principio usted dijo que el vacío es el fin de todo; por lo tanto, ¿qué sentido tienen ahora este «más»? El vacío es el fin de las cosas, ¿no es así?

K: Sí, sí. ¿Es la muerte este vacío? La muerte de todas las cosas que la mente ha cultivado. Este vacío no es el producto de la mente, de la mente particular.

DB: No, es la mente universal.

K: Ese vacío es eso.

DB: Sí.

K: Ese vacío sólo puede existir cuando hay muerte –muerte total– de lo particular.

DB: Sí.

K: No sé si estoy comunicando esto.

DB: Sí, eso es el vacío. ¿Pero entonces usted está diciendo que en esta *base* la muerte va más lejos?

K: Oh, sí.

DB: ¿Entonces estamos afirmando que la terminación de lo particular, la muerte de lo particular, es el vacío, que es universal? ¿Ahora va usted a decir que lo universal también muere?

K: Sí, eso es lo que estoy tratando de decir.

DB: Muere en *la base*.

K: ¿Comunica algo eso?

DB: Es posible que sí.

K: Sólo reténgalo un momento. Veámoslo. Creo que algo comunica, ¿no es cierto?

DB: Sí. Ahora bien, si lo particular y lo universal mueren, ¿entonces eso es la muerte?

K: Sí. Después de todo, un astrónomo dice que todo en el universo está muriendo, expandiéndose y muriendo.

DB: Pero, desde luego, uno podría suponer que existe algo más allá.

K: Sí, de eso se trata, justamente.

DB: Pienso que estamos avanzando. Lo universal y lo particular. Primero, lo particular muere en el vacío, y después viene lo universal.

K: Y eso también muere.

DB: Dentro de *la base*, ¿correcto?

K: Sí.

DB: Podría decirse, entonces, que *la base* ni ha nacido ni muere.

K: Correcto.

DB: Bueno, creo que ello se vuelve casi inexpresable si uno dice que lo universal ha muerto, porque la expresión es lo universal.

K: Vea –sólo estoy tratando de aclarar las cosas–, todo está muriendo, excepto *aquello*. ¿Comunica algo esto?

DB: Sí. Aquello está fuera de eso que da origen a todas las cosas y en lo cual todas las cosas mueren.

K: Por lo tanto, no tiene ni comienzo ni final.

DB: ¿Qué sentido tendría hablar de la muerte de lo universal? ¿Qué significaría la muerte de lo universal?

K: Nada. ¿Por qué habría de tener un significado, si ocurre? ¿Qué tiene eso que ver con el hombre? ¿Entiende lo que quiero decir? Para el hombre, que está atravesando una época terrible. ¿Qué tiene eso que ver con el hombre?

DB: Digamos que el hombre siente que debe tener algún contacto con la base última y fundamental de su vida, que de otro modo ésta no tiene sentido.

K: Pero es que no lo tiene. Esa *base* no tiene ninguna relación con el hombre. Éste se está matando a sí mismo, hace todo lo contrario a *la base*.

DB: Sí, por eso la vida no tiene sentido para el hombre.

K: Yo soy un hombre común y digo: «Muy bien, ustedes han hablado maravillosamente de ocasos, ¿pero qué tiene eso que ver conmigo? ¿Me ayudará eso o la charla de ustedes a superar mi fealdad, mis disputas con mi esposa, o lo que fuere?»

DB: Pienso que yo volvería atrás y diría que hemos examinado esto lógicamente, empezando por el sufrimiento de la humanidad, mostrando que éste se origina en un desvío del rumbo correcto, desvío que conduce inevitablemente...

K: Sí, pero el hombre pide: «Ayúdenme a salir del rumbo falso. Pónganme en la senda correcta». Y a eso uno dice: Por favor, no trate de llegar a ser esto o aquello.

DB: Correcto. ¿Cuál es el problema, entonces?

K: Que él ni siquiera escuchará.

DB: Entonces me parece que aquél que ve esto necesita descubrir cuál es la barrera que le impide escuchar.

K: Obviamente, uno puede ver cuál es la barrera.

DB: ¿Cuál es la barrera?

K: El «yo».

DB: Sí, pero me refería a algo más profundo.

K: Más profundamente están todos sus pensamientos, sus apegos profundos... todo eso se interpone. Si uno no puede abandonar estas cosas, entonces no tendrá relación con aquello. Pero el hombre no desea abandonar estas cosas.

DB: Sí, comprendo. Lo que desea es el resultado de su manera de pensar.

K: Lo que desea es un estilo de vida fácil y cómodo, sin ninguna preocupación, y eso no puede tenerlo.

DB: No. Sólo abandonando todo esto.

K: Tiene que haber una conexión. Tiene que haber alguna relación entre *la base* y esto, alguna relación con el hombre común. De lo contrario, ¿cuál es el sentido de vivir?

DB: Eso es lo que estuve tratando de decir antes. Sin esta relación...

K: ... no hay ningún sentido.

DB: Y entonces la gente inventa el sentido.

K: Por supuesto.

DB: Yendo aún más atrás, las antiguas religiones han dicho

cosas similares, que Dios es la base de todo... Por eso dicen: «Busca a Dios», como usted sabe.

K: Oh, no, esto no es Dios.

DB: No, no es Dios, pero están diciendo lo mismo. Podría decirse que «Dios» es un intento de exponer esta noción de un modo quizá demasiado personal.

K: Sí. Démosles esperanzas, démosles fe, ¿entiende? Hagamos que la vida sea un poco más confortable para vivir en ella.

DB: Bueno, al llegar a este punto usted pregunta: «¿Cómo puede esto comunicarse al hombre común?». ¿Es ésta su pregunta?

K: Más o menos. Y también es importante que él escuche esto. Usted es un científico. Usted tiene la bondad de escuchar porque somos amigos. ¿Pero quién escuchará entre los otros científicos? Yo siento que si uno aspirara a esto, tendríamos un mundo maravillosamente ordenado.

DB: Sí. ¿Y qué haríamos en este mundo?

K: Vivir.

DB: Pero... me refiero a que dijimos algo acerca de la creatividad...

K: Sí. Y entonces, si usted no tiene conflicto alguno, si no hay «yo», existe alguna otra cosa que está operando.

DB: Sí, es importante decir eso, porque la idea cristiana de la perfección puede parecer más bien aburrida, ¡ya que no hay nada que hacer!

K: Debemos proseguir con esto alguna otra vez, porque es algo que tiene que ser puesto en órbita.

DB: Parece imposible.

K: Hemos llegado bastante lejos.

DEL: «*DIARIO DE KRISHNAMURTI*»

27 de junio de 1961

Formulaciones y palabras acerca de todo esto, ¡parecen tan inútiles! Las palabras, por exactas que sean, por clara que pueda ser la descripción, no comunican la cosa real.

Hay una grande e inenarrable belleza en todo esto. Existe un único movimiento de la vida: lo externo y lo interno; este movimiento es indivisible, aunque esté dividido. Al estar dividido, la mayoría sigue el movimiento externo de las ideas, del conocimiento, de las creencias, la autoridad, la seguridad, la prosperidad, etc. Como una reacción a esto, uno sigue la así llamada vida interior con sus visiones, esperanzas, aspiraciones, ocultaciones, conflictos y desesperanzas. Como este movimiento es una reacción, está en conflicto con lo externo. Hay, pues, contradicción, contradicción con sus dolores, ansiedades y escapes.

Hay sólo un movimiento constituido por lo externo y lo interno. Con la comprensión de lo externo, comienza el movimiento interno, no en oposición o en contradicción. Al ser eliminado el conflicto, el cerebro, aunque altamente sensible y alerta, se torna silencioso. Entonces sólo el movimiento interno tiene validez y significación.

A causa de este movimiento advienen una compasión y

una generosidad que no son el resultado de la razón y de una abnegación deliberada.

La flor es fuerte en su belleza, aunque pueda ser olvidada, desdeñada o destruida.

El ambicioso no conoce la belleza. La belleza es la sensibilidad a la esencia.

28 de junio de 1961

Aquello que es sagrado carece de atributos. Una piedra en un templo, una imagen en una iglesia, un símbolo, no son sagrados. El hombre los considera sagrados, algo santo para ser adorado, desde complejos impulsos, temores y anhelos. Esta «santidad» está aún dentro del campo del pensamiento, es creada por el pensamiento, y en el pensamiento no hay nada nuevo o sagrado. El pensamiento puede producir los intrincados enredos de los sistemas, dogmas y creencias; y las imágenes, los símbolos que proyectan no son más santos que los planos de una casa o el diseño de un nuevo avión. Todo esto se encuentra dentro de las fronteras del pensamiento y nada hay de sagrado o místico al respecto. El pensamiento es materia y puede ser convertido en cualquier cosa, horrible o bella.

Pero existe algo sagrado que no es del pensamiento ni pertenece a un sentimiento revivido por éste. El pensamiento no puede reconocerlo ni utilizarlo. No puede formularlo. Pero hay algo sagrado que ningún símbolo o palabra puede tocar. No es comunicable. Es un hecho.

Un hecho es para ser visto y el ver no tiene lugar por medio de la palabra. Cuando un hecho es interpretado, deja de ser un hecho, se vuelve algo por completo diferente. El ver es de suprema importancia. Este ver está fuera del tiempo-espacio, es inmediato, instantáneo. Y lo que es visto, nunca es igual otra vez. No hay otra vez o mientras tanto.

Esto sagrado no tiene adorador ni observador que medite sobre ello. No se encuentra en el mercado para que pueda comprarse o venderse. Como la belleza, no puede ser visto mediante su opuesto, porque no tiene opuesto.

Esa presencia está aquí, llenando la habitación, esparciéndose sobre las colinas, más allá de los mares, cubriendo la Tierra.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y RECONOCIMIENTOS

Del texto literal de la quinta plática pública en Bombay, 6 de enero de 1960; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, Krishnamurti Foundation of America (KFA)

Del texto fidedigno de la primera plática pública en Eddington, Pennsylvania, 12 de junio de 1936; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA.

De *Pláticas en Europa 1967*, Londres, 30 de septiembre de 1967, © 1968 The Krishnamurti Foundation, London (KFL)

Del texto literal de la primera plática pública en Seattle, 16 de julio de 1950; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

De *Pláticas en Europa 1967*, París, 30 de abril de 1967, © 1968, KFL

Del Capítulo 28 de *La Libertad Primera y Última*, © 1987, KFA. [Edición en castellano: Edhasa, 1989].

Del Capítulo 4 de *El Arte de Vivir*, © 1963, Krishnamurti Writings, Inc. (KWINC). [Edición en castellano: Kairós, 1994].

Del Capítulo 7 de *El Arte de Vivir*, © 1963, KWINC. [Edición en castellano: Kairós, 1994].

Del Capítulo 18 de *Comentarios Sobre el Vivir - Primera Serie*, © 1956, KWINC

Del texto fidedigno de la séptima plática pública en Bombay, 3 de marzo de 1965; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto literal de la primera plática pública en Bangalore, 4 de julio de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto literal de la cuarta plática pública en Bombay, 8 de febrero de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto literal de la cuarta plática pública en Bombay, 27 de febrero de 1955; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto literal de la novena plática pública en Bombay, 24 de diciembre de 1958; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto literal de la octava plática pública en Bombay, 8 de marzo de 1961, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto literal de la cuarta plática pública en Londres, 23 de octubre de 1949; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto literal de la sexta plática pública en Madrás, 29 de enero de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

De la grabación en cinta de la cuarta plática pública en Madrás, 15 de diciembre de 1974, © 1991, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd. (KFTL)

Del *«Diario de Krishnamurti»*, 20 de julio de 1961, © 1976, KFTL. [Edición en castellano: Edhasa, 1990].

Del texto literal de la sexta plática pública en Nueva Delhi, 31 de octubre de 1956; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto literal de la sexta plática pública en Ojai, 5 de julio de 1953; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto literal de la sexta plática pública en Ojai, 21 de agosto de 1955; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto literal de las preguntas subsiguientes a la sexta plática pública en Ojai, 21 de agosto de 1955; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

Del texto fidedigno de la décima plática pública en Saanen, 2 de agosto de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991, KFA

Del texto fidedigno de la décima plática pública en Saanen, 1° de agosto de 1965; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992, KFA

De *Más Allá del Tiempo*, 2 de abril de 1980, © 1985, KFTL. [Edición en castellano: Edhasa, 1986].

Del *Diario de Krishnamurti*, 27 de junio de 1961, © KFTL. [Edición en castellano: Edhasa, 1990].

ÍNDICE

Se ha dicho que leer a Krishnamurti es enfrentarse con uno mismo desde una asombrosa frescura matinal. La selección de reflexiones agrupadas en el presente libro confirma esta apreciación. El autor considera nuestra búsqueda de lo sagrado tratando de alcanzar su pureza esencial.

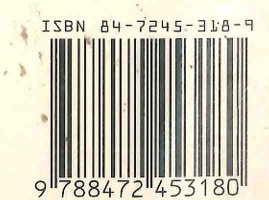
«A veces pensamos que la vida es mecánica, y otras veces, cuando hay dolor y confusión, nos volvemos a la fe, recurrimos a un ser supremo en procura de ayuda y guía». Krishnamurti explora la futilidad de buscar el conocimiento de lo «incognoscible» y muestra que sólo cuando hemos dejado de buscar con nuestros intelectos, podemos estar «radicalmente libres» para experimentar la realidad, la verdad y la bienaventuranza. Presenta a «la mente religiosa» como la que percibe directamente lo sagrado, a diferencia de la que se adhiere a un dogma religioso.

Nacido en el sur de la India y educado en Inglaterra, Jiddu Krishnamurti es, sin duda, uno de los personajes más fascinantes del siglo xx. Ha dedicado su vida a hablar a los seres humanos de todas las razas y naciones. Entre sus numerosos libros cabe destacar *La libertad interior, El arte de vivir, Sobre la Naturaleza y el Medio*. Todos ellos editados por Kairós.

KRISHNAMURTI

Sobre Dios

ISBN 84-7245-318-9



Colección Sabiduría Perenne
Editorial Kairós

Kairós